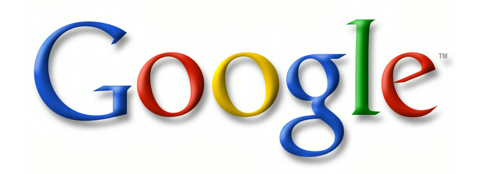
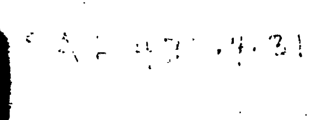
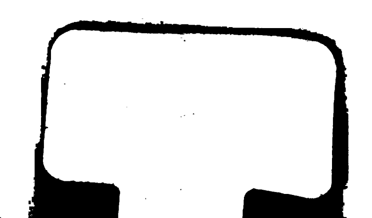






CUADROS SOCIALES.

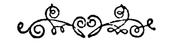


COLECCION DE ARTICULOS DE COSTUMBRES

POR

JUAN FRANCISCO VALERIO.

(NARCISO VALOR Y FÉ.)



HABANA:

IMPRENTA Y LIBRERIA «EL IRIS,» OBISPO 22.

1865.

0

CUADROS SOCIALES.

COLECCION DE ARTICULOS DE COSTUMBRES

POR

JUAN FRANCISCO VALERIO.

(NARCISO VALOR Y FÉ.)

....
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.
IRIARTE. FABULA 1ª

HABANA:
IMPRENTA Y LIBRERIA «EL IRIS,» OBISPO 22
1865.

DEDICATORIA

QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO.

A Ambrosio y Agustin Valerio.

QUERIDOS TIOS:

Mis amigos ó, mejor dicho, una gran parte del número de estos, me aconsejaron con bastante insistencia que publicase una coleccion de mis artículos; y circunstancias que no son del caso referir, me impidieron en aquel tiempo complacer á aquellos que me aconsejaban.—Poco tiempo despues volvieron á la carga con el mismo tema, y...... ellos porfiados y yo blando de corazon, me dejé persuadir.—Allanadas por Vds. las dificultades que se oponian á los deseos de mis amigos, entregué á los Sres. Pujolá y Compañía, acreditados impresores de esta ciudad mis artículos, y he aquí el resultado.— Ya forman un pequeño vólumen y á Vds. lo dedico.

Mis pretensiones, como escritor, son ningunas: los escribí con la intencion de hacer algo, SI PODIA, *en favor de nuestras costumbres, cuando formaba parte de la redaccion de "El Siglo"; y hubiera escrito algunos artículos mas si hubiera continuado allí; pero en una de las muchas* HORAS MENGUADAS *que he tenido en el discurso de mi* SUAVE *existencia escribí dos gacellillas en la* MESA REVUELTA *de aquel periódico,* FUÉ PRECISO *que no escribiera otras...... y por consiguiente no mas artículos de costumbres en los folletines de "El Siglo"; con lo que creo habrán ganado, y no poco, sus numerosos suscritores.*

En resumidas cuentas: tales como son los publicados en aquel periódico, como los que vieron la luz en otras publicaciones semanales y los que estaban á oscuras, se los dedico á Vds., mis queridos tios, sea como testimonio de gratitud ó como testimonio de respeto, cariño ó como Vds. quieran; pero suplicándoles siempre conserven en su poder un ejemplar de mis CUADROS SOCIALES *como un recuerdo de su sobrino*

Juan Francisco Valerio.

PRÓLOGO.

Nada hay mas difícil que hacer reir. En todos los géneros de literatura abundan escritores eminentes; pero en el jocoso, son muy escasos los que se han distinguido así en Francia como en Inglaterra, así en Italia, como en España; si bien creemos que en la última nacion hay mas riqueza de literatos chistosos que en la misma patria de Moliere y de Pirron, apesar de llevarse esta la fama de graciosa. El tesoro de chistes acumulados desde Mateo Aleman, hasta Cervantes y desde Cervantes á Breton, figurando en la galeria de sus autores, Tirso, Moreto, Lope, el mismo Calderon, Iglesias, Isla y otros muchos, es en su clase el mas rico del mundo. No lucen, tal vez, esos autores por la mayor delicadeza en sus agudas ocurrencias, pero esto debe ser culpa de su tiempo y no de su ingenio.

Sea de esto lo que fuere, y dejando á parte comparaciones de literaturas y citas de autores, es lo cierto, que no solamente han escaseado los literatos jocosos sino que están en demanda en el mercado. Hay muchos que hacen asomar la sonrisa á los labios, que deleitan con sus bien combinadas tramas; pero que arranquen del lector una carcajada cada vez que lo desean como el citado Moliere y el que escribió la entrevista de Maritornes y Don Quijote en la venta, puede decirse que si los hay es preciso dar con ellos.

En esta isla de Cuba, sin embargo, no han dejado de presentarse algunos distinguidos escritores en el género jocoso apesar de que el carácter melancólico y apático de sus naturales se presta poco á las ocurrencias chispeantes. Aquí hay demasiada imaginacion, demasiado estro poético si se quiere: reina al mismo tiempo la burla bajo la capa de la indiferencia y existe un tino especial para descubrir el ridículo; pero á escepcion del Padre Montes de Oca, cuyas agudezas se citan de generacion en generacion, de Victoriano Betancourt, Jeremias de Docaransa, y algun otro, nada puede citarse en literatura jocosa que alcance los límites de la medianía, á menos que no se cite á Valerio, superior á todos ellos en la pintura de cuadros sociales, eminentemente cubanos, en que se retratan con vivas pinceladas algunas clases de nuestro pueblo. Valerio, con su estilo semi-cervantesco, si puede así decirse, tendrá algunos de-

fectos de locucion; será mas de una vez incorrecto; pero la chispa, la gracia, la viveza de los colores resaltan siempre en sus cuadros. ¿Quien no se rie al contemplar el martirio del pobre hombre á quien *Dª Liberata Caradura* queria *arrancar el empacho?*—¿A qué conocedor de nuestras costumbres no le produce risa el retrato de *Tonilo Escarabajo?* Por mi parte confieso que concediendo á los escritores cubanos que he mencionado grandes cualidades que en ciertas materias los colocan á grande altura sobre Valerio, este me llena mas que ellos y otros muchos, por la *franche plaisanterie* y el aire socarron con que ha trazado los artículos de costumbres que ahora ofrece al público en un tomo.

Tal es la opinion de

José de Armas y Céspedes.

PAGAR EL SABADO.

Á Rafael Maria Mendive.

Nada de digresiones: voy á principiar mi tarea encaminándome directamente al grano: tengo un tipo, el papel en la mesa y la pluma en la mano y ántes de que se borre de mi cerebro la imágen que en él está grabada, voy á trazarla del modo que mejor pueda y deba, como dicen los juristas cuando certifican y los que no son juristas que hacen lo que no pueden y lo que no deben; quiero decir, que voy á trazarlo de la manera que Dios me dé á entender, sin introduccion de ninguna clase como se me antojó hacer en otros artículos, porque, hablando con franqueza, ¿qué producto pueden sacar mis lectores (caso que los tenga) del tiempo que les hago perder leyendo una digresion de media columna? El beneficio seria mio, que sin tratar de la materia que me propongo, iría ganando terreno, si puede llamarse así el pliego de papel en que mi pluma

corra para ir dirigiéndome al término, ó lo que es lo mismo, al principio de lo que piense escribir.

Por eso es que he dicho en las primeras palabras, que en este artículo voy á prescindir de aquella costumbre y que voy á dirigirme directamente al grano por las razones ya dichas y por la muy principal de que no se me ocurre nada que pueda servir de introduccion.

¡Tendria que ver que para delinear un tipo cualquiera, con cuya lectura estoy persuadido que han de fastidiarse muchos, sino todos los inocentes que emprendan esa tarea, me remontára á los tiempos de los Reyes Católicos y emprendiera una relacion histórica de la conquista de América con todos los detalles de la Isla de Cuba, reina hoy de las Antillas, la madre mas amorosa del tabaco, de los perros mudos y de los *cories* ó curieles y de .... ¿qué se yo? Sin embargo de que no seria muy fuera de propósito que algo dijera al principiar mi pintura del gran inconveniente que los pobladores de nuestra isla interpusieron á nuestra tranquilidad con la introduccion de otra especie de la raza canina. ¡Cuánto mejor no se dormiria en esta culta capital si todos los individuos de esa especie que tenemos en gran número fueran de la raza primitiva y que pidieran por señas los recursos de un Abate L' Epée de su figura! ¡Cuántas maldiciones de ménos! ¡Cuántas salchichas de mas! Y si no se hubieran introducido las mulas. ¡qué si-

lencio no habria en nuestras calles con la falta de carretones que hoy nos aturden rodando por sobre los adoquines, tirados por aquellas bestias, y estas conducidas por pagadores perpétuos de multas maldicientes y maldecidos carretoneros.

Pero á pesar de todo no quiero molestar á mis lectores; porque aunque comprendo perfectamente que voy llenando cuartillas con este sistema, debo cumplir mi palabra y no andar con preámbulos de ninguna clase.—Perdóname lector, voy á entrar en materia, y sin que creas que salgo de mì propósito tengo que remontarme para principiar mi tarea á una época, para mi muy dichosa: no me detendré mucho en ella por temor de evocar recuerdos que seguramente atraerán á mis ojos las lágrimas que debo tributarles y que...... Al grano, al grano. Quise decir que en mi infancia conocí al modelo que trato de copiar en este escrito y voy á empezar, lector, pues no quiero que pienses que mi intencion es hacer lo que sabes he hecho en otros artículos y hacerte tragar un prefacio sin tener conciencia de ello, como se hace á los niños cuando se les da á tomar una medicina desagradable llamándoles la atencion á otro objeto. Lo dicho: nada de digresiones y...... al grano.

Allá en tiempos de entónces vivia cierto bulto que se llamaba Jaime: y advierte amigo lector, que este no es su nombre verdadero: este es un nombre que le aplico así como pudiera llamarlo

Pistola ó Trabuco; pero como aquel ha sido el primero que vino á mi memoria no he tenido inconveniente en regalárselo, que al fin es nombre de Santo y aunque no lo merezca, al cabo es hombre y no quiero que se crea que estoy tratando de un perro de caza ó un perro de ganado. Iba diciendo que se llamaba Jaime, si, Jaime..... Me parece que lo estoy mirando con sus doce años, sus anchas caderas y sus anchas espaldas, en pié, detras del mostrador de una pequeña y súcia bodega de mi barrio, colocado de bruces, la barba apoyada sobre el dorso de sus manos, pareciendo el mostrador la línea del horizonte y su ancha cara el sol *eclipsado* saliendo detras de una negra montaña. Sí, me parece que lo estoy mirando con las mangas de su mugrienta camisa remangadas hasta los codos, con calzones de un lienzo indescriptible por estar cubiertos de una capa que les da la apariencia del hule, con su cabellera como una esponja de á real, con la cara del color de los pantalones y con la sola diferencia de las vetas mas claras que forma con sus dedos al tratar de limpiar el sudor de su frente. No sé cual es su patria y no es estraño, pues él tampoco pudiera darme una razon satisfactoria sobre este particular: cayó en la bodega como pudiera haber caido una viga desprendida del techo, y el dueño de aquella, hombre honrado, lo acomodó en su casa para que no muriera de hambre y para que fregara los platos y el mostrador y fue-

ra aprendiendo á despachar y fuera algo é hiciera algo con que pudiera ganar la vida.

Y Jaime secundando los deseos de su principal trabajaba y trabajaba por adquirir el despacho al cual aspiraba, porque tenia una vocacion particular por el *manejo*, y á fuerza de sacrificios y abnegacion y de laboriosidad se vió por fin al frente del dichoso cajon, luchando con el borracho para disputarle el poco de aguardiente, con el negrito que le suplicaba le apuntase *la contra* que se le olvidaba, llenando de denuestos á la pobre que iba á pedirle un pedazo de pan duro......

—Jaime! échame mas manteca, ladron! decia un negrito.

—Espérate, decia Jaime.

Tomaba el papel en que la habia envuelto, se dirigia al cuñete del despacho, con las espaldas vueltas al comprador, introducia en él una paleta, la sacaba mas limpia que antes de hacerlo, y pasándola luego por el papel, estendia la que antes habia, llevándose alguna parte.

—¡Quéjate ahora, lloron! ahí llevas el doble...

—Bueno, dame la contra.

—No! que tu me diste una *tablita*!

—Ah! miren lo que dice Jaime, contesta el negrito dirigiendose á otros parroquianos. ¡Que yo le di una *tablita!* Yo te dí medio fuerte, ¡mi contra!

—No!

—Ladron!

—Bueno !

—Sin vergüenza!

—Bueno! pero no hay contra !

—*Finao*!

—Mejor! pero no hay contra.

Finao! Finao! Finao! le gritaban en coro los muchachos amotinados contra Jaime.

Entonces éste montaba en cólera, tomaba un vaso de agua y arrojaba esta á la chusma que salia corriendo gritándole siempre ¡*Finao*! ¡Ladron! ¡¡Sin vergüenza!! Pero Jaime quedaba muy tranquilo y tomaba otra vez su postura favorita murmurando— "bueno, mejor, seré ladron y todo lo que ustedes quieran, pero me quedé con un *chico* y con la *contra*."

Y efectivamente *se quedaba* con el *chico* y con la contra de éste y de todos los incautos que no tomaban bien sus precauciones, incluso el dueño de la bodega que no sabia que Jaime era un raton y que lo tenia dentro de un queso, y que no teniendo sueldo y que con una precocidad estraordinaria que era preciso formarse un porvenir, iba, por lo pronto, formando sus provisiones con los *chicos* estraviados y con los medios *viejos* y con los reales *usados* y con las pesetas de cruz para espantar al diablo; y las iba poniendo en lugar seguro, que no podia serlo mas una bolsa de cuero atada á su cintura por una fuerte correa; todo por no darle el disgusto á su principal de que viera entre sus manos monedas de tan fea figura y pequeñas dimensiones.

Y pasaron veinte años y el dueño de la bodega llegó á figurarse que Jaime estaba *jorobado*: tal era el bulto que ya formaba la bolsa consabida; y como ya tenia treinta y dos años lo respetaban algo los marchantes; y como ya se lavaba la cara y habia renunciado á la esponja que antes adornaba su cabeza, ya los muchachos y hasta los viejos le decian *D. Jaime*.

Su principal observó estos cambios, y sin tratar de curarle la joroba, calculó que era mucho mejor impedir que le creciera, y calculando igualmente que la línea recta es, matemáticamente hablando, el camino mas corto, tomó á su dependiente por una oreja, le colocó en direccion á la puerta de la calle, lo arrastró hacia allí con toda la velocidad que pudo comunicarle, lo plantó en aquella, y colocándose detrás de él sin decirle una palabra, le aplicó un puntapié poco mas abajo de la joroba y Jaime tomó posesion de su nueva vivienda...... en el mismo centro de la calle.

Pero como este estado de cosas no podia durar y era perentorio determinarse á hacer algo, Jaime entró en la bodega del frente de la que salia y peso mas ó menos cerró ajuste con el dueño de ella para *vengarse* de su antiguo principal y se constituyó dueño de la casa á costa de la mitad de su joroba. Entonces no habia *Frasquitos* por el mundo, y comprando efectos averiados, y vendiéndolos; por el sistema que traté de bosquejar antes, Don Jaime ha llegado á poseer una fortu-

na considerable y se ha casado con una muger rica y tiene criados y criadas con hijos de todos colores que hacen palidecer de vergüenza algunas veces, aunque raras, el rostro de D. Jaime; criados, que si no los ha vendido ya, es por la razon de que espera mejor precio del que le han ofrecido por ellos, porque D. Jaime especula con todo.

Don Jaime se acuerda de que su antiguo principal era un hombre muy honrado, trabajador y cristiano que pagaba todos sus buenos compromisos con una religiosidad estraordinaria y quiere imitarlo: y como aquel, segun costumbre, pagaba con exactitud los sábados porque destinaba los demas dias para sus honrosas transacciones mercantiles, D. Jaime crée que consigue grabar en su frente el lema de la honradez con pagar con exactitud las cuentas de la semana la víspera del domingo aunque perpetuamente esté conjugando el verbo *cojer* en la primera persona del singular del presente de indicativo y como remedio subsidiario, en la primera persona del plural del mismo *modo*, porque es lo único que sabe de gramática; aunque siempre tiene por costumbre pensar, en términos generales, en el mismo verbo tomado en su modo infinitivo.

Y algunos creen que D. Jaime es uno de los muchos honrados individuos que tienen un justo orgullo en que se les distinga con tan satisfactorio dictado, porque no saben que D. Jaime no ignora que el crédito es dinero ó mas que dinero;

y que pagando con religiosidad sus compromisos, su fama volará por el orbe, como dicen las marcas de los cigarros de la viuda de García, que de aquel modo puede celebrar todos los contratos usurarios que se le presenten aunque su efectivo no le alcance: que el viérnes le *coje* á uno lo que paga al otro el sábado, y que así va formando la cadena cuyo último eslabon regularmente es un concurso de acreedores que es el *sábado mayor* con el cual cuenta D. Jaime para coronar su obra.

—Tu eres un hipócrita, le dirá alguno, tu apaleas á la esposa que te colmó de riquezas por celos ridículos y miserias humillantes!

—Bien! Muy bien! contesta D. Jaime, pero.. pago el sábado.

—Jamás haces una obra de caridad, el desvalido, el hambriento, nunca recibe de tu mano un pedazo de pan!

—Que trabaje! Yo no mantengo vagos! Mi dinero se lo doy al que se lo debo: ¡Yo pago el sábado!

—Hoy ha muerto en la miseria un individuo contra el cual has dado una declaracion falsa por tomar parte de los bienes que injustamente le reclamaba un cómplice tuyo.

—Me alegro! ¡Ese menos tendré á quien esconder la cara, y si se trata de divulgar el hecho, nadie lo creerá, porque todo el mundo sabe que soy muy honrado, que cumplo todos mis compromisos, que nadie se va sin su dinero si viene

á buscarlo el dia de los pagos, sí, el sábado, yo pago el sábado!

—No vendas esos esclavos que están en tu poder sirviéndote á la mano, y como artículo de lujo, para lucirlos en la trasera de tu coche. ¡Vas á vender á tus hijos!

—¡Eso no lo sabe mas que Dios! Yo necesito dinero: tengo que completar el necesario para la compra de un Ingenio que ha sido el fruto de mi concurso de acreedores, me espera el testaférrea que he puesto en mi lugar para salvarme en todo tiempo. El sábado he de entregar el dinero El sábado!! El sábado!!

Y el Ingenio se compra y D. Jaime sin desembolsar un centavo del efectivo que aglomera, goza con toda tranquilidad del fruto del trabajo de todos aquellos que creyeron que la verdadera honradez consiste en tener efectivo á mano para pagar sus compromisos en un dia señalado.—La honradez está en el alma: se imprime en ella con buenos ejemplos de moral cristiana, con buenos principios y no con falsas ostentaciones de dinero, que no son muchas veces otra cosa que redes en que suelen caer hasta los hombres mas esperimentados......

Don Jaime duerme con frecuencia y con toda la tranquilidad de una conciencia pura en los cenadores de los jardines de su Ingenio, acariciado por el perfume de las flores y por el soplo de la brisa, sin acordarse de que ese sueño es la parodia del que se duerme bajo la losa de la tumba.

NOVIOS MANSOS.

Bienaventurados los mansos
porque ellos poseerán la tierra.

El inmediato á casarse ó recien-casado se llama *Novio:* Esto es lo que dice Salvá en su diccionario definiendo la palabra que he subrayado; pero yo que no soy Salvá, ni aun siquiera pariente suyo, quiero definirlo de otra manera, aunque no sea por otra cosa, que porque no se diga que soy rutinero y amigo de decir lo que otros han dicho ya. Por novio entiendo que es el individuo que despues de varias pruebas y repruebas, despues de muchas idas y venidas, despues de muchas esperiencias y dengues y melindres &c. recibe al través de las varillas de un abanico el dulce *sí* de los rosados (ó morados) labios de su Fílis, por el cual estaba penando una grande ó pequeña parte del tiempo de su vida, y que le dá derecho á pedirle, como prenda, garantía, ó como quiera llamársele un rizito de pelos ó cabe-

llos, un recorte de uñas, ó de cualquier cosa, para encerrar en el secreto de una sortija.—Se dividen en mansos y......... ¡Pero qué necesidad tengo ahora de decir la otra clase en que se dividen, ni mucho menos las subdivisiones de que son susceptibles, si no voy á tratar en este artículo sino de *los novios mansos?* Baste que se sepa lo que yo entiendo por novio en general, y que hay *novios mansos*, para evitarme entrar en digresiones.

El novio manso se conoce por su fisonomía y tambien por su vestido. Tiene la cabeza pequeña y esférica como una bola de billar, sin protuberancia alguna perceptible al tacto, ojos pequeños y juntos, nariz corta y con ventanas diminutas, boca grande, siempre abierta, y regularmente sus dientes sobresalen de sus lábios como una amenaza pérpetua á toda clase de dulces á los cuales es muy aficionado. Su cuello es largo, enarcado hácia atrás, poroso y colorado y con una hermosa *nuez*, símbolo de la manzana de la Discordia, que parece ha tragado para impedir que las haya entre él y el objeto de sus amores.

Regularmente, peinado por la mano de su amada con cuidadoso esmero, sus pocos cabellos están pegados como parches en sus deprimidas sienes, y su sombrerito *de medio uso* algo inclinado hácia atras, deja contemplar una frente en la cual están escritas con caractéres indelebles, las penas que pasó para conseguir su bien presente, las dulzuras que su posesion le proporciona y las

esperanzas que tiene derecho á ver realizadas en el porvenir.

Aunque no muy de moda, el novio manso, que otros quieren llamar *ganso*, tiene particular gusto en usar *chupas* en lugar de levitas; y chupas tan rebeldes, que si no estuvieran sujetas al enamorado por las mangas, emprenderian la fuga y dejarian de ser sus compañeras. Como la figura del novio de que me ocupo tiene generalmente la forma de una *S*, bien pueden pasar, peleando, dos enormes perros de presa por la solucion de continuidad que existe entre los faldones de su chupa y la parte media anterior de su privilegiado cuerpo, sin tocar absolutamente en ningun lado.

Colgado de su cuello por un cordoncito del pelo de su amada que va á perderse en el bolsillo de su chaleco, trae siempre un relicario, depositario perpétuo de su retrato y el de la que ya tiene *amansada;* detras de los cuales están colocadas las cifras enlazadas y formadas tambien con los cabellos masculinos y femeninos de la inofensiva pareja.

Conozco, lector, algunos mansos. No los pintaré todos, pero no puedo menos de pintarte uno. Aunque se llama Alejo, me gusta mas llamarle Alejito: De este modo me parece mas *mansito.*

Pero antes es preciso advertir, como principiaron sus amores, porque Alejito como *novio manso* precisamente ha de ser una de las escepcio-

nes que tienen los *novios* propiamente dichos. Como vecino que era de la casa de Chumbita (su novia,) se vió en el caso de ir á ella á preguntar por el estado de la salud de doña Aguedita (su suegra *in fieri*) que estaba enferma; y como la enfermedad se prolongó algunos dias, tuvo ocasion de repetir sus visitas, que le proporcionaron alguna confianza en la casa y le dieron el derecho de hacer los mandados á la botica, á la plaza y muchas veces á la bodega, porque en la casa no habia criados.

Estas circunstancias, la gratitud por parte de Chumbita que notaba que Alejito era el que hacia los sinapismos y estaba al cuidado de la hora de los medicamentos, establecieron entre ellos cierta intimidad, que sin notarlo se amaron y sin declararse se correspondieron y cambiaron sus pelos y señales. Y Chumbita le ponia parches á Alejito cuando le dolia la cabeza, y se reia cuando Alejito se ponia bueno, y lloraba y le frotaba la frente con aguardiente de Islas cuando se ponia peor.

Y como Alejito era *formalito* y no se *metia* en nada ni con nadie, doña Aguedita los miraba con maternal solicitud, sentados á media vara de distancia, contemplándose tiernamente sin decirse nada y formando cada uno interiormente sus cálculos para el porvenir. (Castillos en el aire.)

Esta conducta estableció, como era natural, entre todos, la mas afectuosa familiaridad y Ale-

jito vino á ser el *fac-totum* de la casa de doña Aguedita.

Alejito vá muy temprano á ver á su novia y *friega* perfectamente los jarros del tinajero, les parte con una china pelona sobre una piedra, en el patio, el maiz á las palomas de su futura suegra, les muda el agua que él mismo saca del pozo, acaricia un poco la gata de la casa, se lava sus manos y despues que Chumbita le parte el pelo, desde una respetable distancia, se pone su sombrerito (*ad usum novuus*) se despide de la *señora* como él le dice á doña Aguedita y luego se *para* en la puerta á despedirse de la novia.

Concluida la despedida *se arranca* de aquel sitio y emprende su retirada á paso lento; Chumbita se coloca en la ventana y Alejito vuelve la cabeza cada diez pasos, se sonrie, le dice adios con la mano y Chumbita le contesta; llega á la esquina y entónces ya no la saluda con la mano sino con el pañuelo: debia doblar por aquella, que está en la calle que mas directamente lo conduce á su casa, pues tuvo que mudarse muy léjos de Chumbita, pero prefiere seguir á lo largo de ella para no perder la ocasion de volver la cara y agitar su pañuelo. Ya Chumbita tiene colgado su brazo fuera del postigo de la ventana para estar pronta, y apénas Alejito agita su pañuelo, ya el brazo de Chumbita le contesta agitándose furiosamente, porque ha comprendido la venturosa amante que su *novio* ha de doblar precisamente

aquella otra esquina, porque ¡ oh ! desgracia ! la calle en que vive está cerrada por otra y no tiene siquiera, la estension de la calle del Príncipe, ó por lo ménos la de la calzada de Guanajay. Alejito comprende, desde léjos, lo que pasa en el corazon de su amada y ántes de decidirse á tomar la única senda que se le presenta, se demora en la pérfida esquina todo el tiempo de que puede disponer, y sin tener compasion al brazo de su novia, tremola su pañuelo cambiando de sitio, si un carruage importuno, se interpone entre ámbos, y estira, todo lo que puede su elástico pescuezo, para aprovechar la última vista del incansable brazo de Chumbita.

De repente Alejito toma una determinacion violenta: cierra los ojos, guarda su pañuelo y parte. Parte, porque sabe que primero es la obligacion que la devocion, tiene que almorzar *al vapor* para reponer el tiempo que empleó en las despedidas y tiene que sentarse á la mesa de una escribanía á *poner* diligencias y providencias; porque, es menester que se sepa toda la ventura de Chumbita: Alejito es escribiente de un oficial de causas, sin sueldo, y gana una parte que le ha señalado su principal de la *cuarta* que disfruta de los derechos de escribania y de las *propinas*. Alejito está *parado*.

Concluyendo la última letra el venturoso novio de la paciente Chumbita se dirije á su casa con una prisa de mil demonios, come, con la de

cuatro mil de los mismos individuos, y entra triunfante en la casa de su suegra futura.

—Gracias á Dios, hijo, que llegaste, le dice doña Aguedita; hace dos horas que no hago nada porque me han mandado con las mangas de menos los chaquetones que estoy haciendo, y no puedo concluirlos esta noche como quería: pero, todavia es tiempo; vé á la tienda y tráemelos, y á la vuelta pásate por casa de la madrina de Chumba, para que traigas los dos *quiquiriquíes* que le regaló el otro dia.

Alejito oye la relacion de la señora, jadeando por el cansancio del camino y limpiándose con frecuencia las gruesas gotas de sudor que caen de su frente por el mismo motivo; pero no quiere reposar un momento, pues quiere disfrutar con todo descanso de las dulzuras de la compañia de Chumbita y sale en busca de las mangas y de los *quiquiriquíes*. Chumbita, como siempre, sale á la ventana.

—Chumba! Chumba! gritó su madre, llama á Alejito pronto, que se me olvidó una cosa!

Alejito estaba ya en la esquina y se vuelve con su pañuelo preparado para la primera despedida, cuando el brazo de Chumbita le hizo la señal de aproximacion, y como si hubiera sido de acero y su amada un peñasco de iman, se precipita velozmente hácia la ventana de Chumba.

—¿ Qué quieres, mi vida?

—Mamá te llama.

—Hijo, le dijo la señora poniéndose de bruces en el postigo de la ventana, toma esta botella, dásela á mi comadre y díle que me mande la tisana, vamos, anda pronto, para que vengas pronto.

—Pues hasta la vuelta.—Y partió con la botella.

Aun no habia llegado *el manso* á la esquina, cuando un silbido de la novia le hizo volver la cabeza.—El brazo querido volvió á hacer la señal y voló Alejito al reclamo.

—Chinito, le dijo la vieja, cómprame en cualquier tabaqueria un real de *palitos*, ya se me están acabando los que tenia...... camina, hijito,...... anda aprisa.

Esta vez siguió el pobre *manso* su camino; hizo, como de costumbre sus amorosas despedidas callejeras, y á la media hora ya estaba de vuelta. Con la carga habia tomado su cuerpo una forma mas irregular: de *S* se habia convertido en *Z*. Traia bajo el brazo izquierdo un enorme fardo que contenia las mangas olvidadas y colgados del mismo brazo los *quiquiriquíes*; y en la mano derecha traia la botella de la tisana y bajo del brazo el mazo de los palitos de tabaco del último encargo. Soltó sobre una silla el fardo, los *quiquiriquíes* los colocó en el suelo y la botella y los palitos sobre una mesa: respiró con fuerza, y con sonrisa angelical se dirijia á su novia. Pero estaba escrito que la *hora buena* no habia llegado todavia.

A la señora se le habia antojado durante la ausencia de Alejito, mandar á un muchacho callejero á comprar huevos, y trajo uno podrido. Aguedita mandó devolverlo y justamente cuando el novio se dirijia á su amada entró el mandadero con el huevo malo y la negativa del bodeguero.

—¡ Habrá ladron! dijo Aguedita.

Chumbita hacia señas á su madre.

—Pícaro! decia aquella.

Aguedita contó la historia.

—Déme V. el huevo señora, dijo el manso, verá V. si á mí me lo cambia, y si no......

—Ahí tiene V. mamá, objetó Chumbita, eso era lo que yo queria evitar, un lance. Yo conozco á Alejito, sé que tiene malas pulgas...... y por eso le hacia señas á V.

—Ladrones! infames! que *se la lucen* con los muchachos! decia Alejito, ahora verás conmigo si me devuelves el medio ó me cambias el huevo. —Y se dirigió á la puerta sin hacer caso ni á las súplicas de Chumbita ni á los lamentos de su madre.

Alejito salió; doña Aguedita se colocó en la puerta y Chumbita en la ventana y á cada paso que daba el valiente manso volvia la cabeza para ver las desconsoladas caras de su novia y suegra que no cesaban de llamarlo.

Por fin entró en la bodega y se dirigió al dueño con el huevo en la mano.

—Señor D. Jaime, le dijo, la señora que mandó buscar los huevos es muy pobre.

D. Jaime se encojió de hombros. Alejito prosiguió:

—Venia á suplicar á V. me hiciera el favor de cambiar este huevo podrido por uno sano: ella no tiene con que comprar otro. V. aunque parece malo, no lo es: vámos, añadió golpeándole cariñosamente el hombro. ¿No es verdad que V. me va á hacer el favor de cambiarlo?

—¡Canariu! Ya ha dichu dos vegadas ca nó!

—Vamos hombre! esta vez nada mas......

—Ca nosotrus no estamus dentro los güebus!...... Pero lu vamus cambiar por nu verlu mas, Paisano!

D. Jaime cambió el huevo, y Alejito entró radiante en casa de su novia.

—Aquí está el huevo, dijo, y se sentó rendido. No hizo mas que verme entrar el pícaro, y ya estaba buscando el huevo sano que me habia de entregar. ¡Cómo que yo soy muchacho!

Poco despues Chumbita trajo una pequeña canasta y un tablerito. Se sentó á la distancia convenida cerca de su novio y empezaron la tarea ordinaria de la tarde y de la prima-noche. Chumbita sacaba hilas y Alejito torcia sus cigarros. De cuando en cuando, suelta sus estornudos y levanta suspirando sus colorados y lacrimosos ojos á Chumbita. Oh! Las propiedades del tabaco no respetan ni aun á los enamorados mansos!

Estas cualidades de Alejito han destruido todos los obstáculos que impedian que tomara la forma de una O, esto es, que estuviera perfectamente *redondeado;* lo eual equivale á decir que ya está en la puerta de la sacristía, pues doña Aguedita por aquel motivo ha hecho para sí el razonamiento siguiente:—«De todos modos, Alejito no sale de mi casa, quiere mucho á mi hija, tiene muy buen carácter y es muy dócil y obediente: hace todas las diligencias de la casa y no da que decir una palabra. Es verdad que hoy no tiene nada però puede tener mañana si muere el oficial de causas y él se queda con la mesa. Por otra parte, creo que será muy buen marido; en nada contradice á Chumbita y ya creo que está enterado de todo lo que necesita para ser buen casado. Sabe curar un ombligo, sabe fajar un muchacho, curar el histérico, el viento caliente y si no sabe otras cosas mas, yo se las enseñaré. El tiene buena cabeza: lo mismo que aprendió á rezar el rosario aprenderá otras cosas mas, viviendo con nosotras. En cuanto á la comida...... Quiá! el pobrecito es de tan poco comer que creo que no nos hará estorbo ninguno en la mesa. Donde comen dos, comen tres; y ademas que no ha de ser tan desgraciado que no *coja algo* en la escribania en todo un mes; sí, yo voy á preparar el matrimonio y pronto. «Matrimonio y mondonguito calientito.»

Despues de este monólogo...... Despues de

este monólogo, como doña Aguedita era porfiada, y su hija y Alejito blanditos de corazon, *se dejaron* persuadir por las reflexiones de la señora y un año despues estaba el *manso* sentado al lado de una cama con un niño recien-nacido boca abajo sobre sus rodillas que *berreaba como un recien-nacido* y procurando introducirle en la boca su dedo meñique untado en miel rosada y aceité de almendras, remedio que le propinó la suegra al niño como eficaz contra el meteorismo del vientre.

Como se vé, esta clase de novios que he procurado describir, es la masa mas apropósito para formar otra clase de individuos que se llaman MARIDOS CAZUELEROS. Ya trataré, *Deo volente* de pintarlos en el siguiente artículo.

MARIDOS CAZUELEROS.

A José Victoriano Betancourt.

Héme aquí! Héme aquí, como dice Enrique de Lagardere, y no como éste detrás de la cortina, sino debajo de las ocho columnas de la segunda plana de *El Siglo* sosteniendo sobre mis hombros, como Atlas al mundo, todo un artículo de fondo, otros artículos sin fondo, otros sueltos, otros atados, algunas mentiras, muchas verdades, correspondencias, algunos *nos dicen*, unos cuantos *decimos* y en resúmen, todos las letras de que se componen sus párrafos, con sus erratas, rectificaciones &c. &c.

Héme aquí, pluma *en ristre*, tratando de convertir en *suaves* pelos su acerada punta para darle la forma de pincel con el que pueda trazar la figura que casi, casi prometí á los lectores de este periódico en mi último folletin, y con el desconsuelo de no pintarla como queria, pues solo he conseguido transformar la pluma en *brocha*, y

en lugar de un instrumento delicado, solo encuentro entre mis dedos el mango de una péñola con barbas á su estremo largas y groseras, mas á propósito para embadurnar un lienzo que para delinear una figura.

Y todo es para pintar un marido cazuelero. Cazuelero! ¿Y qué es un marido cazuelero? ¿El que fabrica cazuelas? Y suponiéndolo así, ¿qué tiene ese individuo de particular? Hacer cazuelas es un oficio como otro cualquiera, y el hombre casado, que procura cubrir sus obligaciones, con cualquier clase de trabajo, aunque sea confeccionando cazuelas, es mas digno de elógios que de censura.—Esto dirán los que lean el título de este artículo.—Pero...... siento decirlo, indulgentísimos lectores mios. Vdes. están poseidos de un error deplorable, yo no trato del fabricante de cazuelas; allá se las avenga este con su barro y sus moldes y sus hornos; yo trato de cumplir á Vds. mi promesa.

Marido cazuelero es...... un ente que el dia despues de la boda, esto es, el dia de *torna purga*, se levanta del lecho conyugal, y antes de persignarse y lavarse los ojos y la boca, recoje los *cabos* de las velas que sirvieron la noche anterior y los guarda con un cuidado particular para que sirvan la noche siguiente. Lectora soltera: si al irradiar la aurora del primer dia en que empieces á gustar las dulzuras del *suave yugo*, tu cariñoso y amante esposo mira para el candelero donde

reposan los restos de la vela, bien puedes contarte en el número de las dichosas y hacer este razonamiento:— "Mi esposo observa el *cabo*, luego lo recoge,—lo recoge, luego lo guarda,—lo guarda, luego...... puedo decir con toda mi boca:— "Mi esposo ès cazuelero."

Y no te pese, lectora, hacer descubrimiento tan dichoso, un marido cazuelero es todo cuanto puede desear una esposa apasionada...... del *dolce far niente*. Con una vocacion, con una abnegacion sin ejemplo, el esposo Cazuela carga sobre sus hombros todas las pequeñeces del hogar doméstico, que aunque pequeñas, son tantas que reunidas forman un volúmen espantoso; y todo, todo lo carga el esposo complaciente, no porque la muger lo exije, sino porque aquel lo acepta sin que se le proponga; porque su gusto es colocarse en el último aposento de su casa, sentarse en el suelo, rodearse de la ropa sucia de la semana con una cuartilla de papel al lado y un lápiz detras de la oreja derecha, y la aguja en mano ir *cojiéndole puntos* á las medias suyas y de la señora, y zurcir y remendar las piezas que lo necesitan, y apuntar con el lápiz las que va entregando completamente arregladas á su lavandera, para que al recibirlas limpias al fin de la semana, pueda con presencia de sus notas, hacer su cuenta de cargo y data á la pobre etíope que durante la revista de inspeccion del cuidadoso marido, está de pié, detrás de la barricada de ropa súcia, con los brazos

cruzados, retozándole en sus lábios una sonrisa que no me atrevo á calificar de burlona por temor de equivocarme.

Un marido de tal temple es un tesoro. Verdaderamente es un placer inmenso, para una muger, ver á su esposo en los ratos desocupados, escudriñando y registrando, vigilando siempre los intereses comunes. A veces cuando aquella lo considera entretenido con sus pájaros, (si los tiene) está *entretenido* con la lavandera reprendiéndola porqué dejó olvidado el jabon dentro del agua al tiempo de frotar la ropa, ocasionándole un perjuicio que esplica con estas palabras:—"¡A ella no le cuesta!"

Es un placer soberanamente grande para una muger apasionada de su esposo verlo vagar (al parecer distraido) por todos los departamentos de su habitacion, con su camisa *ajadita* de listado que usa el *cazuelero* para estar dentro de casa, algunas veces con las *correas* en la mano enseñando á barrer al negrito que en lo adelante le ayudará en sus tareas.

No es muy dificil, lector, que lo hayas visto con alguna frecuencia á la luz del crepúsculo matutino, detrás de la puerta semi-abierta de su casa, sacando su brazo derecho, en cuya mano sostiene el jarro de hojalata que ha de contener la leche que está comprando, y cuya buena calidad y cantidad disputa con el *casero* hasta la pared de enfrente, y muchas veces le habrás oido esclamar

con rostro risueño y satisfecho:—"Casero, hoy es domingo, hoy es de *guagua*; hasta mañana."

Ni tampoco es cosa estraña verlo comprando huevos en la puerta de la calle, en pleno dia, colocado en cuclillas delante del cesto que los contiene, pretendiendo del pobre isleño que los vende, que á él se los dé mas baratos que á los demas caseros, *por su linda cara*, ó por los méritos de su *camisita de listado*, ó por la gracia con que los va sacando del cesto y colocándolos á guisa de catalejo en su ojo derecho buscando la direccion del sol. A buen seguro que tome ninguno averiado. ¿De qué le serviría entonces su práctica de *cazuelero*?—Tendria que ver que al cabo de sus años un huevero cualquiera, le fuera á vender huevos viejos, hueros ó con pollos!!—Capaz era entonces de renunciar á todos los goces de su ministerio ganados por su esperiencia y hasta de no volver á comprar huevos en todo el resto de su vida y de no comerlos sino cuando le constara de una manera positiva y por pruebas perentorias hasta el mas alto grado de evidencia que estaban claros como las pruebas que nuestra legislacion exige para aplicar la pena de muerte. *Lucem meridiana clariores* («Tambien hay pedantes en la sierra.»)

El marido Cazuelero, no confia á ningun criado la tarea de la compra de comestibles en la plaza; operacion es esta que solo dejan de practicarla los hombres abandonados, que á sabiendas se dejan robar por los cocineros compradores, y

por los vendedores; mi hombre por el contrario, despues de la compra de la leche la pone á hervir en la cocina, la sazona á su gusto y carga con su jarro humeante, que coloca en el jarrerro, al fresco, para que no se *corte;* le encarga á su esposa la vigilancia del alimenticio líquido, y parte tranquilo al mercado para la adquisicion de las provisiones del dia.

No es posible que el vendedor de la carne le quite ni una sola fibra al efecto que le espende: los ojos del comprador vibran con una rapidez fabulosa, dirijiéndose ya al cortante cuchillo del carnicero ya á las pesas, ya al garabato donde está colgado el objeto que causa la alteracion de su fisonomía; y como es una de las eminentes cualidades del *Cazuelero* ser inteligente en alto grado en todos los misterios del arte culinario en sus diversos ramos, sabe elegir *la parte* de donde se debe cortar la porcion que solicita, y por donde, para no ser defraudado en sus intereses, y antes perderia, picada en el tajo del carnicero y por el filo de su hacha la última falanje de su dedo meñique, que dejar de pedirle la *contra*, y bien despachada, de un pedazo de manteca, ó de hueso, para hacer mas sustancioso el caldo de su sopa.

Amante y *cariñoso* con su esposa, como ninguno, el marido Cazuelero no consiente que esta se entretenga en la adquisicion de las diversas pequeñeces que diariamente necesitan todas las familias. No! mil veces no! El lo gana, él lo tra-

baja y él lo distribuye. No va á la bodega pero manda al negrito y lo espera en la puerta de la calle una hora, dos, y hasta mil si al mandadero le ocurrierra la idea de tener á su amo adherido á ella como una moldura. Pero ya de vuelta el mensajero, con un forro de botija colgado de un brazo y *chupando* la punta de un pedazo de caña, el Cazuelero lo toma por un brazo y lo hace entrar á *todo vapor*, á riesgo de verter el vinagre que trae en el *jabuco* en una taza y lo arrastra hasta el comedor.

—Dónde has estado ?

—En...... en...... en......

—Pronto! ¿Dónde has estado ?

—Yo estaba...... yo estaba......

—Dónde !...... Pronto !......

—En la bodega.—(Esto lo sabia el Cazuelero.)

—A ver...... ¿ Qué has traido ?

—Yo traje medio y cuartillo de carbon...... Un cuartillo......

—« Ahora lo verás! Te voy á dar medio y cuartillo de carbon »—Vá á buscar las *correas* y vuelve en seguida. Toma al negrito por ambas manos con su izquierda y empieza á cumplir su promesa.—Toma carbon!......Tomo medio y cuartillo!...... y cuartillo!...... y cuartillo !...... (Los puntos suspensivos equivalen á correazos.) ¿ Yo no te dije, que trajeras tres *chicos* de carbon para la cocina, y un cuartillo para la plancha ?......

Bueno! Yo te dí un real fuerte...... falta medio ¿Qué compraste?

—Un chico de vinagre!

—Hija! hija! (le grita á su esposa.) ¡Un chico de vinagre! Este negro me va á acabar la vida...... ¿Yo no te tengo dicho que siempre me traigas una *contra* de vinagre?...... Toma vinagre!......vinagre!...... vinagre!......—Bien: faltan tres chicos. ¿Dónde están?

—Aquí está uno contestó el negrito sollozando

—Bueno. Todavía falta un cuartillo, contesta el Cazuelero guardando la mugrienta hojalata en su bolsillo. ¿Dónde está?

—*Sumercé* me dijo que trajera fideos.

—¡ Fideos! ¡Yo te dije que trajeras fideos! ¡Hija! ¡Hija! Dice este verdugo que le pedí fideos! ¿Yo no te dije tallarines? Toma fideos!..... fideos!...... fideos!...... ¿Y qué caña es esa que estabas comiendo?

—Yo que pedí...... *dos contras.*

—«Hija!...... hija!...... ¡Yo me muero! El manejo de esta casa me mata: mira lo que dice este vándalo: que cojió *dos contras* de caña, digo! *dos contras*! no se conformó con una! Ahora vas á chupar caña, condenado. Toma caña!...... toma contra!...... toma!...... toma!—Hija! ven, dame á oler algo, que me ha dado una cosa!— Yo no me puedo incomodar...... Por eso el maldito trajo un chico de vinagre! Para cojer las contras! Dame algo que oler.»

Algos que no *algo* diera yo por darle á oler *algo* al cazuelero en estos momentos, aunque no fuera mas que un pomo de álcali volátil, ó el costado del teatro de Tacon del lado del depósito de Villanueva.

Si tiene hijos, este escelente padre de familia, no deja á la madre el cuidado de asearlos y mandarlos á la escuela: él tiene el cuidado de hacerlo; va personalmente á la cocina aparta el almuerzo de los niños, lo distribuye, y no es muy difícil verlo sentado en una silla pequeña con uno de pecho sobre su brazo izquierdo, hartándole de *migas* que introduce en su boca siempre abierta. En seguida los viste, arreglando la camisita de este, la *chupita* de aquel, el *mameluquito* del otro, el sombrerito &c., les cuelga las bolsitas de los libros, regaña al lloron, besa al risueño, y todo esto con una facilidad estraordinaria, sin soltar *el de pecho* que se echa al hombro con la destreza de una nodriza ó que pone boca abajo sobre sus piernas.

Este ente *ridículo* (para decirlo de una vez) usurpa toda la soberanía de la mujer: sí, la soberanía; porque la mujer desde el momento que se constituye en madre de familia debe ejercer en lo doméstico todas las atribuciones que son inherentes á su estado. La mujer casada, gusta, si es laboriosa, de ejercer su pequeño reinado, que consiste en intervenir en el gobierno de los criados, y de que se obedezcan sus disposiciones;

tiene orgullo en que el aseo de la mesa y la comida que se sirve en ella, bien dispuesta, se deba á su buen órden y economía. Que la compostura y adorno de toda la casa, su limpieza: la esactitud, en fin, en el cumplimiento de todas las pequeñeces domésticas que tanto dicen en favor de una buena madre de familia, se deba todo á ella, solo á ella. A una mujer le gusta mas disfrutar las cantidades que por su buen manejo y economía, logra reunir, que *el doble* que pudiera regalarle su esposo. Tiene orgullo en mostrarle á este, (si se halla alcanzado de dinero) la cantidad que ocultaba y que diariamente, *chico á chico* y *cuartillo á cuartillo* ha ido cercenando de lo que su esposo le asigna para el gasto diario. Y se colma de un legítimo orgullo cuando oye esclamar: ¡Oh!, Fulanita ayuda mucho á su esposo, es para él un tesoro!—Fulanita lo ha sacado de muchos apuros, le economiza mucho! ¡Oh! sí! una mujer honrada y laboriosa despues de concluidos todos sus labores y todos sus *quehaceres*, goza estraordinariamente con haber llenado todos estos compromisos diarios que dicen mucho en favor de ella misma, en favor de la felicidad de su esposo y en favor de sus hijos...... y hasta en favor de sus vecinas, si á estas, en su afan de fiscalizarlo todo, se les antoja tomarla por modelo para imitarla y hacer la felicidad de sus maridos......

El marido *cazuelero* en su empeño de gobernar é intervenir en todo, se priva de estos goces y

hasta del descanso que pudiera tener en su casa, despues de concluidas sus ordinarias masculinas tareas. Lejos de esto, siempre está inquieto, pendiente de la fraccion de papel que está en el suelo, de la saya de la mujer, mas ó menos almidonada, del tiempo que gasta la lavandera en entregar la ropa...... siempre disputando con su esposa sobre estas miserias, haciéndose odioso á sus criados, temible á sus hijos, que ven en él un Cancerbero en lugar de un padre amante y cariñoso. La esposa, la pobre esposa que tiene la desgracia de sufrir *pegada* á sus costillas esta *gota de brea*, se fastidia de la ociosidad forzada en que vive, y suele á veces hasta...... odiar al causante de su desgracia...... Sí, de su desgracia, porque le falta el ideal que le habia pintado su imaginacion de soltera, y en lugar de un hombre, en lugar de una columna en la cual pudiera apoyarse para suplir su debilidad de mujer, solo halla un ente afeminado, impertinente y ridículo, mas propio para...... cualquier cosa que para hacer la felicidad de una familia.

Yo no le impusiera mas penitencia al cazuelero para distraerlo de su aficion al oficio, que sacarlo á paseo algunas veces con su uniforme de gala, esto es: en mangas de camisa, con la pechera abierta, un malacoff sobre sus pantalones, una cazuela de á dos reales por sombrero y las correas en la mano, como símbolo de su mando.

ALAMBRES TELEGRAFICOS.

Hombres de Negocios.

¿Qué nombre tiene, lector indulgente, una alimaña, no descrita por Plinio, Buffon ni Cuvier; ni por ningun otro naturalista antiguo ni moderno; que por ser en el dia tan comun, no figura en los museos colecciones de fieras, ni viaja con los albinos del coronel Wood? Qué tiene, como dicen las viejas á los niños en cierto cuento, semejanza con el hombre y no es hombre, ojos como los gatos y no es gato, garras como el cernícalo y no es cernícalo y que si no se parece exactamente al boa, consiste en que este no tiene agallas. ¿No aciertas, lector? Voy á ayudarte. Tiene mucha semejanza con el pañuelo de bolsillo, porque chupa, como este enjuga el sudor de la frente de los humanos.—No aciertas aun? Te confiesas vencido? Sí? Pues escucha.—Cuando estábamos á oscuras, cuando colábamos el café por coladores de franela, cuando íbamos á Gua-

nabacoa en reliquias de volantes arrastradas por recuerdos de caballos, y cuando se median con los piés los compases de la música, se llamaba «usurero». Pero hoy en el año de 1863 uno de los que componen la segunda mitad del siglo XIX siglo mas nuevo y mas ilustrado por lo tanto, que los siglos pretéritos; en el que el inventor de los fósforos dijo «fiat lux» y fué hecha la luz: en el que Fulton dijo á los hombres, como Cristo á Ashaverus «anda, anda,» y los hombres obedeciendo á Fulton corren, como deudores perseguidos por órdenes de apremio por sobre los rieles de los ferro-carriles, y comprimen el agua y los polvos del café en los filtros de Veiron. Hoy que dejan de hacer con los piés la señal de la cruz, porque Maelzel se los paralizó con su metrómeno, hoy, repito, para distinguirlo del hombre real y verdadero, le ha endonado la ilustracion del siglo otro nombre, que no será tan corto, pero que en cambio es mas largo. «Hombre de negocios.» —Calma, lector, y escucha.

Hay en la ciudad de la Habana, (suponiéndola con sus murallas derribadas) ciertos lugares públicos, que son el *rendez-vous*, de todos los buscadores de recursos, de muchos negociantes, de todos los cobradores, de muy pocos pagadores, y donde se cruzan en todas direcciones multitud de alambres telegráficos que les dán á aquellos sitios la apariencia de las habitaciones de ciertas, arañas, que tienden sus hilos para atrapar á los insectos

de que se alimentan.—Allí está D. Justo, honrado artesano: pálido, abatido; acaba de salir de una enfermedad que lo puso á los bordes de la tumba, que le privó por muchos dias del fruto de su trabajo personal, que debe sus honorarios al médico, las medicinas al boticario y á sus proveedores el sustento diario de la familia. D. Justo está allí porque espera evitar una desgracia mayor: el desalojo. Está demandado por dos meses vencidos de alquileres de casa.

Y allí están los alambres telegráficos, que ponen de relacion á los justos con los injustos, á los ratones con los gatos, á las moscas con las arañas. El desgraciado dirije la vista á todos los conductores, la fija en uno que le pareció de mas fácil manejo, apresura el paso, toca una cosa que parece una espalda y esta se estremece.—«Señor, dice D. Justo, deseo que V. me oiga dos palabras.» —El alambre alza la cabeza—porque esta clase de alambres tienen...... cabeza.—Me ha oido V?, prosigue aquel, tengo un negocio entre manos y......—El alambre que tambien tiene ojos, los abre desmesuradamente.—¿Qué negocio?—interrumpe.—Quiere V. negociar billetes del banco español por la mitad, ó de la lotería premiados por una tercera parte, ó vender en pacto, casas de cantería y azotea aseguradas de incendio, terremotos y rayos, saturadas sus maderas con los polvos contra el comejen y pintadas con la pintura incombustible de Quesada? Qué negocio? Qué ne-

gocio? Qué negocio.—Nada de eso, contesta D. Justo aterrado, nada de eso. Yo soy un padre de familia, pobre, pero muy honrado.—Ah!, suspiró el alambre, y tomó de nuevo, su posicion horizontal.

Si estuviésemos, lector, en época mas remota seria para nosotros un prodigio, oir hablar á un alambre pero, en la presente? Oh! En la presente hablan hasta los...... alambres. Es verdad, que estos no están sujetos á las reglas ordinarias de la telegrafía; así es, que los vemos, no en tubos submarinos, ni elevados en las estremidades de los postes, sino al rededor de mesas de mármol, por la mañana, y bien afianzados en sillas de madera de donde no se moverian si les embistiese un toro de la hacienda de «La Paloma.» y en bancos de piedra y sofás de hierro, por la tarde, firmes, impermeables incombustibles......

Y no estrañes tampoco, mortificado lector, que un alambre sin moverse de su *cimiento* tome una posicion vertical ú horizontal. Cuando funciona, se endereza sin mover la base, que es su parte media; cuando concluye se estira, mira un periódico (que ya ha leido y que no suelta) fuma y duerme. Entonces, la base está en una silla, la estremidad inferior en otra, la superior descansando sobre un periódico que ha colocado sobre la mesa, siempre sujeto por un estremo, con el oido aplicado á la palabra «Solicitudes.»

Hecha esta digresion, volvamos á D. Justo

que con la ansiedad que es de suponer, esperaba de aquel hilo de hierro, alguna palabra de consuelo, siquiera una esperanza, como diria un amante de pacotilla.—En fin, le dice el alambre: qué tenemos?—Le diré á V. yo no tengo sueldo fijo, (*el alambre forma una curva*) pero soy honrado y con mi trabajo, me proporciono tres ó cuatro pesos diarios. (*El alambre forma una recta.*) Cantidad que creo suficiente, para cubrir los gastos de mi casa, y ahorrando una parte de ella, para cubrir un compromiso que, por mi desgracia, espero contraer. Necesito seis onzas (*formidables sacudimientos del alambre, porque no ve nada que relumbre en los vestidos de D. Justo*) que pagaré con su premio, si es moderado. (*El alambre forma un semi-círculo*) y como no tengo fiador, ni prendas, ofrezco como garantía mi honradez y los informes, de los que me conocen. (*El alambre forma un círculo, eclipse total de alambre visible*) D. Justo, se dirige á otro.

En la misma estacion está Inocente, jóven de 16 años pero mas versado que nadie en esta clase de telegrafia: se dirige al mismo alambre.—Chico, le dice, necesito seis onzas para esta noche; voy á Escauriza á las máscaras! Con Juan, con Pedro, con Luis. Despues del baile cenaremos venado. Tenemos una rumba de la pipa! Toma mi reloj, es de Losada, le costó á Papá ocho onzas, mi cadena que le costó á mamá tres, mis botones de camisa que me costaron cinco y estos

pendientes que....le costaron....me costaron...... nos costaron......No me acuerdo. Dinero, dinero es lo que falta.—

El alambre toma las prendas, tiembla, se encoje, se estira, y por último, forma una espiral dentro de la cual va envuelto Inocente. Ya no es alambre, es un cilindro, rueda con una velocidad espantosa por calles que le son muy conocidas, é Inocente, sin saber como, se encuentra en un gabinete, en este gabinete un sillon, en este sillon una bata, y dentro de la bata una cosa, un bulto coronado de un gorro; parece un hombre!

Buenas tardes señor D. Severo Agarrado; dice el alambre.—Felices—contesta aquel mirando á Inocente.—Pero ¿no ves lector? así mira el gavilan al pollo, el jubo á la rana; así mira el perro hambriento, cuando, á riesgo de ahorcarse con la cuerda que lo sujeta procura alcanzar el trozo de carne que vé á poca distancia.

Aquí traigo á este señor, dice el alambre, señalando al jóven, necesita seis onzas, y quiere que V. le empeñe estas prendas.—Veremos...... dice el bulto, tomando las prendas con indiferencia.—Este reloj vale poco, es contrahecho, tiene mal golpe. Los botones tienen unos brillantes muy opacos, y para empeñarlos, es preciso desmontar las piedras y pesarlas; yo no calculo sino sobre valor intrínseco. En cuanto á lo demas, lo pesaré, y á razon de tres reales la onza nos arre-

glaremos. Conque V. dirá: y debo advertir que aquí tengo dos ó tres relojes mejores que este que me los han dejado por cinco y por seis pesos. Sin embargo,—prosiguió,—vuelva V. dentro de dos horas con el señor,—y señaló para el alambre, —que no pelearemos.—Muy bien, contestó el jóven, á las siete volveremos, tengo tiempo para vestirme en estas dos horas; vamos. Y salió con su conductor.

Era el tiempo que necesitaba Agarrado. Vestirse, tomar las prendas, llevarlas á tasar á un joyero de su confianza que las tasó en doce onzas y volver á su casa fué empresa de una hora. Desnudarse, ponerse el gorro y la bata, sentarse en el sillon y dormir en seguida, de otra hora.

El ruido de los pasos de Inocente y su rabo, lo despertó.—Malas noticias, caballero, dice, he llevado á tasar las prendas......no valen cosa...... no puedo dar sobre ellas mas de 25 pesos. Y fingió continuar su sueño.—Estaban sus mejillas encendidas; creyó Inocencio que D. Severo tenia vergüenza, pero se engañaba. La pantalla era de tafetan escarlata y estaba colocada entre la luz y Agarrado.

El pobre mozo estaba aterrado, miraba las prendas, miraba el alambre, miraba á D. Severo, pensaba en Escauriza, en la cena, en las gritos de los cocheros, hasta un grupo de máscaras pasaba por las puertas de Agarrado. Tocaban flauta, violin y guitarra, tocaban una danza: *Aron-*

ga!! Inocente no pudo sufrir mas.—Venga el dinero, esclamó, y alargaba la mano. El dinero! El dinero!—Despacito, hijito, despacito, dijo el caribe, tiempo hay para todo. Hay que advertir que, aunque el *negocio* lo hago por 25 pesos, V. no los percibe; porque hay que deducir el interés que cobro adelantado, á tres pesos por onza son cuatro pesos y medio: cuatro pesos dos reales para el corretaje de su amigo y real y medio fuerte, importe del papel de giro que suplo. Yo no le entrego á V. mas que 16 pesos, medio real fuerte.

—Dios mio!! Dios mio!!! esclamó el jóven. ¿Estoy soñando?—No, hijito, no sueñas, sino te conviene, estás todavía en tiempo; ahí están tus prendas.

—¿Y qué voy á hacer con ellas, Sr. Agarrado? Cree V. que á estas horas pueda yo empeñarlas? —Quién sabe! contestó este, todavía es temprano. Y le enseñaba el reloj.—Las ocho! Vamos! será lo que V. quiera. Tome V. las prendas.—Bueno, bueno, firme V. este papelito.—Inocente leyó.— «Conste por este documento que he recibido de D. Severo Agarrado la cantidad de veinte y nueve pesos cuatro reales que me ha prestado para gastos de mis estudios y para la estraccion de dos muelas que me dolian, cosa útil é indispensable y que no amerita restitucion *in integrum*; dejándole en calidad de prenda un relojito muy usado, un par de botoncitos de oro con una piedrecita

blanca, unos candaditos de oro y una cadenita muy delgada, cuyas prendecitas, las tomará el bondadoso Agarrado en propiedad y como realmente vendidas si en el plazo de dos meses, contados desde el quince del mes antespasado no le abono dicha suma, y para que no tenga que esperar mucho le firmo este en el dia de hoy 20 de Marzo de/1863.—Yo no firmo nada de eso, le gritó Inocente, eso es robar.—Será lo que tu quieras, hijo, yo lo hago por servirte.—Le replicó con calma, D. Severo.—Vámonos de aquí, chico, vámonos! dijo Inocente al alambre.—Este se cruzó de brazos.—Y quién me paga mi corretaje?

Aronga! Aronga, mamita aronga! decía la música en la calle.—*Aronga!* gritó Inocente, y con la rapidez del rayo, tomó la pluma firmó el papel que estaba en la mesa de Agarrado, le arrancó los $16 medio real que le ofrecía y se precipitó frenético fuera de aquella caverna.

Así se hace un negocio, dijo Agarrado al alambre.

—Lo malo es, que Inocente es menor, le objetó este.

—Quiá! si lo alega... .. convendré en ello, pero, lo perseguiré por la estafa y sus padres que tienen *cascajo* no consentirán que lo sumarien y que lo *coja* la cárcel.......Yo soy un hombre de negocios...

....

He procurado, lector enseñarte una muestra

de los alambres telegráficos ambulantes y de los *hombres de negocios.* Convengo en que mi descripcion te los habrá hecho ver como al través de un vidrio opaco, pero creo que te bastará para conocerlos, y para esclamar como yo cuando los veo.

«Liberanos Dómine.»

NO QUIERO MORIR AHORA.

(Á Ambrosio Valerio.)

Muchas ganas de lucir se necesitan en el dia, con las cosas tan malas como se presentan, para atreverse á morir un individuo. ¡ Como si el vestido que se necesita para presentarse con decencita en un acto tan solemne costara dos pesetas! ¡Cómo si la barba costara cuatro reales! ¡Cómo si el muñidor y el sastre y el cura de la feligresía y el capellan del Cementerio prestaran sus servicios *grátis*! Y sin embargo, vemos con nuestros propios ojos, hombres pobres, pobrísimos, que no tienen sobre que recostarse, que sabiendo todas estas cosas se entregan en los brazos de la muerte pese á quien pesare y salga lo que saliere.

Por lo que á mí respecta, protesto y juro que mientras que mi menos que modesta fortuna no mejore, que mientras no tenga con que sufragar todos los gastos que hoy se necesitan para presentarse con decencia despues de muerto, he de per-

manecer en el mismo estado en que me encuentro y por cuenta de quien corresponda; porque no quiero estirar el pié mas que hasta donde me alcance la sábana; porque no tengo con que pagar hoy dia, no digo el precio de cuatro pesos dos reales que importa la barba de un difunto, pero ni aun los veinte centavos que me cobra mi barbero hoy que permanezco vivo y efectivo, cuando voluntariamente me pongo bajo sus filos. Porque no quiero, con el calor inusitado que hoy me abrasa, vestirme con un centro de paño negro que haga sudar la gota gorda á mis herederos, ni ponerme guantes negros ni otras cosas que no uso sino *muy rara vez* en estado *de vigilia;* porque no quiero verme en compromisos con ninguno de los que intervengan en mi recepcion de muerto, bien sea como proveedores de todas las cosas que hoy la *decencia* y el buen gusto exigen, ó como agentes, conductores, ó maestros de ceremonias. ¡No, mil veces no! Quiero permanecer como estoy pese á quien pesare y guste á quien gustare; que bien seguro estoy de que no faltará quien desee verme en el puesto mas elevado, (por su gran distancia de la tierra,) ó hundido en ella diez veces mas de lo que puede hacerlo una barrena de montaña en la perforacion de un pozo artesiano; ni faltarán tampoco (y estos serán escasos) algunos que quisieran que yo fuera perpétuo y que permaneciera sobre la superficie de la tierra, aunque fuera en estado de mómia *per omnia sæcula sæculorum.*

¡ Pues qué ! ¿ No hay mas que morirse ? ¡Pues no creen algunos inocentes que no hay mas que hacer que cerrar los ojos y tenderse boca arriba ! No, señor; se necesita para esto tener junto *algun capitalito* ó que los herederos estén familiarizados con el manejo del *cuero*: se necesita ropa y *muy decente*: buen sarcófago, buena mesa forrada de magnífico paño negro con galones de oro, ó cuando menos de plata; buenos no; óptimos hacheros que sostengan costosos cirios: flamantes alfombras que orgullosamente cubran la modestia del suelo: se necesita cubrir las cenefas del salon mortuorio con negros tapices que oculten sus colores: se necesitan criados *pagados* que cuiden al *protagonista*. Esto es por lo que respecta á la primera parte: despues es necesario un soberbio coche tirado por magníficos caballos espléndidamente vestidos y manejados por un *orgulloso* cochero y por dos ó mas palafreneros, que arroje á los aires, de sus cuatro pebeteros, constantes pirámides del humo del aromático incienso que en las cavidades de aquellos encierre: que este espere delante de la casa mortuoria al mortal venturoso que se desdeña de ocuparlo—luego es indispensable que cinco isleños y cuatro gallegos &c. hasta completar veinte y cuatro ó mas individuos, acompañen de cerca al cadáver vestidos de rigoroso luto, con enormes casacas unos, con diminutas casacas otros: con *bombas* piramidales unos, con *medias sorbeteras* otros: con cuellos de camisas

como cucharas de albañil unos: sin cuellos de ninguna clase otros; y todos con zapatos de marca mayor de una sola medida, fabricados espresamente para que puedan usarse por todos los piés que se presenten de cualquier clase y longitud que sean......

¡Pues qué! ¿No hay mas que morirse? Pues todas estas cosas que son *muy necesarias* y que *muy por encima* he señalado, no componen sino una parte muy pequeña de ese programa de gastos indispensables á la última escena de la vida. Muy egoista es preciso que sea el que se muere contando solo con los gastos personales. ¿Y la viuda?

Esta matrona necesita para *debutar con decencia* en su nuevo estado, enviar á la tienda desde el instante fatal, por veinte ó mas varas de la mas costosa sarga negra para formar su *uniforme* de viuda, colocar sobre sus espaldas el *pañuelo entero* de negro y ruidoso tafetan, sostener en sus manos el blanco pañuelo de batista finísimo para cubrir sus ojos y recoger las lágrimas que de ellos broten en el momento de la *sortitta* del cadáver para otros lares y para cuando por la noche vayan entrado sus amigas á *ayudarla* en sus lamentos. Sin estas cosas, el llanto no brotaria de sus ojos ni las esclamaciones de sus labios, ni los lastimeros ayes, ni los tristísimos suspiros. Para llorar *con decencia* se necesita sarga negra, para suspirar es indispensable un costoso pañuelo al cuello: no es posible que un pañuelo de mano que

cueste una peseta pueda recojer las lágrimas que arranque una eterna despedida......

La viuda necesita colocarse, sentada en un sillon en un cuarto separado, alhajado de la mejor manera que se pueda: vestida de luto rigoroso para poder llorar con toda decencia; porque ha de estar rodeada, no solo de sus íntimas amigas, sino de otras personas de cumplimiento y no ha de llorar vestida de cualquier modo.

No porque á su marido se le antoje morir ha de hacer una viuda un papel ridículo, encerrada en un cuarto, entregada enteramente á su dolor, cuando aquel sabia perfectamente que casi es de moda, que las vecinas todas concurren y tengan ganas ó no las tengan, han de llorar y hacer esclamaciones: que es muy natural que si él era procurador ó abogado de tal vecina, ésta está en el caso de entrar en el cuarto de recibo con los brazos abiertos gritando:

—Ya se acabó mi apoderado!

Para todo esto se necesita dinero: porque el que se muere debe saber que la casa se llena de amigas íntimas que toman chocolate amargo y otras que lo toman dulce: que algunas lo toman solo y otras con bizcochos y otras con panetela: que aunque no lo pidan es necesario servirles sus copitas de vino generoso...... que estas amigas y vecinas entran al toque de oraciones: que algunas se retiran á buena hora y otras á las mil y quinientas, y que piden repeticion, como los con-

currentes á las altas localidades del teatro, de aquello que mas les gusta, y así es que el chocolate amargo y dulce, y los bizcochos y las panetelas y los vinos generosos, hacen frecuentes apariciones en el *appartement* de la nueva viuda.—Todo esto cuesta dinero; el que se muere sin contar con todos estos gastos indispensables á su nuevo estado, se mete en negocios torpes que infaliblemente le han de producir mal resultado.

Debe saber que esta *mecha* si no es muy larga, tampoco es tan corta que no proporcione gastos de alguna consideracion porque no acaban el dia del entierro, no señor, deben prolongarse hasta nueve dias despues: el hombre que se muere sin arreglar primero estos negocios, es un egoista: solo va á buscar su descanso sin contar con los *compromisos* de sus herederos que tienen que costear un buen almuerzo, una buena comida y si se ofrece......hasta cena; porque nunca faltan entre los amigos de mas confianza, algunos que se sienten con *debilidad* ó con *penita* en el estómago, porque á la hora de la comida no tuvieron apetito, pues lo perdieron al recordar las buenas acciones del difunto. Y como estos *amigos* fueron de los que mas *trabajaron*, en la enfermedad de aquel, es preciso contemplarlos y servirles una nueva colacion que restaure sus fuerzas.—Y como estos amigos de confianza tienen niños que los esperan con ansia por las golosinas que pueden llevarles, es preciso que haya buen repuesto de dulces y *cositas* de fácil conduccion.

¡No quiero morirme, no! Me estremece la idea de que algunos individuos con el pretesto de saber de mi salud se presenten en mi casa en mis últimos momentos para hallarse allí *por casualidad* en los momentos desgraciados para ofrecer sus servicios como agentes de empresas funerarias. —No quiero que mis pobres herederos hagan sacrificios para hacer tirar papeletas de invitacion para mi entierro á los que fueron mis amigos que, ó las reciben y no les hacen el mayor caso, ó no llegan á sus manos porque el repartidor de ellas, para abreviar la reparticion, arroje en cada cloaca que encuentre, cincuenta papeletas negras con letras de plata encargadas de comunicar la insignificante noticia. —No quiero *ver* á mis amigos, que de *compromiso* se presten á acompañarme, doblar por la primera esquina que se les antoje y dejarme continuar mi viage solo, sin su *necesario* carruage.

Y si fuera esto solo! Pero ¡ quiá! Queda aun la poesia de las impertinencias. En caso de que yo me prestase á morir, que lo dudo, ¿como resistir con paciencia que delante de mis despojos emprendan algunos de *mis dolientes* la tarea de acordarse de mis méritos y de mis virtudes y otros la de aprovechar la ocasion, que nunca creyeron ver realizada, de declarar sus amores á las señoras de sus pensamientos? ¿Podria tolerar con paciencia que en mis barbas se murmurara de las lágrimas de mis herederos, de las pro-

visiones de mi despensa, del efecto que causa mi figura y de tantas cosas como se notan y cometan en la casa del mentecato que consiente en morirse sabiendo todas estas y otras muchas cosas? ¿No vale dos veces mas permanecer vivo y gozando de una salud perfecta aunque tenga uno que lidiar con las exigencias estraordinarias é injustificables de los dos dueños de casas, con los víveres podridos de los bodegueros, con el pescado en nieve, con los carretoneros, con los cocheros, y hasta.... con los ministros de los tribunales de demandas verbales y los que los ponen en movimiento intransigentes paisanos de los hijos de la rubia y orgullosa Albion?

Si al ménos, despues de la muerte pudiéramos estar tranquilos en el lugar en que nos coloquen! Si por lo ménos no hubiera dueños de casas en el solitario lugar en que quedamos depositados! Pero ¡quiá! Allí tambien hay dueños de casas. Fiaos de que el cementerio es un lugar tranquilo y apropósito para descanso del cuerpo y no pagueis á su vencimiento el alquiler del nicho! Sin necesidad de citacion primera ni segunda, sin necesidad de acusaros la rebeldía, sin deciros una palabra; la ejecucion está aparejada, y como no se encuentra en vuestra mansion solitaria *nada* que pueda seros embargado, el desalojo es inminente: no os pondrán en la puerta de la calle pero sí pondrán los restos de vuestro individuo pretérito en el carnero para de allí pasar á ser pasto de las

llamas, y luego...... vuestra casa se le alquila á otro individuo mas fresco.—¿Y no sabes tú, lector de mis ojos, la causa de este desalojo, de esta humillacion, de este bochorno delante de todos los que componen el vecindario que llamamos cementerio?—No? Pues la causa es que nuestros herederos al alquilarnos el nicho no lo hacen con el objeto de que descansemos con lujo, sino con el de que los que acompañan el entierro vean que ellos son hombres que pueden disponer de cien pesos, que Dios sabe como se han podido adquirir en tan apuradas circunstancias; y como el desalojo del nicho es en silencio, y al cabo de diez años, nada se les importa que los restos frios y bien frios de su ascendiente, descendiente, colateral, esposo, esposa ó amigo pase en silencio á los mas *recónditos pliegues* de las llamas de la pira construida para hacernos subir hasta las nubes.

Lo repito, feos lectores y bellísimas lectoras mias: mientras las cosas no varien, que deseo sea lo mas tarde posible, juro y protesto con todas las veras de mi corazon que no moriré en mi vida y que por muy áspero que sea el sendero que que tenga que atravesar, lo sufriré con paciencia y lo pasaré con paso firme. Todo lo mas que puede suceder es que toda mi vida la pase al frente de la Mesa Revuelta de "El Siglo" haciendo lo posible por teneros al corriente de todo lo que pase en nuestra Fidelísima Ciudad, si al Director

de este periódico en el cual escribo de tan buena gana, no se le antoja un dia de mal humor al comprender mi insignificancia, ponerme de frente en el camino de la puerta de la casa de esta Redaccion que dá á la calle del Tejadillo, que cuando llueve se pone intransitable, y que merece algo mas que la pobre composicion que se le ha hecho. Dios os guarde lectores mios, y os inspire la idea que he espresado en este artículo y que la veias realizada *como yo para mí deseo.*

AMORES DE GUAGIROS.

(Publicado en el "Misifuf.")

Nos escapamos! Nos escapamos del Gato!! —Así dirian los guajiros cuando los que sabian, leyeron, y los que no se hicieron leer el prospecto del *Mizifuf*. Nos escapamos! Sí, nos escapamos! Ese gato *arañaor* que dicen que *desguaza* á todo el mundo, no se ocupará mas que de las casas grandes de la Habana, del barrio de Jesus María y del barrio en que está la calle Ancha del Norte. ¡Nos escapamos!

—¡Oh! sí, esclamo yo, ¡Buena escapada!...... Eso seria si con la anticipacion debida no hubiera yo tomado las mas oportunas medidas para cerraros los *portillos*, y al determinarme á visitar vuestros lares, no me hubiera colocado, bien escondido, entre la *cobija* y la *solera* de vuestras casas de *guano*, unas veces, y otras debajo de los *espartillos* y *caguasos* de vuestros campos, para fiscalizaros á mi gusto y poneros la cara con mis uñas como la de los negros *carabalíes*.—Se escaparon! Sí,......... eso seria si en mi lugar hubié-

rais recibido las visitas de Ramon Velez ó José Fornaris ó cualquiera otro poeta que, adornándoos con las galas de su florida imaginacion os pintara, señores mios, cabalgando siempre en un hermoso potro criollo con albarda á lo Moreno ó á lo Castillo, cubierta de botones y hebillas de plata, con cabezada á proporcion de aquella, con los mismos adornos, y riendas de algodon ó pita de corojo; y ostentando elegantes camisas con pecheras cubiertas de randas y con los indispensables botones de oro en forma de alfajor, ligados con cadenas: faja de tela real calada que sostuviera el brillante machete de concha de plata y espuelas de lo mismo que contribuyeran á sujetar en vuestros diminutos piés el zapatico de corte bajo con sus correspondientes hebillas y en el extremo opuesto á estas estremidades de vuestros cuerpos el exótico jipijapa, algo inclinado hácia la oreja izquierda impidiendo con el ala que subieran directamente á las nubes las mas pequeñas que estrajerais de vuestros tabacos vegueros. Y, á vosotras guajiras interesantes, vestidas de blanco lino, coronadas de blancos azahares con blanquísimas medias en vuestras torneadas piernas y primorosos zapatos aprisionando vuestras bases microscópicas. Vosotros los varones, haciendo galopar vuestros corceles por verdes guarda-rayas de limoneros y palmeras, y vosotras las hembras en pintorescos jardines adornando vuestro seno con castísimos lirios, y tanto los unos como las

otras haciendo flotar en los aires á impulso de las brisas de la tarde en dulces décimas suavísimos conceptos amorosos: todo esto, y mucho mas, es de vosotros, queridos campesinos mios, nada trato de quitaros: pero como yo no sé hacer otra cosa que *arañar* y seria una injusticia *fajarles* por aquellos motivos, voy á ocuparme en otras cosas que tambien son de vosotros, y que merecen los honores de mis uñas, y de mi lengua, que áspera como un erizo produce el mismo efecto que una escofina. Lo mismo penetro yo en las casas de los mas ricos banqueros que en las chozas mas miserables, guajiros mios: lo mismo *trepo* por los escalones de la escalera de la mas alta casa de vivienda de un famoso ingenio, que por las varas del mas insignificante bohío de vara en tierra; y tened entendido, como regla general, que pobres y ricos, campesinos simples, ó ciudadanos encopetados, si no andais derechos conmigo sereis tratados por mí...... como ratones. Si creiais que os habiais escapado, aquí teneis la prueba de lo contrario: Lectores del *Mizifuf* escuchad!

Los amores del guagiro, generalmente hablando, nacen ó en sus bailes de *zapateo*, ó con el resultado de reuniones en la casa de un vecino, donde han conocido á su *Filis* con motivo de haber ido allí para el trato de un caballo, para *topar* un gallo ó para otra cosa por el estilo.

La niña de la casa que sabe *desde atrás* la reunion que ha de haber en su casa, (suponiendo

lo del gallo) se prepara á recibir á los asaltantes *aficionados* con sus mejores galas, esto es, con un túnico de muselina ó percal del corte de la penúltima ó ante-penúltima moda, un cinturon de seis pulgadas de ancho cuando se usen angostos con una hebilla monstruosa; una *camisita* de punto al cuello, cerrada con un alfiler del oro mas bajo que pudo hallar el baratillero que se lo vendió al precio mas alto que tiene el de buena ley, y adornado con piedras blancas suficientes para componer un *mal-paso* en el camino real; un pañuelo de seda sobre la *camisita*, colocado á modo de casulla, y sobre este una manta bordada ó estampada con los colores predilectos: amarillo de cromo sobre fondo verde. Esto es por lo tocante á la parte alta del cuerpo: por lo que respecta á la baja, su vestido á modo de tonelete deja ver sus tobillos adornados con medias de un color tan especial que cualquier inteligente las equivocaria con la piel humana y creeria que la guagirita habia prescindido de ellas por no proporcionar á las pulgas un abrigado asilo; y sus piés, calzados con zapatos del color de la manta ú otro parecido, dejan descubiertos los juanetes, ó por lo menos muy pronunciados, debajo del raso que los cubre, en virtud del desarrollo que han esperimentado por el ejercicio en *chancletas* por sobre los terrones de tierra arada.

Por lo que respecta á su cabeza......... ¡Oh! aquí es donde despliega toda la habilidad de que se puede disponer en los campos de Cuba; su pe-

lo perfectamente planchado y saturado con pomada de canela ó de esencia falsificada de rosas, forma todos los caprichos que pueden inventarse en el ramo de trenzas, y en el medio de la frente, al principio de la *raya* una especie de sortija ó rabo de alacran, formado por un mechoncito de cabellos, regularmente amasado con el cosmético natural que estrae de su boca, produce un singular contraste, con las adelfas, rosas, embelesos y yerbas aromáticas que puede conseguir para hermosear su tocado entre las bellezas de todos colores que ostenta la Flora Cubana.

El mozo que la adora comprende, sin que ella se lo diga, que es *comprendido*, no porque ella lo mira, sino porque evita mirarlo, clavando su barba en su hombro derecho si su admirador está por el lado izquierdo de ella contemplándola desde una distancia respetable; y *si por casualidad* se cruzan sus miradas, ambos se ruborizan y ella sonriéndose escurre el bulto como puede, y emprende la carrera hácia el gallinero de donde para sacarla se necesitaria arrojarle un lazo y tirar de ella por medio de una yunta de bueyes nuevos. Nada se conseguiria con las súplicas: cuando mucho, que contestará anegada en lágrimas—¡ No salgo, así me parta un rayo!

Tanto *El* como *Ella* saben de memoria multitud de décimas, clasificadas para aplicarlas á las variadas circunstancias de su *sociedad.* Saben décimas que espresan ódio, amistad, desprecio,

amor, celos &c. y llegado el caso las emplean, y cantándolas se comprenden maravillosamente.—Cuando antes de cantar décimas de amor, que es su declaracion, el *guagiro* pretende insinuarse, procura delante de la *niña* promover juegos de manos con algun amigo, al cual aplica por via de *introduccion* á otras suertes mejores, un enorme puñetazo en la espalda que le suena como una caja de guerra, le separa violentamente la silla en que iba á sentarse, colocando en su lugar una gruesa piedra ó le apunta con su índice, que ostenta una concha de galápago por uña, hácia un ojo, al descuido, llamándole pronto la atencion al lado que señala...... y luego...... y luego se arroja boca-arriba comprimiéndose los hijares con ambas manos para no reventar de la risa, que dá á conocer con enormes carcajadas.

Despues de estas *recomendaciones*, el amante se retira, y por la noche procura *que se le haga camino* para pasar por el lindero del sitio ó estancia en que vive la *incógnita*, cantándole *décimas de enamorar* que aquella sabe letra por letra, y soltándole en los intermedios enormes maldiciones á su montura ó un prolongado ¡ay! capaz de conmover, no á la guagira que ya lo está bastante con las demostraciones anteriores de su amante, sino hasta á las palmas reales del camino con todos sus racimos de palmiche que llevan en el pezcuezo, si es que las palmas reales lo tienen. Poco despues, suponiendo que se le perdió algo por la

mañana, dirige la bestia á la casa de su amada, y sin apearse de ella, grita con voz trémula, desde la puerta:

—¡Buenas noches por acá!

—Buenas noches le contesta el padre de la jóven. ¿Qué viento......?

—Ninguno, D. Antonio, (suponiendo que se llame así) ninguno...... Una puerca que se me *ha dío*...... y venia á ver... porque *resulta de que*... he *venío* á ver si ha *venío* por acá.

—Yo no la he visto, le contesta el viejo asiéndose con ambas manos de los dos lados de la puerta: no la he visto, repite sacando la cabeza y mirando á todos lados.—Desmóntese.

—No *pueo*, D. Antonio, voy de *priesa* ¿Y la gente *menúa*? añade, por no preguntar por *ella*.

—*Ahoritica* se acaban de acostar. Agustinita está mala......

—¿Qué tiene? le responde el mozo asustado.

—Fluxion. Estaba pilando arroz en la cocina y luego salió al aire sin fumar tabaco......

—Eso, dice el galan, aunque la comparacion es mala, es lo *mesmito* que el *muermo*: de eso se me enfermó esta bestia el año pasado y yo la curé *enredándole* en el pescuezo un *bejuco* de *ubí* y pegándole un *jumaso*. ¡Remedio Santo! Hágaselo á Agustinita, D. Antonio......

No puede el galan acabar el consejo: Agustinita le oyó pronuciar su nombre, y se afecta tanto, que no puede contenerse y desde el cuarto

en que está recogida entona á media voz *décimas de corresponder* que llegan al corazon de aquel, causando el efecto de una chispa eléctrica. La alegria *le revienta por las cinchas de la yegua.* De repente se despide, como puede, del viejo, y tirando de las bridas y descuartizando los hijares á la bestia con sus espuelas, consigue que esta se encabrite.

—¡Asujétese! ¡Cuidao! grita el viejo.

La gente menúa sale de sus agujeros al oir la esclamacion del viejo, y el galan alcanza á ver á la dama. ¡Pobre yegua!

El ginete comprende que es necesario hacer alarde de su habilidad en la equitacion, y clava *ad libitum* sus espuelas por donde quieren caer sus talones y tira de las riendas y llueven sobre el pobre animal mas *mochazos* con el mango de la cuarta que pelos tiene en su cuerpo. ¡Oh! estoy seguro de que si la yegua supiera cantar *décimas de odiar*, jamás se le hubiera presentado una ocasion mas favorable de entonarlas en loor de estos amantes!

Despues de esta, siguen otras visitas de idéntica naturaleza y con iguales pretestos, hasta que ambos amantes van *soltando el miedo* y se van aproximando. Pero si ellos *sueltan el miedo*, el viejo *lo coje* y pone á los amantes una cara mas séria que el palo que le marca los linderos; y lo mas particular es que ellos entónces le temen mas que al demonio, y van á celebrar sus sesiones, no por

las pintadas rejas de la casa de la dama, sino por las cercas del chiquero, que es un apéndice de aquella, ó en el platanal, ó en la portada ó *tranquera* y ¡pobre guajira si la sorprende el autor de sus dias en sus amorosos entretenimientos! ¡Pobre guajira, si remangándose la saya, no interpone por una carrera furibunda una furibunda distancia entre la vara de *yaya* que vibra *su Taitica* y sus *blanquísimas* espaldas!

Y luego vienen los raptos y sus consecuencias y mis murmuraciones y mis mordidas y mis araños, aunque en parte los pobres guajiros no tengan la culpa; sí, *no tengan la culpa*, porque la mayor parte de los casos apuntados y otros que iré apuntando, cuando pueda escaparme otra ocasion á visitar sus *maniguas*, son mas bien efecto del descuido de aquellos que pueden poner algo de su parte para que tales cosas no sucedan, que de la falta de disposicion en ellos para conducirse en todo y por todo como las personas mas civilizadas de nuestra culta sociedad. Algo pudiera decir sobre las escuelas de niños y de niñas en los campos de la Isla, pero estas son empresas superiores á la fuerza de los gatos y cedo muy á gusto la materia á otros individuos que tengan para el asunto *mas despierta que yo la fantasia.*

IMPRESIONES DE UN VIAGE.

(Publicado en el "Rigoletto.")

Perdóname si te *tuteo* lector ó lectora, al dirigirme á tí en el RIGOLETTO: yo no sé el tratamiento que tienes ni aun siquiera tu nombre. Permíteme que te aplique el que doy á las personas que mas quiero, en cuyo número te coloco desde hoy, puesto que tu paciencia, ó por mejor dicho tu..... ociosidad, hace que leas lo que voy á escribir, lo cual *te recomienda* á primera vista para conmigo y *habla en tu favor.*

Quizás (y sin quizás) ántes de concluir de leer este preámbulo te asalte el sueño y te quedes completamente dormido ó dormida. Si tal te sucediere, en lugar de entristecerte, alégrate, pues adquirirás la esperiencia necesaria para no leer otros artículos sin ver antes la firma y siendo la mia, precisamente te ha de faltar el *valor* para leer escritos de *Valor* que no tienen otro *valor* que el *valor* que les da la semejanza que tienen con el ópio ó el cloroformo.

Pero si tu naturaleza puede vencer á las propiedades narcóticas de estas líneas, y te encuen-

tras con el suficiente ánimo para continuar leyendo apesar de mi anterior advertencia, te aconsejo que tomes una posicion cómoda, (por lo que pueda suceder y...... adelante!)

«Una mañana del templado Mayo» caminaba yo á la ventura y así como hubiera de pensar en otra cosa iba diciendo en mi interior: "Volney percibió una corta herencia y tuvo el gusto de gastarla en su viaje por Egipto y Siria: Chateaubriand se desprendió de algunos centenares de francos por contemplar de cerca las cataratas del Niágara y ver á un compatriota suyo dando lecciones de baile á los salvajes del Norte de América; de modo que no siendo necesario ser francés ni llamarse Volney ó Chateaubriand para viajar, sino tener ganas de hacerlo y dinero, bien puedo yo que tengo ambas cosas recibir como ellos impresiones de viajes.

Y como que lo que ha de suceder sucede á pesar de los obstáculos que puedan presentarse, hé aquí que sin inconvenientes de ninguna clase, al acabar mi monólogo *in petto* se me ofreció de improviso la ocasion de realizar mi propósito.—¡A viajar! repetí mentalmente, nada de pasaporte, nada de equipage, ni despedidas, ni lágrimas; lo que mucho se piensa tarde se hace.»—Este razonamiento lo hacia en el mismo lugar en que podia *embarcarme.* A una señal hecha con mi pañuelo, paró un coche y me coloqué en un asiento interior. ¡Adios Habana! adios patria mia!

¡adios...... hasta mi vuelta! Parto con la esperanza de volver á tu seno dentro de pocas horas. Ya estoy de viage. Voy á Jesus del Monte, desde la puerta de Tierra!!!

Al alejarse el coche iban desapareciendo de mi vista las negras y agonizantes murallas de la Habana, condenadas á una muerte lenta pero segura; pasaban por delante de mis ojos las negras y embotadas lanzas del antiguo Campo de Marte que forman el cuadro donde algunas veces hemos visto pastando las mulas y los bueyes, y á su frente el antiguo café de Marte y Belona, testigo mudo de un homicidio escandaloso:—Aquí, pensé parodiando á Volney, aquí fué donde ecsistió mucho tiempo un *frecuentado* billar, este era el punto de reunion de muchos *inocentes*, sí, estos lugares tan diferentes hoy, un tiempo vivificaba una *laboriosa* muchedumbre!!

Pasamos esta célebre esquina de la calle de la Amistad sin detenernos mas que el tiempo necesario para recoger algun pasajero; y muchas veces no habia necesidad de hacerlo, pues segun el capricho del cochero tenian algunos que tomar el estribo del coche á la carrera y otros apearse del mismo modo á riesgo de romperse la crisma en el endurecido pavimento. Sin embargo, á poco rato se detuvo el carruaje y algunos pasageros preguntaron el motivo.

—Nada, Señores, contestó el cochero, estoy comprando tabacos.

Algunos de mis compañeros se molestaron ¡qué injusticia! ¡cómo si no fuera puesto en razon que el jefe de nuestra espedicion se proveyera de los provisiones que necesitaba *para tan largo viaje!*

En escojer el cochero la clase de tabacos mas de su gusto y en proporcionar el cambio de la moneda que dió por ellos, se pasaron algunos minutos (quince cuando mas) al cabo de los cuales recibió sus monedas, las guardó despues de contadas con toda su calma y haciendo estallar el látigo hizo que el coche rodara nuevamente por la comercial calzada...... digo, por la calle del Príncipe.

Pocos momentos despues la pesada máquina pasaba por sobre uno de los puentes del Sena dejando atrás á la Torre de Nesle...... pero, ¿qué estoy diciendo?—No es el Sena, lectores, no es la Torre de Nesle.—Son las aguas mansas, aunque ensangrentadas, del tranquilo riachuelo del Puente de Chavez; es el famoso Hotel y restaurant que lleva el mismo nombre. ¡Estaba soñando! ¿Porqué me he acordado ahora de Margarita de Borgoña y de Alejandro Dumas, de Gualterio y Felipe d' Aulnay...... y hasta del osado capitan Buridan? ¡Oh vértigo de los viajes! En mi ilusion me habia trasladado á Francia y creia contemplar en los tranquilos muros del acreditado establecimiento, el teatro de las abominables orgías de aquella reina y por la superficie de las sanguinolentas aguas que bañan sus cimientos, me parecia ver flotar el cadáver del hermoso y desgraciado Felipe d'Aulnay.

Como que al llegar á este punto son pocos (ó ninguno) los pasajeros que solicitan este coche, el director de los caballos les dejaba tomar su marcha acostumbrada: pero se vió obligado nuevamente á detenerlo. Los empleados del matadero para gozar de una de sus diversiones favoritas, habian soltado un novillo que ahora, atado con varias cuerdas conducian al lugar de donde lo sacaron.

Era un espectáculo curioso!—Las carcajadas de muchos espectadores se confundian con los gritos é imprecaciones de los héroes de aquella jornada y los bramidos de dolor que exhalaba la víctima, arrojando sangre por sus dilatadas narices y apoyándose en las piedras del pavimento con los huesos y tendones de sus partidas rodillas!!

Era un hermoso cuadro! Los actores de escena tan civilizadora, casi desnudos, con los rostros demudados por la emocion del momento y el cansancio, rodeada su cintura con la ensangrentada pretina de un pequeño fragmento de pantalon, que sujeta agudos cuchillos de todas dimensiones...... parecian bucaneros, parecian discípulos del maestro de baile que vió Chateaubriand en América! Y luego al fondo, casi en la poblacion misma, el lugar donde se repiten diariamente estas escenas *por mayor*, con sus pintorescos corrales formados de numerosos horcones coronados cada uno con su correspondiente *aura tiñosa*: con sus

hijiénicos miasmas, con sus lecciones de moral para los niños de aquel vecindario...... ¡Barrio del Horcon, yo te saludo!

Con mucho esfuerzo pudimos penetrar al través del gentío y doblar la esquina de Tejas. Aquí se detuvo nuevamente el coche y subió una señora que se sentó en un asiento que estaba á mi frente, y colocó sobre sus piernas y las mias un enorme bulto de ropa que llevaba, robándome por este motivo las *impresiones* que pudieran proporcionarme los objetos esteriores al carruaje; pues la enorme montaña apenas me dejaba lugar suficiente para leer el anuncio de la mueblería de Bedoya colocado en un cuadro casi en el techo del ómnibus.—V. dispense, caballero, me dijo *la señora*, pero nosotras *las mujeres* tenemos *privilejio* para todo.......

Pasamos el puente de Agua Dulce y el que le sigue, (no sé si se llama *Maboa ó Amaboa*,) y por lo tanto pasamos la frontera: héme ya en Jesus del Monte. Sin embargo del bulto que hacia en mí el efecto que los hombres, sobre el mundo que vió Sancho Panza en su viaje sobre Clavileño, pude ver en no sé que punto de este pueblo una muertería; en la *puerta de la casa contigua* ví el rótulo de un médico, poco mas arriba, la botica. Todo esto hizo en mí una impresion muy triste. ¡El arsenal de la muerte! ¡Y en qué momentos! cuando estaba yo sufriendo los tormentos de una próxima asfixia!

—¿Va V. muy lejos, señora?—pregunté á mi vecina con toda la amabilidad que pude.

—No señor, me contestó,—luego dirijiéndose al cochero le gritó:—Guaguero! ¿V. llega al paradero?

—Sí, señor.

—Pues cuando llegue allí, pare, que ahí me apeo yo.

No sé á la hora que llegué; pasé todo aquel dia en el pintoresco pueblo y á las diez de la noche ó poco menos, volvi á mi patria en el mismo carruaje, que á esa hora toma el nombre de *coche de los enamorados.* No recibí impresiones porque me quedé dormido con la suave armonía de las doscientas campanillas con que va anunciando su tránsito.

PROGRESO.

A. J. J. Govantes.

¡Y dirán que no progresamos!—Progresamos, sí, progresamos, *y quien dijere lo contrario, miente.* Por todas partes, á donde quiera que dirijamos la vista vemos las huellas luminosas del progreso: en las fábricas de fósforos, en las lámparas de gas, en las fornallas de las máquinas de vapor y, en fin, en todo lo que quema y en mucho de lo que no se quema. ¡Progresamos! ¿Quién lo duda? ¿Qué son los *proyectos* de columnas mingitorias? Señales de progreso. ¿Qué son los coches de alquiler inclusos los peseteros diurnos y nocturnos?—Próximos sustitutos de las volantas de alquiler.—Y que son estos sustitutos?—Señales de progreso. Antes no se gritaba en las altas localidades del teatro como se grita en la valla de gallos, como se grita en la plaza de toros y hoy se grita antes de principiar la funcion y en los entreactos, y se silba, no solo á los actores sino á cualquier cosa, á un sombrero de copa al-

ta ó de alas estendidas; á una chaqueta á una levita corta ó larga, á cualquier cosa: antes estábamos á oscuras, ahora progresamos.

Negar que vamos, viento en popa, siguiendo la estrella rutilante de la civilizacion es negar que el círculo es redondo, es querer probar que no es la línea recta el camino mas corto, y que no es lo mas pequeño que existe y que puede crear nuestra imaginacion, el punto matemático.

No hace mucho tiempo que no podiamos volver nuestra cara á ningun lado porque estorbaban esta operacion los cuellos de la camisa que suspendidos hasta nuestras orejas y almidonados hasta el estremo de tener la consistencia de una lámina de acero, nos obligaba á mantenerla de frente: nuestro cuello estaba agarrotado con un corbatin de raso con armadores de cerda para que no pudieran perder su cualidad de tales; si queríamos volver la cabeza era necesario doblar los cuellos de la camisa, arrugarlos: el verdadero elegante no lo hacia: preferia volver todo el cuerpo, aunque se dijera que estaba *perlático* ó que tenia *paperas*. Hoy por el contrario, la gracia está en llevar el pescuezo enteramente descubierto, una lijera cinta, un lijero tejido de mallas suple el corbatin. Esto significa algo y este *algo* significa —progreso.

En la época del atraso, (habrá dos décadas poco mas ó menos) nos presentábamos, créyendonos en el último grado de la elegancia, lucien-

do el talle de nuestras casacas casi en la nuca, con enormes botones dorados tan unidos como vemos en el firmamento los *ojos de Santa Lucía* rellenos los faldones de aquella, de algodones para aumentar el bulto de nuestras caderas y las lucíamos contoneándonos como lo hacen hoy las damas para lucir sus malakoff: hoy por el contrario la gracia está en la lijereza de la levita: nada de algodones: el talle lo mas bajo posible, los botones tan separados como los polos del mundo. Estas diferencias las introduce la moda, y debemos observarla en todas sus faces aunque nos dé la apariencia de monos ó por lo menos la de una percha cargada de ropa: debemos observarla porque esta observancia dice algo á favor de nuestra civilizacion, y como la observamos estrictamente no podemos negar que seguimos la estrella del progreso.

¡Qué cosas se ven en el dia! dicen muchos, azorados porque se presentan á su vista ó llegan á sus oidos cosas que nunca vieron ó sonidos que jamas percibieron y que atribuyen á causas sobrenaturales. ¡Mentecatos! Eso que os admira no es otra cosa que los efectos de la época, del siglo XIX, del siglo del progreso, en el cual los hombres no somos los pigmeos del siglo pasado, y todos esos fenómenos no son mas que productos de la ilustracion, del abandono de las prácticas rutinarias que nos hubieran mantenido en el mas degradante oscurantismo.

¿Quereis mas pruebas de progreso? Recorred las calles de nuestra culta ciudad de la Habana y por donde quiera, en todas sus esquinas vereis pegados inmensos carteles con anuncios impresos con enormes letras que os pondrán de manifiesto los grandes adelantos á que hemos llegado, y las esperanzas de ver realizadas otras cosas que tal vez no pueda comprender nuestra inteligencia apesar de su grande desarrollo.— *Zozodonte fragante de Van-bus-kirk!* —¡¡*Kennedy, el mayor descubrimiento del mundo!!*—Un águila quemándose, ó mejor dicho, saliendo de una hoguera para no quemarse, símbolo, á lo que parece, de las virtudes de la Zarzaparrilla de Bristol. —*Estraccion de muelas sin dolor por un método especial.*—¡Oh! verdaderamente el siglo del progreso es el siglo diez y nueve, sí, el siglo diez y nueve, porque en el siglo diez y ocho no se conocia el Zozodonte, no se conocia el gran purificador de la sangre con que quiere purificarla Bristol y en cuanto á sacar muelas sin dolor...... no sé lo que dicen las crónicas, pero creo que estariamos muy atrasados en aquel tiempo con respecto á *muelas.*

¿Mas aun?—Leed los periódicos:—sus secciones de anuncios están plagadas de pruebas progresistas.—Las píldoras de Holloway para espeler los humores malignos del estómago.—Tinte inimitable de José Cristadoro.—Malacoff duplex elíptico de J. W. Bradley para 1865.—Macferla-

nes, Lees, Grants, Earlis y Lincolns, Cavours y Garibaldis como prendas de vestido.—¿Quién carece de lo que necesita? ¿Quién carece de algo cuando hasta la tea se vende? Sí, la tea de la Isla que se está anunciando por carteles y por los periódicos. Lo aviso á los arrancados *que estén en la tea* para que sepan que si este artículo no está en demanda, es por lo menos cosa de que pueden desprenderse por venta ó por empeño. Ea! á empeñar *la tea* los que no tengan otra cosa.

Pero donde mas sensible es el progreso, donde mas se nota es en el baile, en la danza cubana. ¡Qué diferencia entre el baile de hoy y los bailes de antaño! Qué risa! El minuet! ¡Con una música que parecia un responso! Una señora (porque hasta las viejas lo bailaban) con el talle del vestido en el nacimiento de los brazos; en lugar de malacoff una funda de escopeta y el estrecho vestido llegando solo hasta media pierna, y el caballero ¡oh! el caballero llevaba una corbata de olan de una cuarta de alto con su lazo calado, su casaca con el talle guardando analogia con el de la dama, con sus correspondientes *ojos de Santa Lucía* y sus faldones de tres varas y *de punta de foete*, con sus medias de seda y sus zapaticos de corte bajo con sus correspondientes hebillas al lado. ¡Qué elegancia en sus modales, en sus pasos, en sus cortesías! ¡Con qué decencia se aproximaba á la señora y le tomaba, no la mano, sino las estremidades de sus dedos! Cualquier movimien-

to por lijero que fuese, que no estuviera en armonia con la etiqueta del baile, era tachado por la rigorosa censura de las personas decentes. En la danza que se llamaba *el tasajito* en la cual habia mas llaneza, mas libertad, apenas se tocaba con las puntas de los dedos de la mano derecha el talle delicado de la dama compañera...... ¡ Oh ignorancia! ¡Oh atraso! ¡Oh falta de cultura! Afortunadamente ya hoy es otra cosa: en esto como en todo lo demas, la civilizacion ha impreso su sello y el progreso ha prohibido el minuet y ha proscrito *el paseo, cadena y la media cadena* y todas las formas de etiqueta: la danza cubana es otra cosa, que no es cubana ni es nada, pero es una danza progresista. Antes se necesitaba para bailarla con la gracia que le era peculiar, haber nacido en Cuba: hoy el progreso la ha generalizado á todo el mundo; lo mismo la baila el Europeo que el criollo, que el americano del Norte, que el Canario: porque ya no se baila como la bailaban los inocentes de antaño, porque ya se han inventado por los innovadores ilustrados del siglo otras cosas mejores. ¡ Gracias, progreso, gracias!

¿ Queréis otra prueba ?—Buscadla en la esperiencia; id á un baile público, á un baile de máscaras sin máscara y vereis y gozaréis de todos los encantos de la nueva danza cubana...... id á...... pero no, no vayais que os costará un escudo, mejor será...... mejor será que gasteis el escudo y entréis en el baile: así podréis enteraros, ins-

truiros de todo los adelantos que tenemos en ese ramo, vereis como se baila la *Columna*, *El ladrillito ; Chiquito abajo ó Tumba millo*. *El cangregito*, *La oblea* &c. Oiréis el lenguaje *culto* que hoy se emplea para *sacar* á bailar á una dama y su modo de contestar á la invitacion. Id al baile y veréis. Allí admiraréis una variada coleccion de hermosuras de distintos paises: las graves hijas del Támesis, las complacientes ribereñas del Mississipí, las que han visto de cerca los fuegos volcánicos del pico de Teide y otras que enteramente ocultas por la careta y forrados enteramente sus bustos y brazos por el negro tafetan hacen imposible el conocimiento de sus clases, colores y naciones. Oid como se esplican.

—En cuantito que te vide te estaba esperando: *endenantes* bailaba con cualquiera; ahora no bailo con *naiden* sino contigo, aunque la otra vez me *escachaste* una pata.—Esto lo dice una dama al ver llegará su compañero Perfecto bailador de *Cangregito*.

Otro, bailador de *Chiquito abajo* toma del brazo á una rubia, casi por fuerza, y la coloca en el puesto.

—Vamos á bailar *Chiquito abajo*, le dice:

—*I dont know how to dance that.*

—Habla español...... yo no entiendo...... .

—Mi no baila chiquilla, mi baila... mira......

—Y dá unas cuantas vueltas sin moverse de su sitio.

—Ah! *La oblea!* Busca otro.—Y se marcha el galan y la deja en el puesto.—En el camino lo detiene otra.

—Baila cún migu.

—¡No quiero! Tú no sabes.

—Cá nu sé! mira! Estu es *El cangreju.* Y baila el cangregito.—estu es chiquitu.—Y baila *Chiquito abajo.*—Mira mantecatu,—*La oblea.*—Y baila la oblea.—Ahora soy yo ca nu quieru bailar contigu.—Y se marcha sin decir mas palabra.

Estos son los preliminares de la danza: las invitaciones en el momento de arreglarse las parejas en ciertos bailes públicos: en cuanto á lo que es *La oblea* y *el Ladrillito* y *La columna* y *Chiquito abajo* y *El cangregito* y su *modus operandi......* No puedo esplicarlo; mejor será que vayais al circo de Albizu. El baile del *Amarillo ó la Caringa* bailado *á duo* por Tito el Matancero es la síntesis de las bellezas de la danza cubana progresista.

En los tiempos de las tinieblas, una señorita en el estrado de un baile, solo tenia que preguntar para no figurar en una sala de baile con un compañero inconveniente, por la clase y la conducta de este, porque entonces la danza se bailaba de una misma manera por todos los individuos bailadores: poco despues fué apareciendo *la luz* y se bailó la *Sopimpa* y la *Ley Brava*, y las señoritas decentes tenian que averiguar, antes de entregar su blanca mano al postulante de una danza, no

solo su clase y conducta sino tambien su aficion por aquellas modernas innovaciones. Hoy que la luz se derrama *á torrentes* en virtud de los grandes torrentes de civilizacion que tambien derraman las múltiples faces de la danza criolla el pobre pretendiente tiene que entablar el siguiente diálogo.

—Señorita: ¿Tendré el honor de que V. baile conmigo la próxima danza?

—Dispense V. caballero: pero no tengo el gusto de conocerlo.

—¿Ese es el único inconveniente? Yo soy muy amigo de su hermano y el sabe quien soy yo.

—Si es V. amigo de mi hermano......

—Si, señorita, tengo ese honor.—Y le ofrece el brazo.

—Espere V. caballero......¿Cómo baila usted?

—Señorita......Yo bailo......como baila todo el mundo.

—No me basta eso. Baile V. un poco delante de mí; porque á mi no me gusta mas que la seriedad en el baile.

—No me reiré, señorita.

—Es que desconfio ya: V. dice que baila como todo el mundo y yo no quiero bailar sino como baila la gente decente y si V. no me dá una muestra de su modo de bailar, siento decirle que no bailaré con V...... Aunque sea V. mas amigo de mi hermano que lo que lo soy yo misma.

Si todas estas apuntaciones no bastan á convenceros, lectores mios, de que estamos en el siglo del progreso, no haré para conseguirlo mayores esfuerzos: yo estoy convencido de que lo que he dicho al principiar este artículo es una verdad mas grande que mis necesidades y no me cansaré de repetirlo: Progresamos! *Progresamos, y quien dijere lo contrario, miente!!!*

MURMURACION.

A Agustin Valerio.

Era una tarde de las trescientas y pico que han transcurrido unidas á los dias del año de gracia de mil ochocientos sesenta y cuatro. Tenia dentro de mi cabeza tantas cosas, que me parecia imposible que pudiera contenerlas la caja que encierra mi cerebro y deseaba aire; aire, sí, aire, como si este, entrando por los conductos de la respiracion, pudiera penetrar en aquella cavidad y limpiarla de las ideas molestas que allí bullian en tropel semejándose á multitud de sanguijuelas nadando encerradas en un frasco, moviéndose en todas direcciones y causando en todo mi sistema nervioso una dolorosa presion. Tomé mi sombrero, me salí á la calle (debe suponerse que no estaba en ella y caminando á la ventura, sin direccion fija, antojóseme doblar por una de las de esta capital, de la cual puedo asegurar con respecto á su nombre y en honor de mi buena memoria que de

él no me acuerdo y que hago muy pocos esfuerzos por conseguirlo. Tal es la poca importancia que tiene para mí la omision de este punto de mi narracion.

Casi, casi iban muriéndose las sanguijuelas......digo, iba tranquilizándose mi mente, cuando al pronunciar mi nombre por una voz desconocida: volví la cara á uno y otro lado y no ví persona alguna que me diera á entender ser ella la que se habia tomado aquel trabajo: miré para las puertas y ventanas de las casas cercanas y hasta para sus balcones: el mismo resultado. Volví á emprender mi camino, y á los primeros pasos, mi nombre y apellido volvió á resonar en mis oidos pronunciados por los mismos labios y con mas fuerza.—No me queda duda,—dije para mí,—esto es conmigo.—Torné á mirar á todos lados y esta vez fuí mas dichoso: por entre las hojas de una ventana cerrada, salia un robusto brazo de mujer, y de mujer vieja, con un rosario colgado en la muñeca que hacia señas en mi direccion indicándome que me acercara. Así lo hice; intentando saludar *in albis* á mi oculta interlocutora que me interrumpió diciéndome:

—Entra pícaro. ¿ Asi pasas por delante de mi casa sin saludarme siquiera? ¿Te figurabas por qué fingias no conocerme que no te habia yo de conocer? ¡ Narciso ! ¡ Qué *tangaruto* te has puesto? ¡ Me parace mentira que seas tu al que estoy mirando! ¡Con esos bigotes! ¡Con esa cara! Es

verdad que te dejé de ver cuando estabas mamando y no te habia vuelto á ver hasta ahora. ¡ Qué diferencia!

—Es verdad, señora, ya hace algun tiempo que no mamo.

—¡ Ya lo creo ! Entra, entra, bribon, que lo que es esta vez no te me escapas. Quita la tranca, niña,—añadió dirigiéndose seguramente á otra persona que estaba con ella.—

Entré en la casa y la puerta se cerró tras de mí: no me equivocaba cuando aseguré que otra persona estaba con *mi amiga*: allí estaba otra mujer de mas de cuarenta años.

—Ven acá cimarron, siéntate ahí, en frente de mí, que no me canso de mirarte: me parece que fué ayer cuando te estaba mirando, *chiquitico* de pecho....... ¡ Tan bonito como estabas ! ¡ Bendito sea Dios ! ¡ Cómo has cambiado ! ¡ Qué diferente estás hoy !

—¡ Cómo ha de ser ! le contesté, evidentemente contrariado mi amor propio con esta última observacion; ¡ cómo ha de ser ! Esa no es culpa mia...... Pero, señora añadí, permítame V. que le suplique me saque de una duda. ¿ Cómo me ha conocido V. despues de tanto tiempo ? Y se me hace esto mas difícil, cuanto que acaba V. de decirme que he cambiado tanto......

—Las cosas de las muchachas, hijo, las muchachas que son el mismo diablo, esta niña que es mi hija......

Busqué á *la niña* con la vista y solo ví á la *señora* que abrió la puerta.

—¡ Jesus, mamá......! dijo esta, tapándose la cara con un pañuelo.

Entonces comprendí cual era la niña.

—¿ Y eso que tiene de particular ? Sí, Narciso, esta niña es mi hija, te ha oido nombrar y como á las muchachas les gusta averiguarlo todo, parece que entre sus conocidas hubo alguna que te conocia y......

—Mamá, por Dios, dijo *la niña* ¿ que dirá de mí este caballero?

—¿ Qué va á decir ?...... Pues sí: me dijo un dia que tu pasabas muy disimulado. ¡Ese es, mamá! Ese es!

Cuando salí á verte, ya ibas lejos, pero *te cojí* bien la figura y ofrecí que no te me escaparias otra vez. Ya ves que sé cumplir mi promesa. ¿ Y tu familia ?

—Mi familia...... mi familia...... ¡ ha muerto ! Estoy solo en el mundo......

—¿ Y qué ha sido de tu vida?

—Mi pasado ha sido un enigma.

—¿ Y qué haces ahora?

—Castillos en el aire.

—¿ Y que piensas hacer?

—Señora, por lo pronto creo que mi porvenir está encerrado en el cañon de una pistola.

—¡ Jesus, Narciso ! ¡ No juegues con esas cosas ! El diablo las carga ! ¡ Ave Maria purísima! —Y se santiguó asustada.

—Tambien las descarga, señora, le contesté, pero...... no hablemos mas de eso. Ahora creo que llegó mi turno, y V. me dispensará que le pregunte, ya que tan afectuosa se muestra :—¿ A quien tengo el honor de hablar? Quisiera que me dijera V. su nombre......

—Miren con lo que se apea ahora!

—Lo he olvidado, señora; como hay tanto tiempo que no la veo...... sucede que...... ayude V. mi memoria.

—Yo soy Martina; hijo, que conocí mucho á tu familia......hasta á tu abuelito, aquel buen hombre tan honrado, tan buen padre de familia que debe Dios tener colocado hoy entre los escojidos de sus escojidos, que vive hoy y vivirá siempre en la memoria de los que lo conocieron, porque la fama de los buenos nunca muere...... Yo soy Martina y esta niña es mi hija Inocencia.

—Dios se la conserve á V. con toda la pureza de su nombre.......

—Bien lo merece, hijo, porque es una palomita sin hiel: ven acá Inocencia, ven acá tonta—añadió Martina al ver la repugnancia de la *niña*—no tengas vergüenza: Narciso es de confianza; ven para que te conozca.—Ay!—esclamó dirigiéndose á mí,—no puede con su carácter: ¡Es tan tímida!

—¡Oh! ese es un mérito mas...... pero...... no la violente V...... otro dia...... —Y eché una mirada á mi sombrero.

—¡No! ¡Eso no! ¿Cómo voy á consentir que se acostumbre á esas manías? Bueno es lo bueno pero no lo demasiado. ¡Ven aquí Inocencia!—esclamó con toda su autoridad de madre.—

La *jóven* de los *cuarenta y pico* se levantó y vino á colocarse delante de su madre con la cabeza baja y haciéndole nudos á su pañuelo.

—¡Alza la cabeza! Mira que dirá la gente que eres boba...... ¿Qué te parece Narciso?

—Me parece, dije volviendo á mirar mi sombrero,—me parece que esta señora......

—Mira que es soltera y......

—Digo...... que esta *señorita* me parece muy bella...... y muy......graciosa...... y que debe bailar muy bien.—Y me quedé admirado de mí mismo.—No me creí en aquellos momentos capaz de tanta galanteria.

—¿Ya lo ves mamá? Ya viene con *relambimientos*. Eso lo sabia yo y por eso me resistia...Mire V. que se equivoca! esclamó dirijiéndose á mi.

—De ninguna manera señorita, yo no he tratado de ofenderla y sentiría......

—Discúlpala Narciso; me dijo la madre, eso nace de que yo la he criado con un horror decidido al baile, y el que le habla de esas cosas es su peor enemigo...... ¿Y que dices de su cuerpo? No me está bien á mí que soy su madre celebrarla, pero tú que eres de confianza, me perdonarás mi flaqueza. Camina un poco para allá Inocencia!

—¡Mamá no puedo!

¡Camina! ¡Camina! que te lo mando yo!

—Mire V. que no tengo puesto el Malakoff·

—No le hace; tu cuerpo es lo que se quiere ver y no la maldita jaula de *jierro*. ¡Camina!

—Espérese un poquito que voy á apretarme el túnico.

—¡Ahora verás, Narciso! De eso no se vé todos los días. Vamos, niña, ya está! esclamó dirigiéndose asustada á la hija. ¡Qué te revientas!

—Voy á calzarme los zapatos, que estaba en *chancletas*.

—Pero señora....—le dije á Martina, temiendo que una risa imprudente me comprometiera para con su amor de madre......—sin que camine comprendo que......

—¡Nada! Quiero que la veas! Camina para el comedor, Inocencia, y vuelve. Ahora veras, Narciso.—Vamos, Inocencia, con garbo! poquito á poco!—

La pobre *niña* emprendió su paseo dándole á su cuerpo todo el aire de una bailadora de minuet y se sentó abochornada.

—¡Qué boba! dijo la madre. Nadie la sacará de ahí, eso nació con ella y......yo me alegro, que al fin no quiero que hablen de ella como lo harán de esas locas de enfrente.

—¿Qué locas?

—Esas que estaban en la ventana cuando tú pasabas, sí, en la ventana del frente. ¡Qué escán-

dalo! Qué jubileo de mocitos desde que oscurece! Como ellas son tres, nunca falta un mono de centinela. Son mi diversion: me siento aquí donde estoy gozando con ellas: por eso pongo así las hojas de la ventana, entrejuntas: yo las veo y ellas no me ven á mí. Ya viene uno poquito á poco y rozándose con la pared hasta que llega á la reja donde está colocado otro del lado contrario: ya emprenden la carrera los dos porque *ellas* les avisan que se aproxima alguno de dentro y...nada. Cuando están á alguna distancia los mocitos, se desternillan de risa por el susto que les han causado. ¡Qué gracia! Luego pasan ellos muy serenos por aquí, pegaditos á mi ventana diciendo: »Yo corrí por no comprometerla á ella, que si nó, me planto en la ventana...... y sabe Dios lo que hubiera sucedido.» Y si ven asomar por la esquina, no al padre de ellas, sino á un hombre cualquiera que se le parezca, vuelven á emprender su carrera que no los cojeria un galgo. Yo no quiero que Inocencia vea estas cosas. ¡Dios la libre! ¡Jesus!

—Bien hecho.

—Y cuándo las sorprende el viejo? Entonces no se rien, porque él no juega: las agarra por el pelo y á bofetadas......

—¡A bofetadas!

—Sí! A bofetadas las hace entrar hasta la cocina.

—Mal hecho, señora, ó al menos, yo lo creo así: comprendo que esas niñas pierden mucho de

su estimacion con esas exhibiciones públicas de relaciones que sostienen tal vez por diversion puramente y sin que su corazon tenga en ellas la mas mínima parte: pero ese no es el modo con que debe conducirse un padre que sorprende á su hija en esas imprudencias: las buenas palabras, las advertencias juiciosas, y sobre todo, los buenos ejemplos deben producir mejores resultados que esos raptos de ira que las predispone como incáutas que son, á otras imprudencias mayores. ¿Y qué me dices de la chiquita?

—¿Qué chiquita?

—¿Pues no te he dicho que son tres? Yo no te he hablado mas que de dos. La chiquita no tiene novio pero tiene pretendiente que la enamora por cartas; una negra de la casa las lleva y luego vuelve y le dice algo al *bobo* y este le dá algo.—¡Ay Inocencia; Dios te libre!

—Ese es otro mal paso, señora Martina—le contesté—hacer tomar parte á los criados en esas cosas: á los criados que por el interés de los regalos que les hacen los amantes callejeros, les dicen á estos cosas que debian ignorar y muchas veces los halagan con promesas y esperanzas que tal vez, estuvieron muy léjos de la imaginacion de sus amas......

—Eso está en la educacion de las niñas, Narciso, por eso yo he criado á mi Inocencia como la ves. Nada de tratos con mocitos, ni visiticas, ni...... nada. Yo puedo tener criados y no los ten-

go por temor á estas cosas. *Todavia* ella es muy niña; y el dia que ame por la primera vez, estoy segura de que lo pondrá en mi conocimiento y entonces veremos.

—Pero segun veo, mi señora, con el retraimiento en que vive Inocencia, sin tratar con nadie que pueda apreciar las buenas cualidades y las buenas virtudes que V. ha sabido inspirarle, dudo que......

—Ah! ¿Crees que se quede para vestir santos? Pues te equivocas: ahora es el tiempo de presentarla, y no podias haber venido á mejor tiempo. Ven con frecuencia, Narcisito, y trae á tus amigos por acá, que queriéndote á tí precisamente hemos de querer á los que tú quieras. Y á propósito, ¿estas desocupado esta noche?

—Probablemente, sí.

—Me alegro. Inocencia, vístete y péinate: ponte bonita que vamos esta noche á la retreta con Narciso.

—¡Mamá!

—Sí, hija, este es para mí lo mismo que si fuera mi hijo, y quiero que sea el primero que te luzca: ¡Brabo, Narciso, Inocencia de un brazo y yo del otro! Bravo! ¡Te la vas á lucir esta noche! ¡Digo, y la luna que debe estar como el sol á medio dia!

Si el entusiasmo repentino de esta señora le hubiera permitido ver mi fisonomía al lanzar contra mi tan furibundo anatema, estoy seguro de

que le hubiera inspirado lástima y de que hubiera creido que estaba yo en la edad en que dejó de verme. Yo creo que estabá haciendo *pucheros*.

—Martina, le dije, usted me dispensará, estoy enfermo, no puedo serenarme; otra noche tendré ese gusto.

—¡No! ¡no! Esta noche ha de ser. ¿Te estás haciendo de rogar? ¡Qué lástima!

—No es eso, sino que estoy afluxionado.

—Eso no le hace, contra siete vicios hay siete virtudes: ahora lo verás.

Y se quitó del cuello un gigante pañuelo de algodon que á semejanza de un gorro colocó en mi cabeza dejando colgadas á mis espaldas sus enormes puntas.

—Ahora tienes cubiertas las orejas, me dijo, ya no hay cuidado al sereno: cuando salgamos te cubres las narices con tu pañuelo y que caiga sereno! Yo voy á vestirme, *que yo tambien soy sabrosa* y quiero lucir mi palmito. Espéranos ahí, que *ahoritica* estamos compuestas. Y se coló en el primer aposento, diciéndome al cerrar su puerta.

—Dispensa que te deje solo y cierre la puerta, hijito; pero tu eres hombre y nosotros somos mujeres. Hasta luego.

—Si, ¡hasta luego!...... ¡Hasta nunca, jamás, bruja de los demonios! ¡Qué te espere un toro de cinco años! Y con toda la violencia que pude arrojé el gorro que me habia puesto la harpia, abrí la puerta sin hacer ruido, y me salí á la ca-

lle, con tanto aturdimiento que arrojé al suelo, tropezando con él, al enamorado pretendiente de la mas chiquita de las niñas de enfrente, que se levantó furioso echándome pestes y maldiciones y amenazándome con sus puños. Yo proseguí mi violenta marcha y el pretendiente se conformó con sus amenazas: entre los partidos de seguirme ó hacerle señas á la niña parece que se decidió por el último y pude doblar la esquina sin inconvenientes.

Ya fuera del peligro de la retreta y del pretendiente, gracias te doy, Martina, por haberme llamado; á tu prodijioso cariño debo el haber formado este artículo, y gracias mil te doy por haber cerrado la puerta de tu aposento. ¡A esa precaucion le debo hoy el no haber hecho en el parque durante la retreta, y con un gorro ridículo, una exhibicion de viejas sin retribucion de ninguna clase.

HORAS MENGUADAS.

Contra miseria, poesía
Contra paciencia, cesantía.

Acababa de saltar de la cama con un humor tan negro como la tinta con que escribo: el calor habia sido infernal, las pulgas habian desplegado durante la noche en toda la superficie de mi cuerpo los tesoros de sus habilidades en besos, carreras y saltos: los mosquitos me habian probado con su elocuente trompeta, su capacidad para mortificar los oidos sin necesidad de costear órganos para tocar danzas *imbailables* en las esquinas, y con su agradable aguijon, lo útil que es en algunas ocasiones tener la cara blindada: una brillante coleccion de perros satos, aspirantes meritorios á la salchicha retozaban en la calle y ladraban á su gusto de dos en dos y de cuatro en cuatro. Comprendian, con una inteligencia que aplaudia desde mi cama, que si todos trabajaban juntos, juntos habian de cansarse, y por lotes, los descansados reemplazarian á los cansados. Y luego...... Y luego la poe-

sia de los recuerdos...... esa lucha perenne entre el deudor insolvente con el acreedor implacable: la necesidad de rezar diariamente las primeras palabras de la segunda parte de la oracion del Padre Nuestro. Y luego la calle del Tejadillo donde está la redaccion del periódico «El Siglo» donde trabajo, con su conocida imprenta, con sus valientes cajistas......!!!

Salté furioso de la cama. Me sentia con la fiereza del leon, con la malignidad del tigre, con las propiedades venenosas de la culebra de cascabel. Deseaba aire y me senté jadeante delante de la puerta de la calle cuyas puertas estaban de par en par abiertas......

Ya era tiempo: la escitacion nerviosa necesitaba algun paliativo, la llaga abierta por el vejigatorio de la noche anterior necesitaba del ungüento refrigerante que habia de curarla: nececitaba los cuidados oficiosos de un amigo íntimo y no podia dejar de suceder que mi buena estrella me lo proporcionase.—He aquí que en lugar del puro ambiente de la mañana que tanto deseaba para mis comprimidos pulmones, entra sin cumplimiento y apretándome las manos, medio alegre, medio triste mi amigo, Indalecio. Aproximó una silla á mi lado, sacó de su bolsillo un rollo de papeles y poniéndolos en mis manos:

—¿Sabes—me preguntó—que he quedado cesante la semana pasada? ¿No? Pues ya lo sabes: estoy sin recursos, pero no moriré de hambre:

podria optar á otra colocacion, mas prefiero una vida independiente para evitar la repeticion de aquel lance y he resuelto hacerme poeta. Con este motivo, hace algunos dias que no me ocupo en otra cosa que en escribir versos, y he tenido la fortuna de reunir como cincuenta composiciones de diferentes tamaños y géneros é inspirados por objetos que no he visto siquiera. Esto es de algun mérito. Tengo, como debes comprender, el justo y legítimo orgullo que debe tener el que ha llevado á cabo una empresa grande, pues sin estudios de ninguna especie, y sin consultar á nadie, he logrado dar fin á una coleccion de versos que deben hacer una revolucion grande en nuestra república literaria. En tus manos tienes mi fortuna, representada en esos papeles. Mi visita tiene por objeto suplicarte los revises......

—¡Imposible! Indalecio, estoy enfermo......

—Pues no los leas, poco importa eso; pero, por lo menos, escríbeme un prólogo y una dedicatoria; no porque yo crea que mi obra necesita recomendacion, sino por que al fin, esta es la moda y no quiero singularizarme. En cuanto á la dedicatoria: ¿crees tu que la deseo para que le sirva de escudo á mis poesias?—Nada de eso, la exijo porque necesito *proteccion*, porque mi calidad de cesante......

—Pero, Indalecio, le contesté, abrumado por aquel diluvio de necedades que tan temprano y con tanta injusticia me caia encima. ¿Por qué te

has acordado de mi? No comprendo cómo sabiendo tú que jamás he compuesto una cuarteta quieras que forme juicio de tus poesias y haga dedicatorias y...... ¿por qué no vas á otra parte?

—Porque tú estás mas cerca de mi casa.—Y he escogido esta hora porque considero que será la mas á propósito de hallarte con buen humor, y buenas disposiciones. Vamos, escríbeme el prólogo.

—Corriente, le contesté por abreviar, déjame aquí tus manuscritos y vuelve dentro de dos ó tres dias......

—Dos ó tres dias! me interrumpió, no puede ser, imposible!! Hoy deben estar mis obras en la censura, y de ahi á la imprenta. Chico! la cosa urge! Necesito pico! Hazme el prólogo ahora mismo y la dedicatoria. Ah,! se me olvidada! Necesito tambien que me formes una lista de los diversos géneros de poesia conocidos: esto es, los nombres, como poema, oda, epígrama &c., que yo se los iré colocando encima á cada una de mis composiciones. A las mas grandes y anchas les pondré «poemas,» á las largas y angostas «odas,» á las pequeñitas «epígramas,» á las que escribo con letricas pequeñas les pondré «letrillas.» Los otros títulos que me dés los colocaré segun me parezca; tengo la seguridad de que todo saldrá bien. Les pondré el membrete de *Devaneos* á aquellas composiciones que tengan muchos puntos suspensivos y que no tengan ni pies ni cabeza. En cuanto á los so-

netos, como que son los mas fáciles de hacer, he compuesto como veinte: no es menester que me des su nombre, yo los conozco bien...... Primero la dedicatoria, luego el prólogo, en seguida la coleccion, el índice, la fé de erratas...... ¿Qué título te parece que le ponga á mi libro? Dolores del alma! Dolores del corazon!...... Dolores del......

—Dolores de estómago!! le dije.

—Eso! eso! justo! ese título me gusta, sale de las reglas ordinarias establecidas por los poetas del dia: ese título es estraño, y tendré el placer de haber hecho algo nuevo en favor de las letras de mi patria. Ya verás—prosiguió—Indalecio cuantos envidiosos é imitadores tendré en lo adelante, cuando se publiquen otros versos—«Hipertrofias del corazon,» de Pascual N.—«Obliteraciones del recto» de Raimundo C.—«Obstruciones del hígado» de Hipólito H.—jóvenes amigos que tambien están cesantes y que seguirán mi ejemplo. Pero estamos perdiendo el tiempo. Vamos al prólogo.

Mi mala estrella brillaba ya con toda su fuerza y no tuve mas remedio que escribirlo. Decia, entre otras cosas: "Los dolores de estómago" del poeta D. Indalecio Pesadilla revelan á primera vista que su autor prescinde por lo menos de la vergüenza que tuvieron modestos escritores de dar á luz sus producciones." Le regalé otras flores por el mismo estilo y le formé la lista que pidió.

—Bueno seria, le dije á mi estraño interlocutor, que procures dedicarle tu obra á un personaje encopetado, á uno de esos ricotes nuevos, que darian con gusto una gratificacion al que les proporcionara poetas para servirles de Mecenas.

—Ya tengo uno,—esclamó Indalecio—y me enseñó un papel que decia:—«D. Pedancio Topinera, individuo supernumerario de la raza humana, sócio *contribuyente* de la Sociedad del Pilar y otras varias de recreo, condecorado con diversas medallas de hermandades religiosas y socorros mútuos &c., &c.

—Magnífico! Apropósito, esclamé al leer el nombre y los títulos, voy en seguida á hacer la dedicatoria, dándole el tratamiento de V. S. Atencion es esta que estimula en alto grado la liberalidad de estos señores.—Y escribí en seguida:

«*¿ A quién sino á V. S. pudiera dedicar mis dolores de estómago?*» *¿ Quién sino V. S. pudiera aceptarlos? Admítalos V. S., como una prueba de admiracion por la munificencia de V. S. y de respeto á su persona.*»

Al entregarle á Indalecio sus papeles le recomendé hiciera presente á D. Pedancio, que segun la *acogida* que hiciera á su coleccion de poesias, así seria el estímulo que despertaria en él (el autor) para dedicarle otras composiciones.....

—Por supuesto!—me interrumpió,—como que estoy pensando en un drama en cinco actos y en

verso que deberé concluir para cuando esten impresos mis « dolores de estómago. » Ya verás los anuncios, y cartelones, las listas de suscricion en los periódicos, las polémicas de los médicos......

—¿De los médicos?

—De los médicos. Supon que á Perico el de los Palotes se le antoje publicar, como me ha sucedido á mí, una coleccion de versos y le ponga por título « Gotas de rocío. » ¿Qué inconveniente habrá en que los doctores Masuata y Fraschieri pretendan recoger con hielo las composiciones de Perico para curar la fiebre amarilla?

—Ninguno.

—¿Y quien quita que si no son estos doctores haya otros que crean que existe alguna composicion mia en el estómago de tal individuo atacado de peritonitis ó gastrítis? Oh! seguramente yo estoy llamado á ocupar un puesto muy elevado entre los hombres que mas se han elevado......

—Mucho mas si te sientas á la mesa de Mr. Godard ó Mr. Boudrias de Morat.

—No conozco esos poetas, pero estoy seguro que mis obras merecerán que se lean con gusto por todas las personas sensatas. Escríbeme algo que sirva de epílogo.

—Nada mas justo.—Y escribí en seguida parodiando á Ovidio: « He concluido ya esta mi obra, contra la cual ninguna jurisdiccion tendrán para poder borrarla, ni la ira de Júpiter ni el tiempo, ni el fuego devorador: cuando ya no que-

de de mi cuerpo sino el recuerdo, este será eterno y elevado sobre los astros; seré leido en todas las tierras sujetas á la española y estrangeras potencias y si tienen algo de verdad los presagios de los poetas mis « dolores de estómago » durarán por todos los siglos de los siglos—

—Vas á tener el gusto, me dijo Indalecio, despues de leer el epílogo, vas á tener el gusto de participar en gran parte de los laureles que pronto empezaré á recoger. En las puertas del Gran Teatro, en el café de Escauriza, en la Perla, en la Diana, en el café del Monserrate verás hermosos targetones en cartulina, con primorosas letras mayúsculas que formen estas palabras: «DOLORES DE ESTÓMAGO DEL YA CÉLEBRE POÉTA CUBANO. D. INDALECIO PESADILLA. SE SUSCRIBE AQUÍ. » Y como he de tener cuidado de frecuentar aquellos sitios para recojer los frutos que ha de producir la semilla que he sembrado con los anuncios, tendré ocasion de darme á conocer. Me dejaré crecer los bigotes y la pera, me haré recortar el pelo todo lo mas que se pueda para que aparezca mas espaciosa mi frente, compraré unas gafas de carey, por lo pronto, saludaré poco á mis amigos íntimos, haré que no conozco á los demas y mi reputacion está hecha! Por lo que respecta á la distribucion de mi primera edicion, (porque pienso tirar otra,) no hay cuidado, eso es muy sencillo.—Me visto lo mas elegante que pueda, siempre con mis gafas, y con un ejemplar en el bolsillo me dirijo (antes

de almuerzo que es la mejor hora,) á la casa del Dr. A y le entrego el volúmen que le tengo dedicado.—Señor, le digo, despues de saludarlo, suplico á V. tenga la bondad de leer la portada de este libro. Allí ha de leer con orgullo:— «Al Eminente é ilustrado facultativo Sr. Dr. A.,—*El Autor*,» y esto escrito con la peor letra que pueda formar mi mano. Muy avaro, muy indiferente á las glorias cubanas es preciso que sea este individuo si por lo menos no pone en mis manos un doblon de á cuatro ó un escudo. Lo mismo que con el Dr. A. hago con el Dr. C. y con el Dr. D. Convengo en que esto es mucho trabajo, pero es el mejor modo de colocar en pocos dias tres mil ó cuatro mil «dolores de estómago» en manos de otros tantos señores, que sin hacer gran sacrificio contribuyen, sin saberlo tal vez y sin desearlo, á formar de un individuo sin colocacion, un hombre útil á su familia, y mucho mas todavia á las letras de su patria!

Se despidió de mi, Indalecio, dándome las gracias. Lo acompañé hasta la puerta y lo seguí despues que salió con la vista. Creia que antes de llegar á la esquina lo detuviera un municipal y lo condujera á Mazorra; pero me tranquilizó la idea de que otros que tal vez hacen cosas peores, gozan completa libertad y son los protectores natos de las secciones de remitidos y comunicados de los periódicos, en las cuales brillan sus producciones como estrellas rutilantes.

—«¡Dios te guie y la Torre de Francia junto con la Trinidad de la Gaeta!»—esclamé al verlo doblar la esquina.—Allá vas imperturbable fraccion de aquella mitad de pobladores del mundo, cuya mision es fastidiar á la otra mitad! Tú me has escogido hoy para tu víctima, en la cual has cebado tu eficaz empeño de ejecutar tu tirano ministerio! ¡Permita el cielo que no encuentres impresor que sufra el *cuerazo* furibundo que piensas aplicarle con la impresion de tus malditos «Dolores de Estómago!» Y en caso que lo encuentres, (que nunca faltan incautos) ¡permita el Eterno, que ya convertido en *inglés*, sea para tí el *bull-dog* mas formidable que pueda hallarse en las antecámaras de los juzgados de conciliaciones y demandas verbales! Y ya que piensas distribuir personalmente tu maldito volúmen, ojalá no encuentres á ningun doctor en su casa y si lo hallas esté tan escondido para tí, que haya comunicado órdenes á su portero de darte con las puertas en las narices, Indalecio Pesadilla, á quien Dios confunda!!

Ay!—esclamé—volviéndome á sentar rendido: ¡quién hubiera sabido que habia Indalecios en el mundo! ¡Cuanto mas me hubiera valido haberme quedado en la cama con mis antiguos conocidos, perros, pulgas y mosquitos!

GUSTOS Y CONTRA-GUSTOS.

Sobre gustos nada hay escrito. Esto consiste (á no ser otra la causa) en que cada uno tiene su modo de matar pulgas; ó lo que es lo mismo, en que cada uno piensa á su modo, difiriendo por este motivo, ó por otro cualquiera, delo que piensan, dicen ó hacen, los demas que no piensan, ni dicen, ni hacen lo que ellos. Nada hay escrito; porque siendo esta materia tan abstracta, no es posible establecer sobre ella reglas fijas: á unos les gustan los colores claros, á otros los oscuros, á estos fumar el tabaco: á aquellos mascarlo, olerlo, sorberlo &c. Y de esta diversidad de pareceres nace, que á muchos no les gusta celebrar, *sino de cierto modo*, bautismos, cumpleaños y matrimonios, y otros por el contrario, se dejarán arrancar los pelos uno á uno, con tal de tener niños que bautizar, natales que celebrar, matrimonios que velar, y á falta de todo esto, aunque fueran...... muertos que llorar.

De esta última opinion es Mateita, esposa

que fué de un conocido mio, que se llamó Serapio. Mateita estaba desesperada porque habia pasado mucho tiempo sin bautismos y sin sus equivalentes, y como su esposo estaba muriéndose todos los dias, pasaban por su casa San Mateo y San Serapio sin ser saludados por una sola décima, ó con la esplosion de una botella de cerveza. Ni siquiera *se componia*, porque la infeliz estaba condenada á ver en lugar de la Ambrosia de Sterling, de la Sal Mirífica de Vénus y del Agua Florida de Murray y Lanman, los pomos triangulares del aceite de hígados de bacalao del Dr. Hogg y los frascos del pectoral de cereza y de anacahuita del Dr. Ayer.

Pero como Serapio no era inmortal, tampoco lo fué la impaciencia de Mateita, y un dia......

Un dia pasaba yo por su casa y entré en ella para saber de Serapio. Estaba llena de vecinas y vecinos.—¿Como está Serapio? —pregunté á una de tantas.

—Ay! D. Narciso, me contestó, su amigo de V. está......—Y alzó los ojos al techo, (iba á decir al cielo) haciendo con la mano la señal de la cruz á guisa de bendicion.

Comprendí que Serapio era un mentecato, que estaba dando lugar á que se hablara de él en esos términos, y me senté, como uno de tantos, quiero decir, que tomé posesion de la casa, como la toman muchos en estos casos, para ejercitar su *gusto* (vulgo sentidos) ó lo que es lo mismo para

ver, oir, oler, gustar, y si se ofrece, tocar. Asi fué que mirando, me convencí de que no era necesaria la pantomima de la vecina, para decirme que Serapio se moria, porque el movimiento estraordinario de los de la casa, el entrar y salir del cuarto del enfermo, el susto de uno, la animacion de otro, y sobre todo, la vela de cera (la del alma) que uno de los asistentes ocultaba á medias, me lo hubieran revelado.

Entre las personas que daban vueltas trataba yo de ver á la viuda «*in fieri*» cuando un ruido que sentí en el cuarto me advirtió su aparicion. Mateita salia de él, venia sostenida por cinco ó seis de sus amigas y amigos mas oficiosos: dije mal, ni salia ni la sostenian; tiraban de ella como tiran los pescadores de el chinchorro.

—Vamos, china—decia una—sal de aquí, nada vas á remediar ya...... Serapio tiene quien lo cuide.

—No vayas á llorar *todavía*—decia otra—porque todavía está vivo y puede oirte.

—Ven al fresco mi alma.—

Y esta tiraba del brazo derecho de Mateita para llevarla á la sala.

—No! á la sala no!—gritaba otra—le puede dar aire!—y tiraba del izquierdo en sentido contrario. A una *le gustaba el fresco* á la otra *le gustaba* el calor.

Como término medio, la colocaron en un sillon en la puerta del aposento, no estaba ni en

la sala ni en el cuarto, y allí la abandonaron á sus naturales inclinaciones. Mateita hacia lo posible por llorar, y á fuerza de frotarse los ojos con el pañuelo habia conseguido, irritándoselos, darle á su rostro una espresion de dolor que no podia con sus lágrimas y miraba azorada á todos lados. Las carreras continuaban y los que las daban hacian lo que parece hacen las hormigas cuando trabajan, se decian algo al oido y luego miraban á la esposa y seguian.

—Poco tiempo despues, las carreras cesaron, y empezaron á formarse grupos.—Pobre Serapio! decia uno; no dijo *ni pío*.—Parece que duerme, decia otro, á quien *le gustaba* el sueño—Qué!—replicaba otro de la opinion contraria,—si tiene los ojos abiertos.—Lo mejor de todo, señores, es que la viuda tiene con que consolarse, porque Serapio tenia dinero.

—Poca falta le hacia á Matea,—contestó una amiga de esta.—Matea tiene una entrada muy buena, que es de ella solita.

—Señores! por Dios! cállense ó hablen como yo, bajito,—interrumpió la encargada de *la fiesta*, —Matea no sabe todavía que Serapio ha muerto.

—¿Y por qué no se lo dicen?—preguntó uno que *gustaba* de preguntar.

—Porque la pobrecita padece un *accidente* atroz, y es preciso prepararlo todo. Vamos! fuera! fuera!—y empezó á hacer lo que el estanquero en la valla de gallos antes de *soltar* la pelea.

Como práctica en aquella clase de negocios, la *bastonera* (porque yo no sé su nombre) trajo un catre que colocó en el centro de la sala, y próxima á esta una silla, con aguardiente de Islas, éter, álcali-volátil, pañuelos, &c., &c.—En seguida dirigiéndose á la viuda:

—Vamos, Mateita, ven, hijita—le dijo—siéntate en la cama, estarás mas cómoda.

—No! No!—esclamó la viuda—yo quiero ir donde está Serapio!

—No séas boba, mi alma, luego que esté mejor irás á verlo; ahora *le ha dado una cosa*, y está quieto; ven á la cama, ven.—Y abrazándola por la cintura la aproximó á ella.

—Yo no quiero sentarme en la cama! decia Mateita—sentándose en su cabecera—yo quiero ver á Serapio! á Serapio!! á Serapio!!!

—No grites, mi vidita, tranquilízate, ¿tú no sabes lo que tiene tu marido?

—¿Qué tiene Serapio?—preguntó Mateita.

—Ten calma, corazon mio; yo no te lo voy á decir de repente: así...... de golpe. Serapio, Mateita...... se murió un poquito!!

—Ah!—gritó Matea.......

—Se murió de una vez!!

—Aaaay!!!—volvió á gritar, la doliente,—y se arrojó de espaldas sobre la cama, saltando como una *rabi-rubia* fuera del agua.—Por eso—dije yo para mi capote—se sentó Mateita en la cabecera del catre: si se sienta en la barra se desnuca. Ya

sabia yo el sitio del catre que *le gustaba* á la viuda!

—Vengan acá todos!!—gritaba la *bastonera*—sujétenle los piés, los brazos, la cintura!!......Don Narciso, no se haga bobo, sujétele la cabeza á Matea!!

—Lo siento, señora—contesté—pero estoy muy afectado, me sucederá lo mismo, y......

—Toribio!!—le gritó á otro—tú que tienes fuerzas, por Dios, sujétala que se mata!!—Y Toribio la sujetó porque nunca falta...... un Toribio.
—Ahora, grita, Matea!! grita, hija, decia la *bastonera* sin advertir que otra que estaba por el silencio le *gustaba* apretarle la boca y la nariz con un pañuelo mojado en aguardiente.

—Quítele V. el pañuelo y échele agua al pecho,—decia otro que estaba por la hidropatía y le *gustaba* mas el agua que los espíritus.—Y Mateita se puso boca abajo porque era opuesta á los dos sistemas.

—Señores! vírenla boca arriba!—gritaba una jamona que le *gustaba* mas esta postura que la otra.—

Y Mateita, brincando siempre y variando posturas, aparecia como Vénus saliendo de la espuma, como una Bacante, como Diana Cazadora.

—¡El éter!!—y Mateita detenia la respiracion porque no le gustaba el olor del éter.

—Tráigan el álcali volátil, por Jesucristo

vivo!! Señores!!!—gritó uno sudando como un gañan y aferrado á los piés de la viuda.—

Y aprovechando un momento de descuido, porque estaba probado que á la viuda *no le gustaban* los olores fuertes, se lo aplicaron á la nariz.

La accidentada hizo un esfuerzo supremo, y saltando como una *lisa*, se desprendió de algunos, y aplastó con la cabeza la nariz de Toribio.

—¡¡Mal rayo te parta!!—dijo este, furioso, y le volvió la espalda murmurando:—á mi *no me gusta* sujetar á nadie.—

Mateita juzgó que la crísis nerviosa habia durado el tiempo necesario y abrió los ojos: sus miradas vagas indicaban que no se acordaba de nada.

—Grita, Matea, grita!!,—le recordó la *bastonera.*

La viuda cayó en la cuenta y disparó él primer cañonazo.

—Ay!!

—Mas duro, corazon, mas duro.

—¡¡¡Aaay!!!

—Todavia mas duro, corazoncito, que Serapio lo merece.

—¡¡¡¡Aaaaay!!!!

—Mira, *chinitica*, que Serapio te queria mucho; acuérdate de que no te decia Matea sino *Neita.* Desahógate, serafin, grita todo lo que puedas.—

Entonces la viuda, tapándose los oidos como

los vendedores ambulantes,—voy á darte gusto, dijo—y recogiendo en sus pulmones todo el aire que podian contener, entonó con sus amigas un coro infernal (*crescendo furioso*) que estremeció á todo el vecindario.

La directora levantó la *batuta*, imponiendo silencio: colocó en las sienes de la doliente dos hojas de tabaco, y ciñendo su frente con la indispensable venda, le confirió solemnemente el *grado* de viuda, rodeando su cuello con la fúnebre muceta (vulgo pañuelo.) Ya podia recibir saetazos, digo, preguntas, cumplimientos, consuelos &c. &c.

—¿Y cómo ha sido esto, Matea?—

Esta contó la historia desde la calentura, que fué el prólogo, hasta el accidente, que fué la fé de erratas.

—Yo, hija, no sabia nada, y cuando lo supe me quedé así......—Y abria los ojos como un sapo.

—Pues yo, señora,—contestó aquella,—cuando oí los gritos dije: Serapio!! Y me quedé......... mire.......—Y aflojando las muñecas sacudia las manos, como si hubieran sido gavillas de tabaco.

—Pero á mí me sucedió mas,—añadió una tercera,—yo iba á cerrar la puerta de mi casa, cuando oí los gritos, y me quedé pasmada, sin movimiento de medio cuerpo arriba, y las piernas se me aflojaron tanto, que empezaron á temblarme así...... mire vecina.—Y procuraba imitar el movimiento de piernas de los amoladores ambulantes

de tijeras y navajas.—« He aquí tres señoras,—dije para mi capote—entusiastas como pocas por la familia Keller. Sin saberlo, han representado una parodia de sus cuadros plásticos. No me queda duda, estas señoras *gustan* de las parodias. »

—*Güenos* dias por acá, señores!—interrumpió, entrando sin avisar, D. Jacinto, campesino amigo de la casa.—Aquí están las gallinas que le ofrecí á D. Serapio...... Pero......¿Qué fué *Doña*?...... En dónde está él, que no lo *topo*?

—Ay! D. Jacinto! Serapio está en el cuarto; pero...... ya estará gozando de Dios—contestó la viuda tapándose la cara.

—¿ Y cómo va á ser *Doña*? Si aqui mesmo lo ví el otro dia cuando le ofreci las gallinas. ¿ Cómo ha *sío*?—Mateita no contestó; pero una de sus amigas contó la historia.

—Es querer decir—observó aquel—que si llego ayer lo encuentro vivo *entuavia*......

—Precisamente—le contestaron.

—Lo que mas me admira, Mateita,—dijo una señora, por variar—es que su esposo no estaba tan malo el mes pasado, y...... sin embargo......

—Dice V. bien, nunca ha estado Serapio como ahora poco.

—Y se puso *muy grave* para morirse Mateita?

—No lo sé hija, porque...... no...... me...... dejaron.—Y Mateita ya iba á *remedar* el llanto, cuando tocaron á la puerta.

—¡Adelante!—dijo con voz trémula:—Se presentó una criada.

—Dice la señora de aquí enfrente, que se alegra de que lo del Sr. D. Serapio no sea cosa de cuidado y que no viene á verla á su merced porque la señora es ciega.

—Dile á tu señora que muchas gracias, y que ella siempre queda bien conmigo.—Otra.

—Dice la niña que no viene por acá porque está...... mala y puede llover, y que porqué están gritando acá.

—Dile á la niña que no se moje y que se murió Serapio.—Otra.

—Que dice la *paidita* que vive aqui mas *alantre*, que aunque *semos* de *coloi*, *pué* la señora *mandai* con *confiansa*, y que la acompaña en su sentimiento.—Y salió la mensajera, sin esperar la respuesta, terciando su manta, remangándose el túnico para lucir la sayuela bordada *y soltando la escota* á su malacoff de treinta varillas.—Otro.

Es un niño de ocho años, con los pantalones rotos, sin camisa y sin zapatos; trae de la mano á su hermanita de cuatro. El primero fuma un tabaco, la segunda lo reserva, despues de apagado, detras de la oreja.

—Doña Matea, dice el niño: mi *mae* que no *bote* la ropa del muerto y que se la mande...... Y se dirige al cuarto de Serapio.

—Ven acá! *Condenao*, donde vas?—Le dijo una vieja.

—Mi *mae* me dijo que lo recoja *tóo* y que se lo lleve.

—Lárgate! espolon, lárgate...... Y la vieja lo plantó en la calle.

—Ay Dios mio!! esto me va á costar la vida, —esclamó la reciente viuda—me duele la cabeza, se me va la vista......

—La *mesma debilidá, Doña,* contestó D. Jacinto.—Haga V. como yo cuando se murió mi difunta. Estaba la mesa puesta con la *comia,* y cuando me dijeron que estaba muerta, *pegué* á comer *puelco* y *plántanos* que daba *mieo!!*

—Jesus!! dijo Mateita.

—Y despues. ¿No sabe V. lo que hice? Me quedé *dormio* con la barriga mas *apretáa* que un tercio de tabaco. Haga V. *asina, Doña.* Cocine las dos gallinas que le *truje* á D. Serapio y cómaselas.

—Ay! D. Jacinto, no me diga eso, por su vida. Aaaay!!! Ay, Dios mio!!! Ay, Serapio de mi vida! de mi corazon! de mis ojos!! de mis entrañas!! Ay, Serapio, Seraaaaapio!!!

—Toribio, Toribio!—gritaba la *bastonera* que esperaba otro accidente—Toribio!

—Echale un galgo!—dije para mí, porque lo ví salir á escape, cuando oyó á Mateita exhalar nuevos lamentos.

Pero no se repitió la crísis. Mateita, pensó que era mejor reservar todas sus fuerzas para la hora del entierro, en la cual se prometía desco-

yuntarse, en honor de su esposo y romper la crisma á todos los Toribios pretéritos, presentes y futuros.

—Sr. D. Narciso—me dijo la *bastonera* con voz lastimera—que le parece el accidente de la pobrecita Matea? ¿V. ha visto en su vida cosa mas fuerte?

—Oh! señora,—le contesté,—estoy admirado: jamas he visto una *imitacion* tan perfecta. Dª Mateita trabaja muy bien.

—Lo que es en eso,—me replicó sin comprenderme—pocas *batallan* como ella; ¡qué fuerzas tiene!!—En seguida dándose una palmada en la frente, como si se acordara de algo que se le olvidara, se entró en el cuarto del difunto, y poco despues la ví venir para donde yo estaba, cargada como una acémila.

—Amigo mio, me dijo, esto le toca á V.: afeitar á D. Serapio y vestirlo.

—Cómo!! señora,—le contesté—Yo, afeitar á Serapio!! vestirlo!! Un hombre tan nervioso como yo!! que queria tanto á Serapio, yo!!

—Aquí tiene V.—decia sin contestarme,—la navaja, la levita de alpaca, el chaleco...... Pero este chaleco tiene ramazones de color...... No le hace...... Abróchele V. la levita...... Los pantalones de paño, los calzoncillos; (no traigo medias porque lleva botines,) la corbata, la camisa, el pañuelo para la cara......—

Yo estaba en suplicio. Deseaba tener alas,

ser pájaro, imitar un desmayo, buscaba un pretesto. ¡¡La calle!!

—¿Falta alguna otra cosa, D. Narciso?—me preguntó la bruja.

—La bomba!—le contesté distraido.

—Qué bomba? si acá no la usan desde que pusieron lámpara de gas.

—¡La sorbetera! señora,—le dije creyendo hallar el camino de la puerta de la calle.

—¿Y quien ha visto servir helados en mortuorios? D. Narciso, mire que la muerte de Serapio lo trastorna.

—Efectivamente, señora, quise decir el sombrero.

—¿V. se burla?—me gritó indignada.—¿Dónde ha visto V. tender á los muertos con sombrero?

—Tiene V. razon, señora, yo estoy aturdido. Lo que falta...... lo que falta son los guantes—esclamé radiante de alegria,—y voy á comprarlos.

—No señor—me dijo sujetándome—aquí hay quien vaya.

—No lo consentiré nunca!—esclamé.—Cómo! ¿Ceder la compra de los guantes á otro? Los últimos guantes que va á usar Serapio? No, señora, este último obsequio se lo tributo yo á Serapio.—Y cojí mi sombrero y me planté en la calle.

—Espere V., Sr. D. Narciso, no lleva V. el dinero, me gritaba la harpía desde la puerta; voy á pedírselo á Matea.

—No hay necesidad de eso,—le grité doblan-

do la esquina,—yo los pago.—Y como si me hubieran perseguido diez perros de presa, doblé por una esquina, doblé por cuatro, y llegué á mi casa echando por la boca sapos y culebras contra Serapio, porque se casó con Mateita; contra Mateita porque no siente, como sienten las personas que *sienten;* contra la bastonera por su *gusto* de gobernar en casas agenas, contra las que envian á los dolientes recaudos ridículos; contra los padres que mandan á sus niños á *mandados* en trajes vaporosos, y que tienen *gusto* en verlos fumar tabacos, y contra todos aquellos que tienen *gusto* en probar con sus *gustos* estravagantes, que hay *gustos* que merecen palos.

¡POR UN GATO!

Iba á empezar este artículo diciendo: Era media noche; la Habana entera estaba entregada, para su descanso á las delicias del sueño. El graznido lúgubre de la solitaria lechuza y las *exclamaciones* amorosas de los apasionados gatos, junto con las notas cadenciosas de las composiciones músicas de los serenos, interrumpian, de cuando en cuando, el melancólico silencio de una de esas noches de Cuba, frescas, perfumadas y alumbradas por la púdica amante de Endimion, la madrugadora Diana la compasiva Lucina, misterioso árbitro de los destinos de las pobres parturientas......—Pero como no todos los leales y tranquilos habitantes de esta siempre fidelísima ciudad dormian, porque velaban muchos cocheros, estaban despiertos muchos y muchas *individuas* en L' Ermitage, y muchos serenos estaban haciendo *calderones*, y muchos, *muchísimos*, que sin ser lechuzas, ni gatos ni cocheros, ni ermitaños, ni serenos, no dormian sino que hacian lo que

les daba la gana, he determinado empezar de otra manera.

Era media noche.—En uno de los barrios de la Habana, de aquellos barrios *comm' il faut*, dormian en su casa, con la tranquilidad que lo hacen los que ya tienen *seguros* los materiales para las tareas culinarias del siguiente dia, el simpático Matías á quien sus amigos llamaban el *Ñato*; y esto sin ningun motivo, pues no tenia en su nariz ningun vicio de conformacion ni solucion de continuidad, sino porque le faltaba toda la ternilla: en su compañía dormia su consorte *La Nana* que por su figura podia servir para modelo de una columna mingitoria, y su hija Moniquita á quien llamaban *Nena*.—Es la costumbre; entre personas *decentes* sería una cosa muy chocante *que no hubiese apodos de cariño* y......el *Ñato* y su esposa eran tan estremosos !...... Ah !, se me olvidaba, la *Nena* era media—lengua, y sus amigos decian que esta cualidad realzaba sus gracias; Moniquita era tan graciosa!

Estaban en lo mejor de su sueño, cuando, de repente, un estruendo inesperado hizo despertar á la familia y saltar de las camas á los miembros, de aquella como si á la vez se hubieran puesto en relacion con una máquina eléctrica......

Pero el ruido fué momentáneo y solo se oian en la direccion de la cocina gritos ahogados que parecian clamores de un moribundo que salian de bajo la tierra.—El Ñato quiso dirigirse al lugar de

donde provenian los gemidos, pero la Nana y la Nena colgadas de su pescuezo se lo impidieron.

—Ñato de mi vida, no salgas por Dios!—decia la esposa—tal vez han *matado* á alguno en la cocina.

—No te dejo salir, Ñato,—decia la hija que, *por respeto*, llamaba á su padre por el apodo y lo *tuteaba*:—llama al sereno *pa* que toque *ei* pito y venga otro, y *lo do sereno* y tu, Nana y yo, *salimo* y ya *e ota* cosa.

—Eso es,—dijo la madre—y abriendo un postigo de la ventana de la calle empezó á gritar desaforadamente:—¡vecino! ¡vecino! ¡que me matan!—

Y Moniquita le hacia un segundo magnífico gritando tambien:—¡que matan ai Ñato! ¡que matan á la Nana! que me matan! que me matan á mi tambien! ¡vecino! vecino!!—

Colocados los serenos á vanguardia *con bayonetas caladas*, se situaron á retaguardia el Ñato, con un sable desenvainado, su esposa con una tranca y la niña de la casa con una media bala de treinta y seis en la mano. ¡Oh! Moniquita era una jóven de mérito, "alta como una lanza, fresca como una mañana de Abril y con mas fuerza que un ganapan."

Abrieron una puerta y el ejército valiente se dirijió al campo de batalla ¡Oh risa! Un gato habia volcado una batea de lavar ropa que en aquel lugar se hallaba mal colocada, y el pobre

animal habia quedado debajo. He aquí esplicados los fúnebres gemidos......

Los serenos partieron: informaron del lance á los impacientes vecinos y se llenó entonces la casa de Matías de gente: rieron y conversaron y murmuraron. Al despedirse todos, el dueño de la casa, asaltado por una idea feliz, los invitó para un *guateque* en la noche siguiente, en que el gato representaria sobre una mesa el papel de protagonista, asado, y en el cual habria las añadiduras de canto, baile, versos y bebidas. Al acabar el Ñato este programa principiaba el nuevo dia y sus amigos se despidieron *au revoir.*

Al siguiente estaban reunidos en consulta en el salon de las sesiones (cocina) el Ñato, su esposa y su niña.—La decoracion se habia cambiado: la batea que, boca-abajo, contenia un gato la noche anterior, ahora, boca-arriba, encerraba una *paloma:* Moniquita con un tabaco en la boca lavaba de prisa la ropa que llevaba puesta la tarde anterior, y algunas piezas mas. La Nana con un pañuelo sobre su vientre á guisa de delantal y con las manos en la cintura discutia con su consorte, y este con un sombrero en la mano contestaba á las observaciones de aquella.

—Pero Matías,—decia la Nana, maldiciente como ella sola,—¿á que rayo se le ocurre convidar gente á su casa, para *bolas*, sin tener dinero?

—Y qué!—le contestaba el marido,—¿tanto cuesta? y aunque costára, que será muy poco, está

remediado todo: el gato se lo mandé ya á Palanqueta que es el que lo cocina y que con tal de que se haga *la jarana* lo dará por bien empleado y lo que gaste en componerlo; bebidas...... no ha de haber mas que *giniebra* y *caña.* La música? dos ó tres amigos: alumbrado? dos ó tres reales de velas de á cuartillo. Todo está hecho con dos ó tres pesos. Vaya Nana, tú estas viviendo *en bombera.*

—Y donde están esos tres pesos?

—Aquí están,—dijo Matias señalando para su sombrero,—ahoritica se lo llevo á *Bemba* y me lo empeña en dos ó tres pesos, y si no quiere, la *giniebra* y la *caña* y las velas...... todo lo cojo *fiao;* que bien se puede hacer esto para divertirse uno siquiera *una vez á la semana.*

Poco trabajo costó á Matías convencer á su esposa, porque aunque él era porfiado, su mitad era blanda de corazon, y pronto se allanaban entre ellos las dificultades.

—Nana,—dijo aquel—voy á empeñar el sombrero: el gato corre por cuenta de Palanqueta: cuida tú del arreglo de la casa: mientras tanto, de camino, voy á convidar á los músicos y á los *cantaores* y á el Indiano para que verse esta noche conmigo! no hay novedad! El Indiano es amigo. Y luego todo vá á ser en el órden, sin nada de borrachera, no se vá á tomar mas que *caña* y *giniebra,* porque voy á prohibir esta noche lo demas: para lo que es versar bastante hay con una ó dos canecas y al

que no le guste....... ¡caña! Esta cuesta poco y es mas fresca: es lo que yo estoy tomando ahora que me estoy *cañando*—y pronunció estas palabras como si dijera, «me estoy curando, me estoy temperando.»—Y salió á empeñar su sombrero.—

—Niña,—dijo la madre á la hija cuando salió el marido—¿por qué lavas toda esa ropa? con una muda tienes para esta noche.

—*Tu quié sabei poique? Poique me da la gana.*

—Jesus muchacha! que arisca eres ¡mal rayo te parta!

—Yo soy *arica? pòique* no dejo que me *moitifiquen?*

—¿Y quién te mortifica?

Tú! Dale con *Mameito*, y cuando se casa *Mameito* y si el *pobecito* se pega un poquito á mi *lao*. —*Jala* con *Mameito*. ¡Qué *aburria* tengo mi *sueite!*

—Permita Dios, muchacha, que te salga un animal malo......

—Lo *güeno* es que......... vale mas que me calle.

—Qué es lo bueno? Qué?—

Moniquita por toda contestacion empezó á cantar:

Maria *Juta* se casó
Se fué á *viví* allá fuèra,
Y vinieron *lo civile*
Y se *aimó* la rumbantela.

—Nena, mira que me estás faltando al respeto!!

—Moniquita, continuó:

Y *depué* que comite
La papa *salá*
Y *depué* que comite......

Quiea Dio que yo me *atraque eta* noche de papa. Luego no digan que yo tengo la *cuipa.*

El diálogo fué interrumpido, afortunadamente para Moniquita, por varios vecinos que venian á hacer comentarios sobre las ocurrencias de la noche anterior y á ayudar á la Nana; y se esforzaron tanto en su obra. que ya á las oraciones todo estaba listo. Moniquita ya hábia formado su plan, y *su paloma* ya estaba hecha. *Bemba* habia dado los dos pesos por el sombrero de gala de Matias: Palanqueta habia hecho una obra maestra con las diferentes composiciones del gato: los bailadores y músicos y cantadores *é tutti cuanti* estaban ya invitados. Mamerto, el novio de Moniquita, estaba preparado, y solo faltaba la reunion de todos y que la fiesta principiara. La sala estaba barrida y alumbrada con profusion de velas de sebo.

Poco se hicieron esperar los convidados: á las diez estaba llena la sala y en la mayor confusion: se cantaba el punto, se bailaba *relajo*, se bebia: todas las hojas de las puertas y ventanas servian de timbales. El Ñató estaba en el apogeo de su dicha, viento en popa. Moniquita, á pretesto de que le dolia la cabeza, estaba en un rincon de la sala envuelta en su manta de burato y con un lio de ropa debajo de su silla que cubria con la falda de

su vestido. Esperaba á Mamerto, su amante.

—Aquí está el Indiano! esclamaron todos al ver llegar á Mamerto, ahora si que está la cosa buena, ¡Bomba!

—Creí que no venias—dijo Matias á Mamerto.

—Era menester que me hubieran *dao* una *puñalá* contestó este—pero salí muy tarde de la valla. Ya pelió mi *gallo*.

—¿Y ganó? preguntó uno.

—¡Vaya! ¡Qué gallo Ñato!

—¿El Indio?

—No, el *plateao*. Lo topé el domingo pasado y por poco mata á su contrario con las vainas, y eso que tenia media libra mas que él...... Si *bate* que parece un isleño con una tranca. Por eso lo *eché* hoy.

—Movidos por el intéres de la narracion de Mamerto casi todos los concurrentes formaron un cerco, dejando en su centro al orador y al Ñato. Era una valla humana.—Le querian echar hoy,—continuó el Indiano,—un gallo que pesaba tres onzas mas que el mio, ¡como que yo soy berraco! Por fin lo casé con una gallina *patiblanca*, *tres cuatro número* 2. Yo mismo lo solté; pero desde qué salió mi gallo de las manos entró padeciendo: la gallina era mas *espigaíta* que el mio, y no podia cojerla: es verdad que desde el principio le cojieron la *quijá* en los *tiros de cuchilla* y ¿sabes lo que hizo? se *botó* á correr en *reondo*—¡coje gallo! gritaba yo—¡nada! mi gallito padeciendo: en

cuanto le *cojieron* un ojo pareció que le habian *p'gao* candela y empezó á *revolar*. ¡Pica gallo! decia yo;—¡nada! Siempre corriendo, la cabeza del alto de la valla y creciendo como *arroz de fuera*, hasta que vino la gallina á *enfrentarse* con él. ¡Tira gallo!, grité con todas mis fuerzas, y entonces pudo mi gallito cojerla *franco* por lo *colorao* y se *reguindó* un poco.—¡Mata! que tu eres *mojino*! y entónces *largó* el *fuetazo*. ¡Ñato! ¡ojo y ojo!—

Queriendo espresar mejor con la accion que con la palabra la última accion de su gallo, Mamerto cojió con un pellizco el pellejo del pescuezo de Matías y lo sacudió fuertemente.

—Caracoles!!—esclamó este—y miró *al gallo* de una manera tal, que indicaba, bien á las claras que hubiera dado de muy buena gana su parte de gato por ser en aquel momento la gallina *patiblanca* con un buen par de espolones *á todo andar*.

—Dos onzas me daban por el gallo, despues de la pelea y no las quise: mi mujer no tiene con que vestirse, y á pesar de todo si me dan seis no lo vendo, lo quiero para padre.

—Vamos, señores, fuera! fuera!—venia gritando uno de los concurrentes con un vaso de ginebra en cada mano,—¡se va á versar!! Bomba! bomba!—y penetró en aquella valla!

—Toma, Matías, toma tu Indiano, ¡al avío!—

Matías no se hizo de rogar, y procurando abrir los ojos, cuyos importunos párpados querian velar á todo trance sus cristales, puso su

mano izquierda en el hombro derecho del Indiano y sosteniendo con la derecha el vaso del líquido colonial esclamó con voz ronca:

—*Indiano*!...... *yo soy Matías*......

—Alegra gallo!—gritó uno.—

El Ñato continuó con algunas interrupciones causadas por el hipo.

Indiano!...... yo soy Matías.

Todos..... me llaman..... el Ñato.....

—Y vendes queques!—dijo un imprudente.

—¡Su *mae!*—contestó el Ñato.

—Caballeros!! maldita sea mi alma!—venia esclamando la Nana,—no metan tanta bulla, van á decir los que pasan que *semos* jente ordinaria.

—El gato! caballeros, ¡el gato! ahi está el gato!—gritaron todos.—Efectivamente, entraba Palanqueta suspendiendo con sus arremangados brazos una enorme freidera. ¡Pobre gato! del tejado á la batea, de la batea, á la freidera, de la freidera, á tantos estómagos y de ellos quien sabe donde!

Aprovechó Mamerto, el *Indiano*, la ocasion que lo dejaba libre para acercarse á su novia:—Nena,—le dijo,—me está pareciendo que tú estas *rechiflá* conmigo.

—Yo no *toi rechifá* con *naiden*.

—¿Y porqué estás arrinconada?

—*Poi* mi *mae* y *poi* mi *pae* que quieren que pelée contigo me voy á *morí Mamèito*, si te *queas* conmigo reviento, y si te vas......—Moniquita prorrumpió en llanto.—

—Nana—le dijo Mamerto, despues de una breve pausa.—Te quieres *juir* conmigo?

—*Jesú! Mameito!......*

—Pues no hay mas remedio.—Tu estas *jalando pa atras* como mulo cerrero, tu madre está *repuchada* conmigo el *Ñato* tambien se está *rechiflando*: si me voy te mueres, si me quedo, revientas...... yo no me puedo casar: el mejor partido es que se acaben las relaciones: me voy!

—Espera un poco, Mamerto......

—Pues vámonos.

—*Mameito!* ¿tu me quieres *peidé*?

—Pues me voy!

—No!

—Pues vamonos!

—Me da *veigüensa*.

—A cenar! señores!—gritaban el Ñato, su esposa y *Palanqueta*—que se vá el gato!!

Hubo un momento de confusion todos se agolparon al comedor y tropezando alguno con *La Nana* la hizo caer: al sujetarse esta de la mesa hizo que se reventase la cuerda que sujetaba las tijeras de ella y vino al suelo con gato, velas y parte de Matias que cayó encima del destrozo.—Este se levantó furioso y entró á palos al causante del daño, este se defendió, otros le cayeron á golpes al *Ñato*, y la campaña se hizo general gritos, imprecaciones, accidentes de mujeres embarazadas,...... por toda la casa habia fracmentos de la freidera: por donde quiera habia un miem-

bro del mutilado gato: por el suelo corria la ginebra, la caña..... Vinieron los serenos, intervino la polícia ¡¡Cuadro general!!

—A todas estas, señores, ¡maldita sea la hora en que se apeó el gato,! (esclamaba jadeando La Nana) y mi hija! Nena! Nena! Matias! Ñato! se fué la Nena!

—¡Qué la *ajorquen*! decia el Ñato medio *zarazo* que se muera!!...... Nana! búscame un poco de gato!!—

La Moniquita con su lio, y Mamerto, asustados del ruido, habian adoptado el partido de irse á comer, mas lejos, su parte de cena.

....

Pocos dias despues se leia en un periódico lo siguiente.—«*Por esta mi primera carta de edicto cito, llamo y emplazo á D. Mamerto N. para que se presente en la Cárcel Pública de esta Ciudad, á descargarse de la culpa que le resulta por rapto &c. en la persona de Doña Mónica D., cierto que si lo hiciere se le administrará justicia y de lo contrario se le declarará rebelde y contumaz é incurso en las penas de la ley &c*.........»

Pobre Mamerto! quien te habia de decir que habias de pagar las culpas de *un gato!!*

RICOS NUEVOS.

A Pepe de Armas.

I.

La murmuracion es mi caballo de batalla, lo confieso: gozo estraordinariamente cuando agarro la ocasion, aunque sea por los cabellos (y eso que la pintan calva) de arrancar á mi prójimo una tira de pellejo, empezando por la nuca y acabando por el estremo inferior de la columna vertebral. ¿Qué me importa el escozor que pueda causarle el contacto del aire con sus espaldas desolladas? Para eso es prójimo, y aunque la piel que le arranco le pertenece, tambien yo tengo el derecho de disponer de ella, que aun no se me ha olvidado lo que aprendí en el catecismo de Ripalda: «Que los unos fieles tenemos parte en los bienes de los otros, como miembros de un mismo cuerpo.»—Que hagan mis prójimos conmigo otro tanto, que por la Fé de murmurador que profeso, les prometo hacer firme propósito de confesion,

y de colocar sobre mis adoloridas espaldas el esparadrapo de la enmienda para no incurrir en el desagrado de mis cólegas, correligionarios ó compañeros de profesion.

Yo soy murmurador, es verdad, pero soy un murmurador inofensivo; á nadie perjudico con mis observaciones, porque tengo la costumbre de no tomar á nadie por compañero de colaboracion. Cuando tengo un *sujeto* como dicen los doctrinarios de Mesmer, me entretengo á solas, no en formar *precintas* con su pellejo sino en descuartizarlo, es decir, hago todo lo posible porque no salga libre de mi lengua, sino despues que haya dicho de él todo lo que pueda en contra de sus costumbres si me parecen ridículas; porque es preciso que sepas, ó lector, que cuando yo murmuro...... es porque murmuro; y que cuando el rio suena, es porque no está en silencio; y que si me tienes por loco, no te faltarán motivos para decirlo, aunque á mi no me faltan tampoco, y bien poderosos por cierto, para decir que los niños aunque niños, y los locos aunque locos, suelen, á veces, decir verdades como el puño. Y cuando digo que murmuro á solas, no vayas á creer que como un maniático hable conmigo mismo ó forme un auditorio de los mosquitos que me acompañan en mis horas de insomnio. ¡Oh no! En estas horas, que son las que dedico á estas *cristianas* tareas, mi compañera es la pluma y de comun acuerdo y con la mas pura inocencia vamos estampando en el

papel el resultado de mis observaciones analíticas. ¡A buen seguro que nadie las sepa! Oh! no! Todas quedan archivadas en los folletines de «El Siglo» que solo los leen sus suscritores, y los amigos de estos que *tienen la falta* de no estar suscritos á aquel, y cuyos suscritores y amigos lo son tambien mios y me han empeñado su palabra de honor de guardar el secreto de lo que lean hasta de sus esposas y de sus hijas, á no ser que prometan tambien estas á fuer de murmuradoras refractarias, que lo que ellas digan no saldrá, por lo menos, de la Isla, sus aguas litorales y cayos adyacentes.

A buen seguro que yo murmure de tal Fulano porque sea tuerto, ó de Mengano que tiene una nariz estupenda, ó de Zutano que la tiene lo mas económico posible. ¿Qué me importan los labios abultados de Juanita ni las manos de lavandera de Tulita ni el cuello de...... ¿qué se yo? Allá se las avengan ellas con las galas que la naturaleza le plugo regalarles sean positivas ó negativas.—Me gusta murmurar, no de la nariz de Fulano, sino del mal uso que me parece hace de ella: y cuando digo nariz, digo todo su cuerpo inclusa la cabeza, como cosa mas esencial y que encierra las causas productoras de todas las tonterias de que somos capaces en este valle de lágrimas y miserias, entre ellas la que pone la pluma en mis manos para escribir este artículo.

Pero la culpa no es mia, y sinó hubiera......

Petronilos, no habria quien los murmurara—y como conozco uno, y bueno, se me ha puesto en la parte principal, digo, en la cabeza, la idea de retratarlo, y voy á trabajar por conseguirlo.—

Petronilo era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, que usaba sombrero de yarey de copa alta, levita de género de mas de medio uso; en lugar de corbata una cinta de ribetear en los ojales del cuello de la camisa, nada de chalecos, nada de medias, pero si sus zapatos de *becerro virado* cuyas orejas sujetaban cintas iguales á la corbata; caña de Bambú con muleta de cuerno por puño en la mano derecha, y un carton doblado en la izquierda para guardar los billetes de la Loteria que vendia entre sus amigos; porque *Tonilo*, como le decian, no era aficionado á la música y no gustaba de pregonar su mercancia sino de proponerla á sus conocidos en los cafés y billares. ¡Ah! Olvidábaseme decir que en la solapa izquierda de su levita, y en uno de sus ojales, llevaba atada por una de sus estremidades, media vara de cinta de hiladillo que sostenia por la otra las indispensables tijeras, auxiliar poderoso para el ejercicio de su profesion y que guardadas en el bolsillo del pecho de aquella, formaba una especie de leontina que le servia de divisa.

No dejarias de haberlo visto muchas veces, lector discretísimo, (sin adulacion) sentado en el café donde casi se puede decir que vivia, detras de las sillas de los jugadores de *dominó*, esperan-

do el resultado del *partido* que se jugaba, bien para pedirle *el barato* al ganancioso, ó bien para proponerle uno de *los dichosos* que llevaba en su carton. Eso si, fuerza es confesarlo, Tonilo no molestaba á nadie; despues de almorzar su pan con mantequilla y su café con leche, esperaba con calma que se confeccionara *el partido*, y cuando acosada *la paloma* ó *las palomas* tomaban asiento al rededor de la mesa con *los milanos*, se sentaba, carton en mano, detras de ellos como llevo dicho, y al suave rumor que formaban las fichas del dominó sobre el mármol de la mesa, iban cerrándose sus párpados y al quedarse dormido espiraban en sus lábios estas ó equivalentes palabras:—

«.................Dulce á mi oido
És tu solemne música..............»

Véase si con un sistema de vida semejante podria Tonilo perjudicar á nadie: al contrario, asi pagaba su cuarto, asi pagaba su comida y su lavandera; asi cubria todas sus necesidades y asi pensaba casarse porque, (al fin diré su apellido) Tonilo Escarabajo tenia su novia, y esta tenia fundadas en Tonilo muy buenas esperanzas, porque decia que:

«No sabe ningun mortal
El fin que le guarda el cielo»

Y sin embargo, por inofensivo que sea un hombre, nunca le faltan detractores. ¡Cuántos envidiosos de la *tranquilidad* de Tonilo lo hubieran tomado por un vago! ¡Cuantos lo hubieran en-

viado á Mazorra! ¡Como ha de ser! ¡Ya no hay tranquilidad sino debajo de la tierra!

Pero Tonilo tenia reservado su premio.— Una noche fué tanta la cantidad de fluido magnético que recibió todo su cuerpo al rumor que formaban las fichas de su juego favorito, que no pudo despertar cuando se concluyó la partida, y por consiguiente, ni aun pudo vender el último *entero* que le quedaba, ni aun siquiera pedir el barato de costumbre. ¡Gracias que despertado á medias por un mozo del café pudo llegar á su cuarto, donde se metió en la cama para no despertar sino despues de la mitad del dia siguiente. Pero ¡Oh! felicidad! ¡Oh! dicha!

De la aficion de Tonilo á las mesas del dominó nació su sueño! De su sueño su fortuna! Tonilo no pudo vender el último billete y Tonilo se sacó la loteria! Los cien mil pesos! Tonilo! El vendedor de billetes es rico! Rico!!! Bien decia su novia:

No sabe ningun mortal
El fin que le guarda el cielo!!!

II.

Ahi lo teneis, lectores mios, ese que veis plantado en la puerta del zaguan de esa hermosa casa es Tonilo. Ya está casado. ¡Miradlo! Con su chaleco desabrochado para lucir su magnífica pechera y el hermoso brillante que ostenta en ella.

¡Miradle las manos cuyos pulgares están enganchados en las *sisas* del chaleco! Están cuajados de sortijas sus dedos! Ya ha sustituido la cinta de hiladillo por una soberbia leontina de oro de diez y ocho quilates! Mirad, lectores, á Tonilo, como se planta con las piernas separadas, como el coloso de Rodas, del cual decia cierto historiador antiguo que sus despojos fueron carga de muchos camellos! Ese! ese es Tonilo, el billetero, que ya no conoce á nadie, ni á sus antiguos compañeros de profesion, ni á los que fueron sus protectores los jugadores de dominó, ni aun al *capataz* que le *fiaba* los billetes con que buscaba la vida: á nadie saluda: solo los ricos, los nobles, son los que gozan de este privilegio: aunque ellos no miran á Tonilo, Tonilo los busca y los saluda, *para que se vea* que ya su categoria es otra, que sus amistades son otras, que ya no es el baratero Tonilo sino el Señor D. Petronilo Escarabajo que ya es noble: sí, noble, porque buscando entre una multitud de papeles viejos de familia, títulos de nobleza, que nunca pudo tener, solo encontró en uno muy antiguo la palabra *Escarabajo* repetida muchas veces, y este fué motivo para que hiciese pintar un escudo que ha colocado en un arco del zaguan de su casa en el cual están representados *muchos Escarabajos* en campo azul con este mote en letras de oro: De Dios abajo la casa de Escarabajo. ¡Oh sí! los materiales de que estaba compuesto el coloso de Rodas eran carga de muchos camellos, pero

no se podrá negar que la necedad y tonteria del Sr. D. Petronilo es la carga de muchos mulos.

Aunque los bienes que D. Petronilo ha adquirido con su inesperada loteria consisten en algunas casas de mamposteria muy bien alquiladas y de fácil cobro, y las atenciones de su administracion doméstica demasiado fáciles, el antiguo Tonilo no puede pasar sin un mayordomo, y por eso lo tiene. ¡Figúrese el partido que le sacara este empleado á su oficio con un principal como D. Petronilo! Con aquel se entienden los inquilinos, el cocinero, el tendero, el bodeguero. En fin, todo el mundo se entiende con el mayordomo nadie con el principal. ¡Quiá! Esto seria ridículo! Cuanto mejor es decirle al zapatero que le va á tomar una medida—Entiendase V. con el mayordomo. ¡Ea!—

D. Petronilo no sabe leer y sin embargo está suscrito á todos los periódicos, solo porque del vecindario se vea que el repartidor los introduce por debajo de su puerta ó los entrega al portero, sino para tomarlos despues de la comida, y sentarse algunas veces en un sillon, delante de una de las ventanas de su casa, puesto en cruz con un periódico en las manos, muchas veces al reves, para que todos sepan que no es una nulidad en la lectura. Y sin embargo D. Petronilo es una autoridad en todo. Si se ofrece hablar de política habla en tales términos, que asombraría á Meternich ó á Talleyrand. Si del arte dramático, oh! ¡Del arte dra-

mático! vayan enhorabuena todos los que han escrito preceptos para las cosas de bastidores, y Maiquez y Talma y todos los actores que han pisado las tablas de los teatros de Europa y de América. D. Petronilo sabe mas que todos ellos. Y sabe medicina y sabe Jurisprudencia, y sabe Farmacia y sabe todo y de todo habla y dice muchos disparates que son tan celebrados como despreciadas muchas veces las producciones de los hombres que saben ¡Oh!

« Poderoso caballero
Es Don Dinero »

Hasta la esposa de D. Petronilo *se mide ya* para hablar con su esposo porque este le dice.—Hija mia, ya yo no soy aquel Tonilo que era tu novio; ya soy D. Petronilo Escarabajo y tú su esposa; procura hacerte digna de él y hablar, no como hablábamos antes, sino como debemos hablar hoy......

—Bien, le contesta su esposa, procuraré complacerte, pero vamos á comer que ya nos han avisado que la *comia* está en la mesa.

—Por Dios! mujer, no vuelvas en tu vida....

—¡Ah! si, dispénsame, Tonilo.

—¡Escarabajo! señora.

—¡Siempre se me olvida! Vamos, Escarabajo, que hoy tenemos un *baculao* á la vizcaina......

—*¡Bacalado!* señora, *bacalado!* no estamos en aquel tiempo......

—Bueno, bueno, diré *Bacalado*. Y ademas

te he comprado unos platanitos de Guinea que sé que te gustan tanto!

—Señora! es V. incorregible! Plátanos de *Guineda!* de *Guineda!* de *Guineda!!!* ¡Oh! de *Guineda!!!* se dice y no como deciamos antes y dice V. *entuavia.*

Es demasiado próximo el matrimonio de D. Petronilo para que pueda tener hijos y para cuando esto suceda ya tiene el *ex-Tonilo* trazado su plan de conducta. Yo tengo dinero, dice: mis hijos no necesitarán de nada ni de nadie, y por consiguiente, no tendré necesidad ni de mandarlos á escuelas ni colegios donde me los maltraten, haciendoles leer mas de la cuenta para aprender cosas de que no se ocuparan nunca, porque todo lo que pudieran adquirir con su inteligencia lo adquiriran con su dinero. Aprenderan eso sí, á bailar bien, á cantar si pueden, á tirar el florete y la pistola por si se les ofreciese algun dia *insultar* á alguno y este pretendiese esplicaciones. Letras! ¿para que sirven las letras? Los números...... es otra cosa...... pero...... no les harán falta tampoco...... yo les dejaré á mi muerte un caudal, sí, un caudal porque *mi tesoro debe* aumentarse. Que trabajen los pobres, que lean para nosotros, que escriban para nosotros, que para eso les pagamos ¡ Téndria que ver que los hijos de *nosotros los ricos* fueran á quemarse las pestañas por saber lógica, gramática, retórica y todas esas otras cosas que, yo no sé lo que son, pero que seguramente no se necesitan

para nada, supuesto que yo sin necesidad de ellas vivo y gozo de todas las dulzuras de la vida! ¡Qué vengan los ilustrados á decirme que no gozo!

¿Quién se atreverá á decir lo contrario? ¿Qué hombre podrá gozar lo que D. Petronilo en su victoria?—Si, en su victoria, porque D. Petronilo ha comprado victoria, porque como jamas poseyó otra cosa que el *barato* de antaño y las gabelas de los billetes, crée, como creerian muchos como él, que nunca tuvieron nada, que tiene en su poder la maravillosa lámpara de Aladino, que aquel dinero nunca se acaba y que puede tambien esclamar cuando quiera:—Ven á mi lado fortuna. «¡Sésamo, ábrete!»—

Si no lo conoces y quieres conocerlo de persona, ó tu él mas ocioso de los lectores, no tienes que emplear grandes recursos para conseguirlo: colócate en cualquier punto de la calle de la Reina, en la tarde de cualquier dia festivo y verás pasar una flamante victoria con un individuo dentro, mas recto que una cucaña; con el codo derecho apoyado en el mismo lado del carruage, y jugando con la mano izquierda con los dijes de la leontina para lucir sus brillantes. Si al pasar por tu lado te mira con insolencia y apesar de conocerte no te saluda, júralo, lector: ese es Tonilo.—Si le oyes decir en alta voz al cochero porque precipita los caballos—¡Eh! bestia! Esos caballos ME han costado cien onzas, cuidado!—Ese, lector, ese es Tonilo!

Tambien puedes verlo, al concluirse una funcion gritando con todas sus fuerzas en el pórtico de Tacon.—Eh! mi victoria! Donde está mi victoria!—Si tu lo ves y lo oyes lector ó lectora, acéptalo, júralo, afiánzalo.—Es Tonilo! Tonilo! Y si despues le dice al cochero.—A casa! que voy á dormir en mí cama de bronce!!—¡Oh! entonces rie con toda tu risa que ese, ese el mas perfecto de todos los Tonilos. Asiste, lector, asiste á la calle de la Reina las tardes de los dias festivos y por las noches al pórtico del teatro, y te autorizo para que me tengas por el hombre mas embustero si no encuentras á Tonilo, tal como te lo he pintado, ó por lo menos retratos suyos tan semejantes como retratos fotográficos.

MEDICO-MANIA.

En una de las calles de la Habana (de cuyo nombre no puedo acordarme) no hace poco tiempo que vive una *señora*, de las de pañuelo en la cintura, cotorra en la ventana y perro chino para curar el ahogo.

Viste en los dias de trabajo de listado azul por *promesa*: almuerza su tasajito frito y lo come *aporreado* al medio dia *por costumbre*; pero los domingos y dias festivos se adorna con la promesa *de gala*, de cañamaso, para ir á misa: almuerza el *mondonguito* que, por añadidura, le compra á la vendedora de la esquina y come á las tres de la tarde el *agiaquito* que ella misma confecciona, por no poner su plato favorito á merced de manos profanas. Olvidábaseme decir que no es alta, ni seca ni avellanada, ni madrugadora, ni amiga de la caza; pero en cambio es baja de estatura, semi-calva, semi-gruesa y barrigona, algun tanto sudona y amiga de la casa...... del vecino.

No se llama ni Quijano ni Quijada: llámase

Liberata Caradura: tampoco tiene ama, pero tiene á Maria de la O. su sobrina; viuda con dos hijos y una hija, de ocho á diez años los primeros y de ocho meses la última; de los cuales Doña Liberata es madrina de bautismo y en cuyo acto les regaló los nombres de Rafael y Tiburcio á los varones y á la hembra el de Magdalena. Al perro chino, que es el Benjamin de la familia, la Caradura le llama *Esculapio*.

La ventana de su casa le sirve de atalaya y desde allí espía sin cesar las operaciones de sus vecinos: por allí saca la mitad de su cuerpo, puesta una mano sobre los ojos para templar los efectos de los rayos del sol y cubriéndose pudorosamente el pecho con la cortina, que sostiene con la otra: desde allí grita, con las fuerzas de un carretero, á sus sobrinos cuando se demoran en los *mandados* de la bodega—*Rafé!!* muchacho! anda con el orégano!!—*Tibulsio! condenao*!! camina con el *rial* de tasajo y trae las dos contras de sal!!

Y es un gusto ver á los muchachos con las *melenas* al aire y las alas tendidas...... Quiero decir, sin sombrero y con las mangas de las camisas abiertas hasta los hombros á guisa de sobrepellices y flotando á merced de las brisas de Cuba, tan complacientes, que tanto se entretienen en hacer susurrar las verdes plumas de las palmas de mi patria, como en robar el perfume de sus flores, como en retozar con las mangas de las camisas de *Tribulcio* y de *Rafé!!* Oh! es un gusto ver

á los muchachos como vuelan al reclamo de su tia.

La Magdalena vive en la puerta de la calle, *paradita* detrás de la tabla que le sirve de barrera; con su collar anodino adornado de azabaches y manitas de coral, de colmillos de perro y medios de bautismo; con su quebradura en el ombligo, su *tetera* de hilas en la boca, su nudo en la camisa, y con mas vetas en su cuerpo que un gusano de lirio.

Doña Liberata se entretiene en sacar hilas cuando no tiene enfermos; y digo cuando no tiene enfermos, porque la medicina casera, que es su pasion favorita, le proporciona el sustento de la familia y la reputacion de que goza. La medicina que Doña Liberata profesa, que es la *casera expectante*; y como sabe las vidas y milagros de los vecinos por estar dotada de un don estraordinario de observacion, al vuelo conoce las enfermedades anotadas en su clínica especial y determina en el acto, el régimen terapéutico que debe observarse.—Maria de la O recoje sus observaciones y en seguida *las publica* correjidas, aumentadas y, las mas de las veces, con notas para su inteligencia.

Doña Liberata no usa rótulo en la puerta de su casa como la mayor parte de sus cólegas, para indicar su morada. La cotorra y la niña forman una targeta que empieza en la ventana y concluye en la puerta de la benemérita matrona.

Desinteresada hasta lo sumo ni espera á que la llamen ni cobra honorarios por sus visitas:

cae como un aerolito en el cuarto del enfermo que casi siempre, cree ver en su aparicion un efecto de la fiebre.

He aquí un caso práctico.—Venia Dª Liberata de misa y sin encomendarse á Dios ni al Diablo se coló en una casa cuya familia no conocia.

—Buenos dias, señores, dijo:—registrándolo todo con la vista,—¿qué novedad hay por acá? ¿quién está enfermo? Dispense V., señora,—añadió dirigiéndose á la dueña—yo vivo en esta calle y me pareció cuando pasé por aquí, ahora poco, que acá entraba un médico, y yo soy tal, que como se trate de enfermedades ya estoy que no quepo en el pellejo: no está en mí, señor dejar morir á nadie *á la mengua*. Digo, no es nada! yo que al vuelo conozco las enfermedades; y cuidado, que la que yo no curo..... ¿Quién es el enfermo?..... qué calor! Y como pica este cañamazo de Judas!...... algun empacho, sí, empachito, empachito seguro! ¿Y dice el médico?

—Que mi esposo tiene una *gastritis*......

—¡Garita!, miren el diablo, ¡garita!

—No, señora, *gastritis*.

—Lo mismo da garitis que garita. ¿Y quién es ese médico?

—El Dr. Tilo.

—No lo conozco...... Pero, si todos son iguales. ¿Quién la metió á V. señora, en llamar médico para que le maten á su marido? Yo! yo lla-

mar médico? Nunca! En primer lugar no van cuando los llaman los pobres, y en segundo que no los necesito. Yo sé mas que todos ellos juntos. Siempre están en el teatro, siempre están *recojidos*: jaquecas, baños de piés...... y cuando saben que les dan el escudo ó el doblon es preciso ponerles la escoba detrás de la puerta para que se vayan, y con todo esto vuelven á saber como le fué al enfermo con el último remedio, siempre *güeliendo* y tocando y mirando, para que crean que levantó al enfermo que no tenia *naita, naitica!!* Mire V. ahora ese Tilo decir que su marido de V. tiene...... Qué?

—Gastritis.

—¿Quiere V. apostar conmigo que no tengo ni victoria, ni tílburi, ni cupé á que sé lo que tiene?...... ¿qué comió hoy?

—Nada.

—Y ayer?

—Sopas.

—¿Y antier?

—Un pedazo de jamon.

—Ta! ta! ta! jamon!—y añadió sonriéndo y golpeando el suelo con el pié:—¿No lo dije yo? *jamon, jamoncito*; no es nada! digo! á mi jamoncito.—Y repetia estas palabras con el mismo tono con que lo decia aquel otro en campo raso.—«A mi leoncitos? ¿y á estas horas?»

En seguida tomó una de sus determinaciones violentas y soltando sobre un sillon su pesada

mantilla de cañamazo—cómo se llama V. señora? preguntó.

—Faustina, para servir......

—Pues bien, *Tinita*, vamos á dejar la etiqueta, ya yo soy, como quien dice, de la familia, dame un poco de aceite de almendras.—

Faustina creyó que era para uso de Dª Liberata y se lo trajo.

—Ven conmigo *china*, para que me ayudes y...... no me digas nada, ni te pongas celosa: ya soy yo vieja y no pienso sino en mis criaturitas.—Y cojiendo el pomo del aceite se coló en el aposento.

—Señora! mire V. que mi marido duerme y......

—No le hace, corazon, mejor que mejor; con eso cuando despierte ya estará curado.—Y diciendo y haciendo se fué de puntillas á la cama, y dando gracias á Dios por haber encontrado boca-abajo á su nuevo cliente, lo fué desenvolviendo con sumo cuidado hasta descubrirle la espalda, y despues de untarle de aceite toda la columna vertebral, estiró la piel de aquella parte lo suficiente para poderla asir con ambas manos y empezó á tirar de ella como si quisiera desprenderla de su sitio. El dolor despertó al enfermo.

—Que diablos es esto!—gritó espantado el infeliz,—porqué me pellizcan? Ay! señora!—esclamó reparando en Doña Liberata,—que confianza es esta!

—Quietecito, hijito,—decia con calma la vieja, —esto pasa pronto. En el nombre del Padre y...

—Señora si V. no me suelta...... Aaay!!...... le voy á dar un......

—Vamos señor, no se incomode que eso es pecado.—Y seguia estirando á su gusto.

—Faustina! por amor de Dios! ¿quién es esta mujer que me está manoseando? ¿quien la ha traido? ¡¡¡Que me arranca el pellejo!!!

—¡¡Aquí está el jamon!!—decia Doña Liberata,—aquí está pegado, lo estoy sintiendo; ahorita lo arranco.—Y haciendo uso de todas sus fuerzas para dar al *cuerpo estraño* el golpe de gracia, fué tal su desventura que se le salió de entre las garras la engrasada piel del enfermo, y perdiendo el equilibrio, fué á parar á dos ó tres varas de distancia del teatro de la guerra.

—¡Madre mia y Señora de Regla!—esclamó asustada; pero considerando que no se habia hecho daño y que perdia un tiempo precioso se paró con intenciones de volver á la carga. Y hubiera vuelto si no reparara que el enfermo ni dormia ni estaba boca-abajo, sino de pies y con una silla en la mano; y dando por terminada la operacion, se salió del cuarto seguida de las imprecaciones de aquel y de Faustina que trataba de impedir, en caso de que lo intentase, que Doña Liberata volviese á entrar en el aposento.

—Tinita—le dijo á aquella—si no me caigo se lo arranco: pero ya está desprendido el *empacho*,

y con un poco de *tierra santa* en agua de azúcar hervida, basta para que tu marido se cure; yo no entro mas en su cuarto porque ahora está......delirando. Conque hasta luego, los *barrigones* me esperan para almorzar: cuando concluya te traeré la *tierra santa:* puede tomarla tu marido sin escrúpulo; es *lejítima* de Esculapio y yo misma iré á la cocina á preparársela, porque esta medicina es como el café, que en perdiendo su aroma es lo mismo que agua de la zanja.

Al ir á tomar su mantilla reparó en la cesta de pan que estaba en una silla y metiendo la mano, empezó á colocar panes dentro del traje de su túnico.—Este es para *Tribulsio*, decia hablando consigo misma,...... este para *Rafé*...... ya acá me consideran como de la casa...... este para *Malena*...... el enfermo sigue hablando solo,...... luego se le pasa...... este me lo llevo en la mano para ir *haciendo boca* por el camino.—Se puso el cañamazo en la cabeza y salió.

Poco tardó en volver con el traje casero y sin dirigirse á nadie, como si hubiera vivido siempre en la casa y conociera todos sus rincones, se encaminó á la cocina, regañó á la cocinera que la miraba, como quien mira por primera vez al elefante, desocupó una hornilla, pidió azúcar y agua que mezcló en la vasija que le pareció mas apropósito para la infusion del producto químico de Esculapio; encendió su tabaco, se limpió con el pañuelo que pendía de su cintura, el sudor de su

pescuezo, colocó su mano derecha sobre el fogon y la izquierda en su cintura. Estaba radiante de entusiasmo. ¡Asi debió plantarse Colon, cuando fijando en tierra el estandarte español, tomó posesion de las Américas en nombre de los Reyes de Castilla......!

—¿Como *ñama sumesé*, niña?—preguntó la cocinera.

—Ay! hija,—contestó Doña Liberata,—yo me llamo Liberata Caradura; pero no soy de esos Caraduras que tu debes conocer y que tanto abundan por ahí. ¡¡¡Yo soy *lejítima* Caradura: de los Caraduras viejos!!!—

Concluida la confeccion del medicamento, puso Doña Liberata en una taza la dósis necesaria, y despues de rezar las oraciones correspondientes, con el objeto de que produjera el éxito favorable que esperaba, fué á poner en manos de Faustina su obra maestra, para que se la hiciera saborear á su marido.

—Toma, pobrecita,—le dijo,—dáselo antes que se desvanezca, yo no se lo llevo, por que...... como está delirando, y no me conoce, puede......

—Señora,—le interrumpió Faustina mas séria que una órden de apremio,—ya él está mas tranquilo, si V. no le va á hacar otra cosa, entre y désela.

—Vamos, hija, vamos—contestó la complaciente señora,—por ser cosa tuya voy á llevársela;

me dá mucha pena cuando un enfermo está con delirio.......

Y penetró con Faustina en el cuarto del enfermo.

—Aquí le traigo la *tierra santa*, caballero,—le dijo Doña Liberata á su víctima—tómela con fé y ponga su confianza en Dios, en mi padre *San Rafé* y......

—¡Otra vez señora!—esclamó irritado el doliente:—juro á Dios que si es V. tan atrevida que vuelve á tocar á mi cuerpo...... que no respondo de nada!!

—Yo no le tocaré mas, señor, pero vamos tómese la *tierra santa*, mire que se enfria!

—Pero Faustina ¿Qué es tierra santa?

—Qué sé yo! Ni sé lo que es tierra santa ni quien esta mujer que se me ha colado aqui hoy.

—Mi alma; yo soy Liberata y vivo en esta misma calle á la otra cuadra......

—Está bien,—dijo el paciente,—pero ¿qué es lo que V. quiere que yo tome?

—Doña Liberata estaba apurada.—Agua hervida con azúcar,—contestó—y unos polvos de *tierra santa*, otros le dicen *calilla;* tómela sin cuidado mire que en siendo cosa de Esculapio no hay que tener escrúpulo.

—Y quien es Esculapio?

—Es mi perrito chino.

—Señora, yo no entiendo......

Doña Liberata comprendió que estaba en

uno de aquellos casos estremos en que el médico debe emplear los recursos estraordinarios, y bajando la voz, dijo al enfermo algunas palabras misteriosas.

—Maldita sea tu alma!—gritó este poniéndose rápidamente en pié—bruja de Satanás! ahora te voy á dar calilla y Esculapio y......—

La Caradura no esperó mas: comprendió al momento que *el delirio* habia llegado á su mas alto grado de exaltacion, dejó caer la taza y salió del cuarto *á toda máquina.* No paró hasta llegar á su casa.

Estos lances, que á cada paso se le presentan á Doña Liberata, no la hacen titubear. Tiene una dósis estraordinariamente grande *de abnegacion,* y comprende que no debe abandonar á *la humanidad doliente* porque unos cuantos ingratos no rindan á su caridad y á sus conocimientos las consideraciones y el culto que merecen; si en esta casa la despiden, en la otra tambien, y vaya lo uno por lo otro.

Es verdad que tiene dias tan desgraciados, que no le da por la nariz el lugar donde guisan, esto es, donde hay algun cuidado, pero nunca es tanta su *fatalidad* que deje de oir algun golpe de tos ó algun estornudo que le indique un afecto al pecho ó una perniciosa fluxion. Y aun en este caso suele sucederle que al entrar en la casa, conozca por las fisonomias que aquel no es su terreno, en cuyo lance, como un hábil general que

no quiere comprometer su ejército, no se aventura á librar la batalla, antes al contrario, efectúa una prudente retirada.

Pero como Doña Liberata crée mas fácil la entrada en una casa que la salida, en razon á su sistema de no llegar á la suya *in albis;* en el caso anterior, para salvase con honor y que no se atribuya á *otra causa* su presencia se deja caer de rodillas, y como para el efecto es un poderoso auxiliar su vestido de cañamazo, esclama con voz conmovida y tendiendo ambas manos—«Señores, háganme Vds. el favor de darme *algo* para una misa de salud!»

¡Pobre Doña Liberata, tan caritativa, tan generosa! siempre trabajando para el prójimo!......

Hace seis meses que está *batallando* por reunir media libra de hilas para salir á venderlas, pero ¿como conseguirlo? ¡Sus imprudentes vecinos no le dejan lugar ni aun para rascarse la cabeza!!!

JÓVENES SIMPÁTICOS. (*)

A D. FRANCISCO DE LAFUENTE.

Ya era tiempo, mis queridas, queridísimas lectoras de «El Siglo,» de que viniera yo á este rinconcito de mi querido periódico á entretenerme con vosotras en dulces pláticas: no sabeis vosotras, lo que he ESTRAÑADO este dulce *tête à tête*, á pesar de hablaros en su «Mesa Revuelta» todos los dias; pero no es ese lugar en que lo hago diariamente el que mas me gusta, no: ese es un sitio muy público, es casi una azotea. No sucede así en este piso bajo en que ahora estoy: aquí hablo con vosotras solamente, y ningun barbudo tiene derecho á oir nuestra conversacion: porque como os hablo *sotto voce* seria una imprudencia por parte de ellos colocar su cabeza entre mi boca y vuestras rosaditas orejas, para interceptar los sonidos que á vosotras, y solo á vosotras, dirijo

(*) Este artículo fué escrito para «El Siglo» y no llegó á publicarse.

tras algunos meses de ausencia como dijo un poeta á quien quiero mucho.

Aquí me teneis ya: tal vez estariais acongojadas, nerviosas: tal vez en vuestra afliccion os figurariais que la tierra, abriéndose, me habria tragado; ó que, segundo Jonás, bañándome en el mar, me habria devorado una ballena, ó que los puñales que me dicen tengo suspendidos sobre mi cabeza se habian hundido hasta sus empuñaduras, destrozando el organismo de este sensible corazon, que es todo de vosotras y late por vosotras, ó que embarcándome para remotos paises... Pero no, á Dios gracias, nada de esto ha sucedido y aquí me teneis..... iba á decir gordo, colorado y alegre, pero me acordé *en el aire*, como suele decirse, de que no tengo derecho á estas cosas, y con bastante pesar tendré que deciros: aquí me teneis *alto*, *seco* y *avellanado*, pero con el corazon rebozando de alegria y con mas ganas que nunca de manifestaros, que tal cual soy y con todos mis cinco sentidos me he colocado en mi antiguo lugar, con la intencion sencilla é inocente de conversar con vosotras.—Pero he aquí que, justamente me sucede lo que á todos los que vuelven de un viaje dilatado, y se encuentran en el seno de su familia: todas aquellas cosas que no podian comunicarse verbalmente por la ausencia, se agolpan ahora de tropel en su imaginacion y no saben por donde empezar. ¿Qué hago, lectoras mias, ¿Por donde empiezo? ¡Tantas cosas he visto y oido!—¡He

visto tantos jóvenes simpáticos!—A propósito de jóvenes simpáticos, y sin que vosotras creais que esto sea murmuracion, voy á contaros lo que ví y oí ahora muchas noches en una reunion de confianza.

—En la casa de una conocida mia se habia celebrado un bautismo y era preciso, necesario, *inminente* que por la noche hubiera baile, ó *guateque* ó canto, ó cualquiera cosa que solemnizase el acto. Se convidaron á todas las personas de confianza porque de lo que se trataba era de divertirse sin etiquetas de ninguna clase: la música era de aficionados: el gasto habia de ser poco, y por consiguiente todos habian de salir contentos.

Muchas niñas bailadoras, *de las buenas*, estaban allí, adornando con sus presencias la sala donde se bailaba, donde se cantaba, donde se versaba, donde se murmuraba.—En uno de los intermedios de la danza uno de los jóvenes convidados divisó en la calle á varios amigos que estirando el cuello todo lo que podian, hacian estraordinarios esfuerzos por ver, ó porque los vieran los amigos de la casa.—

—Es *El Chucho!* gritó uno de estos—Caballeros. *El Chucho!*

—¿Dónde está?—dijeron algunos.

—¡En la calle!

—¡Que entre! ¡Que entre!—Y abriéndose paso por entre los espectadores de la calle llegaron á donde estaba *El Chucho* y los suyos.

—¿Qué haces aquí que no entras, *Chucho*?

—Chico, estoy *muy sucio*, y mis amigos lo *mismo*.

—¿Qué importa? Todos somos de confianza vamos ven...... ven......

—¡No! ¡No! ¿Qué dirá la gente?—Y se resistía; pero como se resisten los niños que lloran y rien á la vez, cuando al fin consiguen lo que al principio se les negaba.

—Vamos, no seas *berraco*, ven......

—Pero ¿y estos amigos?

—Que entren tambien.

—Este es *El Cochino*,—dijo *El Chucho* señalando á su amigo—te lo presento.

—Servidor de V. que entre! que entre!

—Remeda á todos los animales.

—Que entre!!

—¿Y estos otros caballeros.

—Mira, este que está á mi izquierda canta el *punto* que *divielte*.

—Pero, chico, que entren todos!......

—*Cabayeros*, dijo *El Chucho*, adentro todos, que este amigo nos convida.

—V. dispensará, caballero,—dijo uno de ellos arrancando con los dientes la mitad á su tabaco para mascarlo—nosotros todos *semos* amigos, pero estamos *demasiado sucios*.

—Qué! Eso no le hace, adentro!—Y agarrado de la mano de *El Chucho* que tiraba de él y este del otro y este otro del otro, y todos conduci-

dos por el amigo de confianza, penetraron en el salon de baile *abochornados*, *confusos*, abrumados por el peso de su *modestia* artística.

—Bravo! señores!—gritaba uno,—ahora si que está la *cosa buena. El Chucho! El Cochino! El Bajonao ¡bravo!*

—Señores, decian *los artistas* confundidos, tratando de ocultarse, los unos detras de los otros—Estamos *tan sucios.*—

Efectivamente, parecian columnas de humo de leña.

Al principio los tres *modestos* jóvenes, abrumados por el peso de todas las miradas, no se atrevian á levantar los ojos del suelo: pero poco á poco la calma se fué restableciendo entre ellos, merced á algunas copas de cerveza, á algunos tabacos y á la grata hospitalidad de los amos de la casa: y ya el *Chucho* secreteaba con *El Cochino*, mirando para algunas de las bellas, y el *Bajonao* le pellizcaba el brazo al *Chucho*, y la confianza *el relajo*, como ellos decian, iba deslizándose insensiblemente en sus *simpáticos* corazones.

—Pero, Federico—dijo la Sra. de la casa al introductor de los nuevos convidados,—tu nos has dicho que estos señores son muy *habilidosos*; ruégales que hagan alguna cosa.

—Por supuesto,—dijo Federico;— vamos, *Cochino!*

—*¿ Qué hay por Güines*—contestó este ya en su terreno.

—Siéntate aquí, en el medio de la sala, que las señoras quieren oirte.

Y *El Cochino* quitándose de la boca su tabaco, y apagándolo en el suelo, se sentó descaradamente en medio de lasala despues de colocarlo detrás de una oreja.

—¿Qué quieren Vds. que haga?—preguntó con el mismo descaro.

—¡¡Como el cochino, como el cochino!!—gritaron todos.

«*El Cochino*» empezó á gruñir desaforadamente: las señoras se taparon los oidos: los niños gritaban asustados.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Otra vez! decian algunos.

—¡No! ¡No!—esclamaban las señoras.

—Pues bien! Que haga como el majá.

Y «*El Cochino*» tendiéndose boca-abajo, en el suelo, culebreaba, arrastrándose, imitando al manchado raptil.

—¡Qué taco!— decian algunos celebrándolo.

—Y que simpático!

—¡Nunca dice que no!

—Un verdadero artista!

El Cochino se levantó un poco *mas ajado*, en medio de *un millon* de sombreros que le arrojaron sus admiradores.

—¿Que oficio tiene ese jóven? preguntó una niña.

—Ninguno, que yo sepa—contestó un conocido del *Cochino* —andar de *bola en bola;* pero á nadie hace daño—

—¿Bebe?

—Algo, pero á nadie perjudica......

—Es muy amable!

—¡Oh! si, y sobre todo, muy simpático.

—*El Cochino*, concluido su *debut* se sentó entre sus compañeros, recojiendo con el pulgar de su mano derecha el copioso sudor de su frente y sacudiéndolo en el suelo.

—*Bajonao*! á cantar, *sabroso*! A la silla!—pidió la concurrencia.—

El Bajonao se presentó en la escena vestido con un saquito *de tela real de pinitos*, la pechera de la camisa abierta, con un *pañito calado*, para cubrir el pecho, el pelo sobre la frente y el sombrero hacia atrás, aunque un poco inclinado á la oreja izquierda......

—Canta! Canta! *Bajonao*! criollo! sabroso!

—No *pueo* cantar sin bandurria!

—Nosotros golpearemos— dijeron algunos. ¡Al avio!—

El Bajonao no se hizo de rogar, miró un rato para el suelo, otro rato para la lámpara de gas y cuando menos se esperaba gritó con voz de cornetin:

«Cuba no debe favores
A ninguna estraña tierra,
En Cuba todo se encierra
Cuba es un jardin de flores;
En Cuba están los primores
De las fragancia mas fina,

En Cuba está la divina,
La que adora el Camagüey,
Si tu eres el Siboney
Yo soy la hermosa......»

—Yarina!!—concluyeron *el Chucho* y *El Cochino*

—¡Que viva *El Bajonao!* que viva! esclamaron todos—

El Bajonao gritó entusiasmado—*Cabayeros*, campo! abran campo! Voy á bailar *La Caringa.*—

Se despejó la sala y *el Bajonao*, con escesiva modestia, se contoneaba moviendo el lugar donde debia tener la cola, con una gracia, con un *chic* tan *sato*, que la concurrencia conmovida hasta las fibras mas recónditas del ventrículo izquierdo del corazon, que es, segun los inteligentes el lado mas sensible de esta víscera, echaba de menos las coronas cívicas, las flores, las......pero en cambio sonaron las palmadas y llovieron los pañuelos y los golpes en los homóplatos del *Bajonao debuttante.*

—¿Y *El Bajonao* tiene oficio?—preguntó como la vez primera la misma niña.

—No, señorita,—le contestó el mismo interlocutor.

—¿Y de que vive?

—*Ni se sabe.*

¿Es casado?

—Y con tres hijos pequeños.

—¿Bebe?

No se: pero la boca le huele á lo que huele el tarrito de mi reververo.

—El pobre!

—No *se mete* con nadie.

—Y es tan complaciente!

—Tan amable!

—Tan bien como canta!

—Tan *sabroso* como baila!

—Es muy *simpdtico.*—

El Bajonao conmovido como su socio *El Cochino,* fué á completar en su silla la trinidad artística.

—Ahora te toca el turno! *Chucho*! A la silla! A la silla!

—Nada, señores! dejen quieto al *Chucho,* este amigo no canta ni baila. Pelea.

—¿Cómo?

—Si, señores, ahí donde V. lo ven *se gasta hasta la última pluma.*

—¿Y por que anda con *el Bajonao y el Cochino?*

—Para cuidarlos, señores.

—¡Que buena cara tiene!

—¡Ya lo creo!

—Y eso que no se ocupa de otra cosa.

—El pobre! Tan desgraciado!

—¿Porqué?

—Porque casi siempre está en la cárcel por causa de su genio.

—Y de que vive?

—¿Qué se yo?

—¿Qué edad tendrá?

—Casi cuarenta años.

—Y buen mozo!

—Y sobre todo *simpático.*

—Asi me gustan los hombres—dijo la señora de la casa con tono sentencioso;—amables y francos: no como estos jóvenes del dia tan metidos en sus levitas y en sus libros que nada hacen y nada miran...... sino lo que les tiene cuenta. Criticándolo todo: el baile, el canto: no porque á ellos dejen de gustarle estas cosas, sino porque no saben hacer nada, y si hacen algo, es sin gracia alguna. Bailan tiesos como unas estacas, no cantan mas que piezas sérias para darse importancia y no tratan con los pobres......

El *Chucho, El Bajonao* y *El Cochino,* interrumpieron á la señora: Se despedian y venian enlazados como las Tres Gracias.

—Señora, ya nos retiramos,—dijeron los tres casi á la vez.

—Lo siento, mucho, señores: yo he tenido mucho gusto en conocerlos á Vds y creo que no olvidaran la casa......Yo he pasado un buen rato: mis niñas lo mismo. Pronto tendremos otra reunion y tendré muy buen cuidado de invitarlos á Vds.—

Las niñas, hijas de esta señora, contemplaban á los tres jóvenes con la misma admiracion que si tuvieran delante á los tres Horacios: sintiendo su partida y esperando ya con la mayor ansiedad la venturosa noche en que habia de tener lugar la reunion que habia anunciado su madre. ¡Oh! ¡El amor al arte!

Partieron *los simpáticos*, y la casa quedó como desierta apesar de permanecer en ella todos los demas convidados.

¡Qué jóvenes tan amables!—dijo la dueña de la casa:—tres niñas tengo, y si fueran ellos solteros me las pidieran en matrimonio no dudaria concedérselas: lo que he visto esta noche me basta para conocerlos: son hombres que aunque hoy no trabajan en nada, como son tan *simpáticos*, no tendrán mas que abrir su boca, cuando quieran colocarse, y no habrá quien les niegue colocacion y serán lo que quieran. ¡Vaya un diablo de *Cochino!* ¡Con qué gracia imitaba al majá y al cochino! Me parecia cuando gritaba que estaba *mirando* un puerco. Vamos, decididamente *me han cortado la tripa del ombligo.*—

Y se recostó la señora despues de concluido este discurso mirando con satisfaccion á sus tres hijas, pensando seguramente en la probabilidad de verlas enlazadas con jóvenes tan simpáticos como los venturosos héroes de aquella noche deliciosa.

—Yo tengo el consuelo, mis *verdaderamente* simpáticas lectoras, de que vosotras no pensais de este modo: Tengo igualmente el convencimiento de que ni *El Chucho*, ni *El Bajonao*, ni *El Cochino*, penetrarán con sus divinas gracias en el santuario de vuestros inocentes corazones. Os ruego encarecidamente que no sean las rufianadas del *Chucho*, ni las décimas de su socio el *Bajonao*, ni las

perfectas imitaciones del *Cochino* las que os muevan á hacer apreciaciones favorables de el mérito moral é intelectual de los jóvenes que pretendan ser vuestros esposos.

El amor al trabajo, al estudio, á la observancia de las máximas de una moral ajustada á los mejores principios de una buena educacion, sean los títulos, que unidos á un verdadero cariño aleguen vuestros dichosos pretendientes al solicitar vuestros corazones.

La pobre jóven que tenga la desgracia de casarse con un jóven como *Et Cochino, solo* oirá en los ratos de buen humor de su esposo, los gruñidos que parodia.—Esta será su única ventura.

La que entregue su blanca mano al que *solo* sepa cantar *el punto*, solo podrá aspirar á oir cantar décimas *sabrosas*.

Y la desgraciada esposa de un guapo como *El Chucho* siempre estará buscando *empeños* para los Promotores fiscales y para los oficiales de causas.

Para evitar estas cosas, lindas y prudentísimas lectoras mias, lo mejor es que no tengais en vuestras casas tertulias á que asistan estos *jóvenes simpáticos* ni vayais á aplaudirlos y á admirarlos en las casas de vuestras amigas. Dejadlos que se vayan con sus *simpatías* á otra parte.—Adios mis bellísimas lectoras, adios *y acordaos de que os amo y os amaré siempre.*

FIN.

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.


SAL 475.4.31
Cuadros sociales
Widener Library
006815447
3 2044 080 612 229